

Memoria Americana

CUADERNOS DE ETNOHISTORIA **20**₍₂₎



Universidad de Buenos Aires
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Instituto de Ciencias Antropológicas

Buenos Aires 2012

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano

Hugo Trincherro

Vicedecana

Leonor Acuña

Secretaria de Asuntos Académicos

Graciela Morgade

Secretaria de Hacienda y Administración

Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

Alejandro Valitutti

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretario de Investigación

Claudio Guevara

Secretario de Posgrado

Pablo Ciccolella

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones

Rubén Mario Calmels

Matías Cordo

Coordinador Editorial

Diego Villarroel

Consejo Editor

Amanda Toubes

Susana Cella

Silvia Delfino

Germán Delgado

Lidia R. Nacuzzi

Myriam Feldfeber

Diego Villarroel

Sergio Castelo

Diseño interior y tapa: *Beatriz Bellelli*

E-mail: bbellelli@yahoo.com.ar

© Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires-2011

Puán 480, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

República Argentina

ISSN: 0327-5752 (versión impresa)

ISSN: 1851-3751 (versión en línea)

MEMORIA AMERICANA
CUADERNOS DE ETNOHISTORIA
Número 20 (1 y 2)

Directora
Cora V. Bunster

Editora Científica
Ingrid de Jong

Editoras Asociadas
Alejandra Ramos
Aylén Enrique

Secretarios de Redacción
Luciano Literas
Paula Iurrtia
Carina P. Lucaioli

Comité Editorial

Ana María Lorandi, Universidad de Buenos Aires (UBA) / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina; Lidia Nacuzzi, UBA / CONICET, Argentina; Roxana Boixadós, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET, Argentina; Mabel Grimberg, UBA / CONICET, Argentina; Sara Mata, Universidad Nacional de Salta / CONICET, Argentina; José Luis Martínez, Universidad de Chile, Chile; Alejandra Siffredi, UBA / CONICET, Argentina.

Comité Académico Asesor

Rossana Barragán, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia; Martha Bechis, Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA, Argentina; Guillaume Boccara, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales / Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), París, Francia; Jesús Bustamante, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, España; Antonio Escobar Ohmstede, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México D.F., México; Noemí Goldman, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani", UBA/ CONICET, Argentina; Jorge Hidalgo Lehuédé, Universidad de Chile, Chile; Scarlett O'Phelan Godoy, Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú; Silvia Palomeque, Universidad Nacional de Córdoba / CONICET, Argentina; Ana María Presta, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani", UBA/CONICET, Argentina.

Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Puán 480, of. 405. C1406CQJ Buenos Aires, Argentina. Tel. 54 11 4432 0606, int. 143. Fax: 54 11 4432 0121.

E-mail: memoriaamericana@yahoo.com.ar (canje)

macecomite@yahoo.com (Comité Editorial)

Envío de artículos: <http://ppct.caicyt.gov.ar>

Memoria Americana – Cuadernos de Etnohistoria es una publicación semestral que edita la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. Publica artículos originales de investigación de autores nacionales y extranjeros en el campo de la etnohistoria, la antropología histórica y la historia colonial de América Latina, con el objetivo de difundir ampliamente los avances en la producción de conocimiento de esas áreas disciplinares. Sus contenidos están dirigidos a especialistas, estudiantes de grado y posgrado e investigadores de otras disciplinas afines.

ISSN: 0327-5752 (versión impresa)

ISSN: 1851-3751 (versión en línea)

Memoria Americana está indizada en Anthropological Index of the Royal Anthropological Institute (aio.anthropology.org.uk) y DOAJ (Directory of Open Access Journals, www.doaj.org) de Lund University Libraries. Electrónicamente se encuentra en SciELO (Scientific Electronic Library Online, www.scielo.org.ar) y en Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex-Catálogo, www.latindex.unam.mx). Números 1 (1991) a 19 (2011) disponibles en nuestra página web:

www.seccionetnohistoria.com.ar/etnohistoria_memoam.htm

MEMORIA AMERICANA 20 (2)
julio-diciembre 2012

ÍNDICE
TABLE OF CONTENTS

Mónica Quijada. In Memoriam, por Lidia Nacuzzi 185-186

Artículos

Articles

Arqueología y Etnohistoria: la construcción de un problema de investigación (Abaucán, Tinogasta, Catamarca)

Archaeology & Ethnohistory: constructing a research problem (Abaucán, Tinogasta, Catamarca)

Norma Ratto y Roxana Boixadós

187-220

Familia inserción social y comercio de exportación en Tucumán, 1780-1810. Una aproximación a partir del comerciante peninsular Manuel Posse

Family, social integration and export trade in Tucumán, 1780-1810. Approach based on Manuel Posse a Peninsular merchant

Francisco Bolsi

221-244

Aportes de los “intermediarios culturales” en la conformación de los paisajes fronterizos del norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII

Contribution of “cultural brokers” to the configuration of border landscapes of northern Patagonia, late eighteenth century

Laura Aylén Enrique

245-271

“Hijos de la patria”: tensiones y pasiones de la inclusión en la Nación argentina entre los afroporteños a fines del siglo XIX.

“Children of the homeland”: tensions and passions regarding the inclusion of Afroporteños in the Argentine Nation by late 19th century

Lea Geler

273-294

Fotografía, testimonio oral y memoria. (Re)presentaciones de indígenas e inmigrantes del Chaco (Argentina)
Photography, oral testimony and memory. (Re)presentation of Indigenous and immigrants in Chaco (Argentina)
Mariana Giordano 295-321

Reseñas

Reviews

Urbina Carrasco, María Ximena (2009). *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso/ Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
Gabriela Landini 325-327

Lucaioli, Carina. 2011. *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
Luisina Tourres 328-330

Normas editoriales e información para los autores
Instructions for Article Contributors 331-336

Envío de artículos: <http://ppct.caicyt.gov.ar>
Portal de Publicaciones Científicas y Técnicas (PPCT) - Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

MÓNICA QUIJADA. In memoriam

Mónica Quijada falleció en Madrid el jueves 14 de junio de 2012; había nacido en Buenos Aires el 14 de enero de 1949 pero desde 1976 hizo de España su patria por adopción. Sin embargo, repartió sus afectos y su trabajo científico-académico en diversos países europeos y otros tantos latinoamericanos, entre ellos México y Argentina. A estos dos últimos países viajó innumerables veces para dar cursos y conferencias, presentar libros, participar en jornadas y congresos, consultar archivos y trabajar con colegas, entre los que me incluyo, quienes fuimos transformándonos en amigos y amigas de esa persona entusiasta, obstinada y generosa que era Mónica.

Desde el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid, donde participó del Grupo de Estudios Americanos, dirigió o co-dirigió diversos programas de investigación dentro de España, “El papel de las élites intelectuales en la formación de modelos colectivos: la historiografía natural y política en el mundo hispánico, siglos XVI-XIX”, y en el extranjero, “De vasallos a ciudadanos: las agencias de transmisión y reproducción de los valores cívicos en la Hispanoamérica decimonónica. Las Juntas Patrióticas y los constructores de la Historia Nacional”. También participó en diversos proyectos, como “Raza, nación y pensamiento científico en la construcción de las identidades americanas en el tránsito de siglo, 1870-1930”, “Ingenieros sociales: la construcción del método y el pensamiento antropológicos en Europa e Iberoamérica, siglo XIX”, “Museos, memoria y antropología: América y otros espacios de colonización”, en España y otros en el extranjero, como “Humanidades y Tradiciones políticas en México”, “Les espaces publics, XVIII-XXèmes siècles: espaces citadins concrets; sociabilités et formation de l’opinion publique moderne”, por mencionar solo a algunos.

Publicó más de setenta trabajos entre artículos en revistas especializadas y capítulos de libros, más cuatro libros y cuatro compilaciones de libros que incluyen extensos capítulos de su autoría. Dictó cuarenta conferencias sobre sus temas de interés -en Saint Gallen, Lugano, París, Roma, Viena, México, Buenos Aires, Nueva York y Stanford- y participó en congresos, jornadas y otros eventos científicos -como mesas de debate- haciendo otras cuarenta comunicaciones/presentaciones. Su labor docente se desplegó casi

exclusivamente en el ámbito de los posgrados especializados en historia de América Latina. Desde 2005 le dedicó especial atención y esfuerzo a la Maestría y Doctorado Europeo en Estudios Latinoamericanos, “Diversidad Cultural y Complejidad Social”, que diseñó y llevó adelante junto con colegas de la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad Autónoma de Madrid, el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, la Universidad de Toulouse-Le Mirail (Francia) y la Universidad de Torino (Italia). Fue parte del equipo editorial de *Revista de Indias* en diversos períodos y desde 2007 integró el Comité Académico Asesor de *Memoria Americana*.

Sus investigaciones siguieron varias líneas. Su tesis de doctorado versó sobre las relaciones Perón-Franco y de ella se desprendieron estudios sobre las políticas económicas y de inmigración del primer peronismo en Argentina, sobre las interrelaciones sociales provocadas en Argentina por la guerra civil española y sobre cuestiones diplomáticas en América del Sur durante la Segunda Guerra. Luego se ocupó de algunas figuras de los movimientos independentistas latinoamericanos. De su particular interés fue la teoría sobre nación y, ligadas a ella, las teorías racialistas, la memoria histórica y la identidad nacional, los conceptos de comunidad imaginada, nación cívica, nación étnica y homogeneidad. Otro eje de estudio fue el que enfocó sobre las políticas aplicadas a los grupos indígenas de la Argentina en el siglo XIX; en el marco de esas políticas, fueron piezas clave los museos del presente que también recibieron su atención. Finalmente, su línea de investigación más reciente giró en torno a los procesos de ciudadanía de los grupos indígenas de Argentina, incluyendo un estudio comparativo entre Estados Unidos y Argentina.

Con su esposo, Jesús Bustamante, compartió muchos de estos trabajos, proyectos y eventos. Los diseñaban juntos o los discutían en el proceso de su producción, y era muy inspirador participar de ese intercambio. Me sumo a la gran cantidad de amigos y amigas de Mónica que hoy, a uno y otro lado del Atlántico, sentimos su ausencia y la extrañamos.

Lidia R. Nacuzzi

**ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA: LA CONSTRUCCIÓN
DE UN PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN (ABAUCÁN,
TINOGASTA, CATAMARCA)**

*ARCHAEOLOGY & ETHNOHISTORY: CONSTRUCTING A
RESEARCH PROBLEMA (ABAUCÁN, TINOGASTA, CATAMARCA)*

Norma Ratto * y ***Roxana Boixadós*** **

* Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: norma_ratto@yahoo.com.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad Nacional de Quilmes. Universidad de Buenos Aires. E-mail: roxboixados@gmail.com

RESUMEN

Se trata de un trabajo interdisciplinario que articula información, interrogantes y resultados de la arqueología y la etnohistoria acerca de los pueblos nativos del sector norte de la cuenca del Abaucán en el oeste tinogasteño (Catamarca). La re-lectura de la información existente de ambos campos disciplinarios fue integrada con nuevas evidencias que consisten en: una fuente documental inédita de los comienzos del siglo XVII y nuevos contextos arqueológicos y ecológicos que dan cuenta de procesos de inestabilidad ambiental de alcance regional. Nuestro objetivo general es problematizar sobre la conformación del espacio social, tanto en momentos de la conquista incaica como española, como así también discutir el impacto que tuvieron una y otra sobre las poblaciones locales del oeste tinogasteño. Asimismo, discutimos la localización geográfica de los principales asentamientos prehispánicos que tuvieron continuidad histórica hasta el período colonial.

Palabras clave: articulación arqueología y etnohistoria - siglos XV al XVIII - cuenca del Abaucán - Tinogasta, Catamarca

ABSTRACT

This interdisciplinary paper combines archaeological and ethnohistorical information with questions and results about the native people located in the north sector of the Abaucan basin, west of Tinogasta area -Catamarca province. The information provided by both disciplines was reread and new evidence, consisting of an unpublished documentary source of early seventeenth century and new archaeological and ecological contexts reflecting processes of regional environmental instability, was integrated. Problematizing the construction of social space during the Inca and Spanish conquests is our general objective; we also discuss about the impact of both conquering events upon the population located west of Tinogasta. Additionally we argue about the geographical location of the main prehispanic settlements with continuity in colonial times

Key words: articulation between archaeology and ethnohistory - fifteenth to eighteenth centuries - Abaucan basin - Tinogasta, Catamarca

INTRODUCCIÓN

En el oeste de la provincia de Catamarca, jurisdicción de la actual Municipalidad de Fiambalá (departamento Tinogasta), se localiza el sector norte de la extensa cuenca del Abaucán que llamamos región de Fiambalá. Su relevancia en la conformación de la arqueología argentina del Noroeste Argentino (NOA) fue menor si la comparamos con otros valles orientales catamarqueños, por ejemplo los valles de Belén y Yocavil-Santa María (Fernández 1979-1980, FADA 1998, Nastri 2010). Estas tierras no registraron las prolongadas y numerosas expediciones arqueológicas realizadas por los primeros pioneros formadores de nuestra disciplina a fines del siglo XIX las que, independientemente de sus métodos y técnicas, generaron una base empírica tanto de sitios documentados como de colecciones de materiales depositados hoy día en distintos museos del país y del extranjero. Tampoco contó con proyectos de investigación de larga data, en buena medida debido a su interrupción por los avatares políticos cívicos-militares de nuestra historia reciente¹. Este perfil presentado a grandes rasgos nos permite postular la representación de “espacio vacío” que se materializa en los mapas de sitios arqueológicos expuestos en museos y/o en publicaciones referentes a la historia de la arqueología. En estas es llamativa la ausencia de referencias al desarrollo cultural prehispánico del sector norte de la cuenca del Abaucán que conforma la región homónima o de Fiambalá. Sin embargo, lo señalado no significa ausencia total de información sobre la ocupación de estas tierras por las poblaciones del pasado prehispánico sino que esta fue puntual, acotada espacialmente y sin la retroalimentación que en gran parte otorga la continuidad de las acciones en el tiempo.

Este panorama escueto, y en apariencia poco relevante de las sociedades prehispánicas que habitaron la región, en parte se condice con la escasez de fuentes históricas del siglo XVI y comienzos del XVII que nos podrían brindar la visión mediatizada de estos espacios a través de la óptica del español. En efecto, la ubicación relativamente marginal de la zona en estudio respecto de los principales centros de colonización española explican, en primera instancia, las pocas referencias documentales sobre sus pueblos nativos. Las

¹ Cabe aclarar que la interrupción y/o discontinuidad por dichas razones también afectó a otros proyectos de investigación vinculados con el Noroeste Argentino.

fundaciones españolas situadas en el oeste catamarqueño tuvieron efímera existencia, tanto por los traslados característicos de las primeras etapas de la colonización como por el accionar de los nativos durante las rebeliones -procesos que afectaron la continuidad de la producción de fuentes escritas. La historiografía colonial analizó los fragmentarios datos disponibles generando estudios en los que nuevamente la región de Abaucán, o Fiambalá, tienen escaso protagonismo.

Por lo expuesto, en este trabajo procederemos a realizar una relectura de la información existente para ambos campos disciplinarios -fuentes, datos arqueológicos y bibliografía- e integrarla a nuevas evidencias que provienen tanto de una fuente documental inédita del comienzo del siglo XVII como de contextos arqueológicos y ecológicos datados, dando estos últimos cuenta de procesos de inestabilidad ambiental y de discontinuidad ocupacional. Nuestro objetivo general consiste en problematizar la conformación del espacio social tanto en momentos de la conquista incaica como de la española, como así también discutir el impacto que tuvieron una y otra sobre las poblaciones locales. Para ello nos proponemos:

a) Discutir la localización de los principales asentamientos prehispánicos emplazados en el sector norte de la cuenca del Abaucán -valle de Abaucán o de Fiambalá- que tuvieron continuidad histórica hasta el período colonial.

b) Discutir las implicaciones de la presencia incaica y española en la región, específicamente con referencia a la ocupación estratégica del espacio, los traslados de población, y los cambios en las sociedades locales, vinculando el proceso con los condicionamientos impuestos por los períodos de inestabilidad ambiental en la región.

c) Reconsiderar las razones por las cuales el sector norte de la cuenca del Abaucán se representa en la imagen de “espacio vacío”, tanto en la producción de conocimiento de la disciplina arqueológica como etnohistórica como así también sus implicaciones para el trabajo interdisciplinario.

Cabe destacar que actualmente la región en estudio pertenece al Municipio de Fiambalá con sede en la cabecera homónima y con delegaciones municipales en los pueblos de Saujil, Medanito, Tatón, Antinaco, Palo Blanco, Punta del Agua y Las Papas. Una de sus características es el emplazamiento de estos poblados en zonas de oasis en sectores del fondo del bolsón de Fiambalá o en las quebradas de la Cordillera de San Buenaventura. Los distintos pueblos están rodeados de amplias zonas desérticas, emplazándose a considerable distancias unos de otros (Figura 1). Actualmente ninguna localidad recibe el nombre de Abaucán, quedando este vocablo restringido para designar al río principal que atraviesa la región en dirección norte-sudeste.

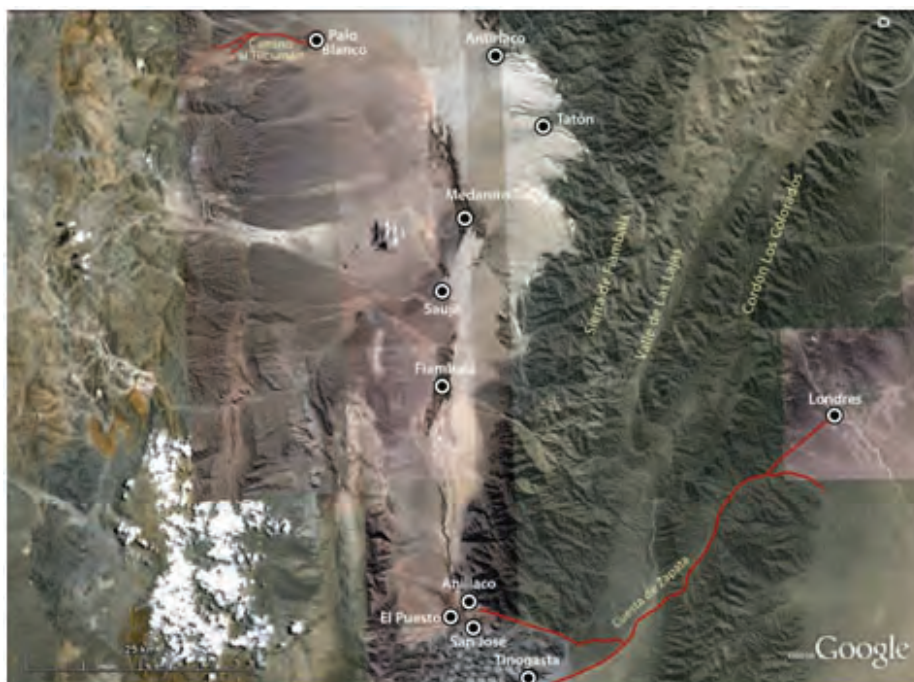


Figura 1. Localización de ciudades, pueblos o parajes actuales de la región de Fiambalá (departamento Tinogasta, Catamarca)

ARQUEOLOGÍA DE LA REGIÓN DE FIAMBALÁ EN EL SECTOR NORTE DE LA CUENCA DEL ABAUCÁN

Una historia de discontinuidades temporales

Puede afirmarse que el papel de esta región tuvo una historia de tímidos acercamientos y largos silencios en el desarrollo cultural del NOA prehispánico, situación que se revierte recién a mediados de la década del 2000. A saber:

a) A diferencia de los valles orientales, esta región no contó con las largas expediciones de los pioneros de los siglos XIX y comienzos del XX; conociéndose sólo cortas excursiones de Lafone Quevedo (1892), Lange (1892) y Weisser (1921-1926). Los trabajos se circunscribieron principalmente al sector meridional donde se emplaza el sitio Batungasta, con evidencias de ocupación inca e hispano-indígena. Luego de décadas de silencio Dreidemie (1950, 1952)

genera notas periodísticas de sus intervenciones asistemáticas en cementerios del área de Medanito, emplazada 22 km al nor-nordeste de Fiambalá; de igual forma Gómez (1953) reporta en un diario de Córdoba sus excavaciones en el área de Guanchin. La devastación de los contextos funerarios continuó en la década de 1960 a cargo del Pbro. Arch, de la Parroquia de Fiambalá, quien realizó excavaciones en cementerios y sitios aledaños al río Colorado, en la zona del “camino al Tucumán” ubicada en el sector norte del valle, desconociéndose el destino de las piezas saqueadas. El común denominador de estos aportes es su restricción espacial a sectores del fondo del valle, dando como resultado la pérdida de contextos y/o la conformación de colecciones depositadas en museos extra-regionales sin asociación contextual.

b) Recién a mediados de la década de 1960 se realiza una prospección sistemática que abarca sectores del amplio valle (González y Sempé 1975), se intervienen sitios específicos (Sempé 1976, 1977 a y b, 1983, 1984) y se plantea la situación de las poblaciones locales al momento de contacto con el español (Sempé 1973). De estos trabajos surge que el bolsón de Fiambalá fue ocupado por grupos con diferentes organizaciones socioeconómicas y políticas abarcando desde sociedades agro-pastoriles (Formativo) hasta la estatal (Inca), restringiéndose las intervenciones principalmente al fondo de valle.

c) Luego de otro prolongado silencio, recién a mediados de la década de 2000 se retoman en forma ininterrumpida las investigaciones en la región de Fiambalá-Abaucán. Se desarrollan diferentes líneas de investigación con un fuerte énfasis interdisciplinario pues cubre aspectos sociales, económicos, políticos e ideacionales de las sociedades formativas, tardías e incaicas, como también los escenarios ambientales de desarrollo de sus prácticas (Ratto 2007, 2009). Los estudios se focalizaron en el fondo de valle, en la pre-cordillera occidental, conector natural hacia la puna transicional de Chaschuil, y recientemente en la Cordillera de San Buenaventura dando a conocer nuevas manifestaciones culturales de sociedades agro-pastoriles pre-estatales, como así también revalorizando la información existente (Ratto *et al.* 2002; Salminci 2005; Orgaz *et al.* 2007; Martino *et al.* 2006; Bonomo *et al.* 2010, entre otros).

Perfil arqueológico actual: lo conocido más lo nuevo

Tal como mencionamos en la introducción, el sector norte de la cuenca del Abaucán no ha tenido una fuerte presencia arqueológica a lo largo del desarrollo y cristalización de la arqueología del NOA, principalmente por no haber sido un espacio ocupado ininterrumpidamente a lo largo del tiempo debido a fuertes desequilibrios ambientales. Al respecto, los

estudios paleoambientales aportaron valiosa información que permitió definir largos lapsos de inestabilidad ambiental producidos por episodios de origen volcánico y sísmico, cambios en la dinámica fluvial y acarreos de material pumíceo que imposibilitaron la ocupación continua del oeste tinogasteño a lo largo del Holoceno, afectando principalmente el fondo de valle debido a la acción sinérgica de distintos agentes (Valero Garcés y Ratto 2005; Ratto 2007; Montero *et al.* 2009, 2010; Ratto *et al.* 2011). Hoy día la región se caracteriza por presentar una alta tasa de sedimentación, que actualmente es de origen eólico, formando extensas dunas que previamente fueron afectadas por corrimientos o deslaves de barro o de materiales pumíceos. Significativamente, estos últimos materiales retransportados son producto de las erupciones volcánicas ocurridas en un tiempo posterior al 4300 años calAC (Montero *et al.* 2009, 2010). Estos eventos arrojaron y depositaron grandes cantidades de material piroclástico no consolidado sobre la corteza terrestre variando la topografía por la conformación de grandes masas sedimentarias que fueron modificadas por otros agentes que las erosionaron y/o retransportaron a lo largo del tiempo. Sinergia es el concepto que explica este proceso dinámico, ya que aunque el primer gran cambio topográfico fue producto del evento volcánico primario luego se produjeron otras modificaciones por la retroalimentación entre los sedimentos con los agentes formadores del paisaje físico. De esta manera, se produjeron nuevos cambios en la topografía de los fondos de valle y en la dinámica fluvial regional que impactaron en forma negativa sobre las historias regionales de las sociedades agro-pastoriles produciendo largos períodos de desocupación de las tierras, una baja densidad ocupacional y/o movimientos de gentes. Estos corrimientos o deslaves del tipo de flujo de material pumíceo tuvieron gran magnitud y extensión además de repetirse en el tiempo. Al respecto, la localidad arqueológica Formativa de Palo Blanco (*ca* 200-900 años de la era) presenta núcleos habitacionales colmatados por dos eventos de estas características mientras que otros presentan sólo uno. El primero registrado ocurrió en un tiempo posterior al año 500 de la era, mientras que el último se produjo en algún momento posterior al año 900 (Martino *et al.* 2006, Ratto 2007, Bonomo *et al.* 2010, Ratto y Basile 2010).

La piedra pómez tiene la particularidad de actuar como material cementante en contacto con el agua. Por lo tanto, si el material se deposita sobre tierras fértiles las convierte en infértiles hasta tanto no actúen otros agentes que erosionen los mantos depositados que, a su vez, son re-depositados en otros espacios dependiendo de los vientos predominantes. Estos procesos de erosión de los mantos que cubren las tierras fértiles pueden durar varias décadas o centurias dependiendo de las condiciones climáticas de cada ambiente en particular.

Como puede percibirse existe una sinergia entre diferentes agentes formadores del paisaje físico que, de una u otra manera, afectaron las tierras que ocuparon las poblaciones del pasado. Hoy en día las instalaciones arqueológicas están inmersas dentro de ambientes desérticos, inhóspitos por falta de agua, sin cobertura vegetal pero con evidencia de haber tenido bosques de algarrobo o chañares, y con alta tasa de sedimentación de distinto origen, revelando profundos cambios climáticos y/o modificaciones en la topografía en los últimos 1500 años aproximadamente. La región en retrospectiva presentó un ambiente físico inestable con períodos aptos para la instalación humana y otros no. En sí, la ocupación fue discontinua presentando lapsos de desocupación y/u ocupación restringida y focalizada en determinados espacios que se comportaron como eco-refugios (Nuñez *et al.* 1999) o huaycos, lugares que reúnen las condiciones para la reproducción social (Quiroga 2010). Es llamativa la baja densidad de sitios que además son de tamaño discreto, habiendo sido emplazados en distintas eco-zonas (fondo de valle, pre-cordillera y cordillera) pero donde estos ambientes se caracterizan por no presentar una ocupación continua dentro del lapso entre los años 200 al 1500 de la era. Al respecto, entre los años 1000 al 1250 no hay registro de ocupación en los sectores bajos (1350-1550 msnm), medios (1550-1750 msnm) y altos (1750-1950 msnm) del bolsón de Fiambalá, registrándose para ese lapso ocupación en el área de las quebradas precordilleranas norte y occidental (Figuras 2 y 3).

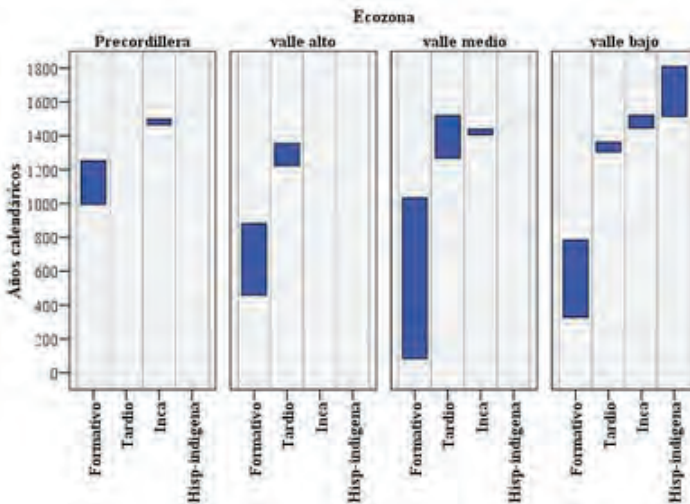


Figura 2. Rango temporal de ocupación de las eco-zonas de la región de Fiambalá



Figura 3. Localización de sitios residenciales y funerarios con contextos Tardíos y Tardío-Inca de la región de Fiambalá

Sitios Inca-Contacto= 1: Ranchillos-1; 2: Mishma-7; 3: Batungasta

Sitios Tardíos= 4: Lomada de Ranchillo; 5: Quintar-1

Sitios funerarios Tardíos= 6: Lorohuasi; 7: Las Champas y Guanchincito; 8: Istataco (Dreidemié); 9: Finca Justo Pereyra; 10: Guanchín (Gómez); 11: Agua de la Cañada (Arch); 12: Bebé de La Troya, El Cauce y Los Olivares

Las particularidades de la región continúan a través del registro de sitios que presentan diseños arquitectónicos y conjuntos cerámicos propios de momentos Formativos, pero con fechados que exceden el rango de su desarrollo de acuerdo con la periodización cultural del NOA catamarqueño. Este es el caso de Casa del Medio (1170 ± 59 años calAD), emplazado en la Cordillera de San Buenaventura, que presenta un trazado disperso tipo Tañi (*sensu* Raffino 1988). En cambio, otros también presentan arreglos arquitectónicos propios del Formativo pero con presencia de cerámica tanto Formativa como Tardía (Ojo del Agua, 1062 ± 56 años calAD). Finalmente, Tatón I presenta técnicas constructivas características de momentos Tardíos (Nastri 2001) como, por

ejemplo, rocas de formas prismáticas de casi 1 m de altura que hacen a la vez de cimienta y primera hilera de las rocas del muro; sin embargo en esta instalación sólo se recuperaron fragmentos cerámicos de estilos propios del Formativo (Salminci 2005, Ratto *et al.* 2008).

Otra particularidad descollante es que a la fecha, y luego de intensas prospecciones, aún no se han registrado emplazamientos del Tardío (pre-inca) con los trazados arquitectónicos tipo conglomerado y altos factores de ocupación del suelo (FOS) como son sus características en los valles orientales (Belén y Yocavil-Santamaría). Además, tampoco se registraron espacios productivos aterrizados, desarrollándose una agricultura en canchones construidos a la vera de los ríos. Algunos sitios productivos presentan tumbas en cista en su interior que se las ubica alrededor del año 1300 de la era (Ratto *et al.* 2010a).

A la fecha el sitio residencial Quintar I (1239 ± 26 años calAD) es el único que para momentos Tardíos no registró material cerámico incaico en asociación. Su arquitectura da cuenta de dos conjuntos separados espacialmente, conformados cada uno por escasos recintos interconectados, relacionándose ambos con un área de canchones de cultivo (Quintar II) emplazada a 1,6 km al oeste en la margen derecha del río Colorado. En este sector del bolsón es donde se encuentra la huella llamada por los pobladores locales “camino al Tucumán” (Figura 3), habiéndose registrado concentraciones de materiales artefactuales y recintos aislados en las sierras y, particularmente, un sitio de extensión considerable (200 x 80 m) pero en muy mal estado de conservación debido a factores naturales y antrópicos. Sin embargo, y en contraposición, los contextos funerarios son numerosos sumándose a los intervenidos por Dreidemie, Gómez y Arch (ver más atrás) otros descubiertos en el marco de la reanudación de las investigaciones en la región (Ratto *et al.* 2007). Es interesante que algunos de los contextos funerarios provengan de áreas que se encuentran muy próximas a los lugares de emplazamiento de las localidades actuales (Palo Blanco, Medanito, Anillaco) (Figura 3).

Este panorama permite plantear, a modo de hipótesis, que entre los años 1000 al 1250 de la era algunas ecozonas no permitieron una ocupación humana continua y prolongada en el tiempo, particularmente el fondo del bolsón de Fiambalá. En este lapso nos encontramos con un espacio social donde distintos modos de vida son coetáneos espacial y temporalmente, caracterizados por instalaciones discretas, emplazadas en zonas altas y distanciadas unas de otras, lo que nos estaría hablando de una muy baja densidad poblacional, posiblemente relacionada con las condiciones de inestabilidad ambiental que provocaron el abandono del valle por largas décadas hasta su re-poblamiento en tiempos de la conquista incaica.

Los incas introdujeron nuevas prácticas y estrategias de dominación que dieron como consecuencia la primera desestructuración social a través del movimiento de pueblos que ejerció el estado con fines diversos -económicos, políticos, religiosos. La ausencia de registros abundantes y propios de momentos pre-incas hace pensar que la existencia de materiales cerámicos característicos del Tardío proviene de los pueblos movilizados por el estado inca en el marco de las diferentes estrategias implementadas en las regiones anexadas (D'Altroy *et al.* 1994, Ratto *et al.* 2004). Las instalaciones de la región que dan cuenta de este momento son Batungasta (Raffino *et al.* 1984; Sempé 1976, 1977c; Ratto *et al.* 2002, 2005; Salminci 2005; Orgaz *et al.* 2007), Mishma 7 (Sempé 1976, 1983; Orgaz *et al.* 2007) y Ranchillos 1 (Sempé 1976, Salminci 2005). Estas instalaciones pudieron estar relacionadas con la comunicación entre las tierras bajas y altas cordilleranas funcionando como lugares de apoyo y/o control (Ratto *et al.* 2002, 2010b, entre otros). A saber (Figura 3):

a) Batungasta (1480 msnm) se emplaza en la margen derecha del río La Troya, afluente del Abaucán. Registra ocupación incaica, hispano-indígena y colonial de acuerdo con los fechados radiocarbónicos existentes (Ratto 2005), no descartándose una ocupación Tardía previa sobre la base de los fechados obtenidos de las estructuras de combustión -hornos- para la manufactura cerámica que se emplazan en los alrededores de la instalación (Caletti 2005, Feely *et al.* 2010, entre otros). El abanico aluvial del río La Troya es un sistema de depósitos complejos con numerosos pulsos de distinta naturaleza e intensidad (Valero-Garcés *et al.* 2011). Dos son los eventos mayores y ambos tuvieron características catastróficas; (i) el más antiguo remite a la formación del barreal sobre el que se asentó la instalación, mientras que (ii) el otro resultó en el arrastre por el agua de enormes bloques -diámetro máximo de 4 m- que aconteció luego de la construcción del sitio dado que se registraron grandes rocas depositadas por encima de los muros de la plaza incaica del sector este del sitio (Figura 4). Este flujo masivo de alta energía provocó alteraciones en la instalación, especialmente la destrucción de los pisos de ocupación de los conjuntos arquitectónicos. El conjunto cerámico posibilitó la reconstrucción parcial de un número mínimo de 75 piezas compuestas por aríbalos, aribaloides, plato pato, ollas pie de comptera, pucos, y vasijas de tamaños varios (Orgaz *et al.* 2007). Las piezas de filiación inca representan un 25% mientras que las Tardías alcanzan el 72%. El resto está conformado por dos piezas de estilo Diaguito-Chileno. El fechado radiocarbónico sobre gramínea utilizada en la manufactura de adobe, ubica temporalmente su construcción en 1484 ± 38 años calAD aunque también se cuenta con otros fechados que ubican al sitio en tiempo hispano-indígena (Ratto 2005).



Figura 4. Sector del sitio Batungasta emplazado en la margen derecha del río La Troya, 1500 msnm. Adscripción: Inca. (a) Excavación del Rec.1 (Cjto.1). Vista de relicto de muro de adobe y por debajo cimientos pétreos de muro doble. (b) Grandes rocas transportadas por flujo masivo de agua y rocas que fueron depositadas por encima del muro norte de la plaza incaica del sector este del sitio con respecto a la RN60

b) Por su parte, en los alrededores de Mishma 7 (1750 msnm) se documentó la existencia de tocones de algarrobo o chañar, lo que hace pensar en la existencia de bosques en sus inmediaciones. El sitio pertenece a la localidad homónima donde las tareas de relevamiento en sentido este-oeste y sur-norte que abarcaron 8 y 3 km, respectivamente, registraron gran cantidad de concentraciones de material superficial debido a erosión de las matrices sedimentarias que los contenían, predominando ampliamente el material cerámico Tardío. Particularmente, en Mishma 7 se determinó la presencia de un número mínimo de 35 piezas cerámicas, donde el material incaico representa el 14,3% y el de filiación Tardía el 85,7% (Orgaz *et al.* 2007). Los fechados radiocarbónicos existentes ubican el desarrollo de esta instalación en los años 1419 ± 26 de la era.

c) Sobre Ranchillos poco puede decirse que supere el campo de las hipótesis. El trazado arquitectónico da cuenta de una instalación de filiación incaica de grandes dimensiones (1945 m^2) compuesta por un recinto de forma rectangular de mayor tamaño a cuyos laterales se ubican otros cinco de cada lado. En los relevamientos realizados se registraron: (i) evidencia de reclamación de muros; (ii) escasos y pequeños fragmentos cerámicos de filiación incaica (cuzqueño o imperial) y otros tardíos y (iii) ausencia de artefactos y ecofactos en los sondeos realizados que imposibilitó contextualizar temporalmente su construcción. Este panorama permitió plantear como hipótesis que

la instalación da cuenta de un emprendimiento imperial cuya construcción no finalizó por circunstancias desconocidas, posiblemente relacionado con la irrupción de la conquista hispana, mientras que su reclamación en el tiempo está relacionada con su uso como corral en tiempos históricos².

Sobre la base del panorama expuesto puede afirmarse que esta extensa región constituyó un espacio que antes de la conquista española estuvo caracterizado por la baja densidad de instalaciones donde distintos modos de vida fueron contemporáneos en sus tiempos y con períodos de inestabilidad ambiental, producida por flujos masivos de diferente origen que afectaron principalmente a las instalaciones asentadas en el fondo del valle. Es interesante, que estos episodios se siguen registrando en la actualidad con intensidades diferenciales, destacándose corrimientos o deslaves de flujo de barro con características catastróficas que ocurrieron el 29 y 30 de enero de 1884 dando como resultado el tapado de viviendas y plantaciones de Medanito, a raíz de lo cual el pueblo fue trasladado de las barrancas del río Abaucán hacia las lomadas del oeste (Taboada *et al.* 1992).

ETNOHISTORIA DE LA REGIÓN DE FIAMBALÁ EN EL SECTOR NORTE DE LA CUENCA DEL ABAUCÁN³

Las menciones más tempranas en las fuentes coloniales acerca de los grupos nativos de la región de Abaucán se remontan a 1607, fecha de producción de la conocida “carta de Gaspar Doncel” dirigida al gobernador Alonso de Rivera. En ella Doncel da cuenta de la fundación de la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera y de los pueblos que quedaron comprendidos en su jurisdicción. Esta carta, publicada por el P. Larrouy (1921) y analizada por Bazán (1967) constituye una primera referencia, a la que se suman las contribuciones de Montes (1959, 1961-64). Este autor recopiló y citó, aunque de manera fragmentada, documentos del Archivo Histórico de Córdoba que testimonian la cesión de encomiendas otorgadas en la región, como así también sobre el gran alzamiento diaguita en el que los pueblos nativos de nuestra zona tuvieron una importante participación. Autores como Olmos (1957) y Guzmán (1985) incorporaron y analizaron fuentes vinculadas al proceso de conquista y colonización española tomadas de obras clásicas -Lozano, Larrouy,

² Sempé (1976) reporta por primera vez el sitio otorgándole las funciones hipotéticas de área agrícola, corrales o ceremonial. No registró material cerámico en superficie.

³ Para distinguir el término moderno geográfico del uso antiguo -citas de fuentes o referencias a localizaciones poco precisas- se ha utilizado en el primer caso la forma acentuada Abaucán.

Lafone Quevedo, entre otros- como asimismo de documentos recabados en el Archivo Histórico de Catamarca.

Desde la arqueología, los trabajos de Sempé (1977 b y c) incorporan información etnohistórica al análisis de los datos obtenidos a partir de sus excavaciones, tratándose de los primeros intentos sistemáticos de articular ambos tipos de registros para reconstruir la historia local en el largo plazo. La autora plantea interrogantes en relación a la presencia de mitimaes en la región impuestos por los incas y a los traslados de población debidos a la conquista española y a las rebeliones nativas, basándose sobre todo en las fuentes recopiladas por Aníbal Montes.

A partir de la década de 1980, la etnohistoria renueva la investigación sobre los procesos de resistencia y rebeliones nativas en donde los pueblos del oeste catamarqueño adquirieron protagonismo (Lorandi 1988 a, 2000). Entre ellos se destaca el análisis propuesto por Schaposchnik (1994) que aborda la dinámica de las alianzas políticas y de parentesco de varios grupos de la zona (en particular, malfines, abaucanes y andalgalas) para hacer frente a los españoles. Más recientemente, de la Orden de Peracca (2006) ha retomado el estudio de los pueblos de indios de la región de Pomán en los siglos XVI y XVII, reconstruyendo la historia colonial de esa región. Por otro lado, Williams y Schaposchnik (1999) elaboraron un trabajo interdisciplinario combinando información arqueológica con fuentes escritas para iluminar el problema de la estructuración étnica de las poblaciones nativas del oeste catamarqueño.

En base a estos antecedentes podemos plantearnos una revisión y releitura de la documentación disponible, tanto éditada como inédita, a sabiendas de las limitaciones que las mismas presentan y que otros autores ya señalaron. En conjunto, las fuentes son escasas, discontinuas y fragmentarias, y se encuentran dispersas en distintos repositorios o editadas como parte de obras mayores. Los contextos de producción son muy variables -existen cartas, informaciones de méritos y servicios, cédulas de encomienda, padrones y visitas, entre otros- y de calidad dispar. La lectura y revisión crítica de estas fuentes propone analizar y comprender de qué manera los españoles fueron reconociendo la zona y a sus pobladores, cómo impusieron formas de nominación al paisaje y a los grupos locales y qué se puede atisbar a través de su análisis acerca de los procesos de cambio que la situación de conquista comenzaba a generar. Respetar el orden cronológico de la producción de las fuentes resulta fundamental para comprender el proceso de construcción y fijación de los nombres, tanto de la toponimia como de los gentilicios que se fueron aplicando a los pueblos nativos, el cual de por sí no es lineal sino que presenta una serie de dificultades que comentaremos en este trabajo.

Comenzamos por la relectura de la citada carta de Gaspar Doncel producida después de la fundación de la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera -también conocida como Londres II-, a orillas del río Famayfil en 1607⁴. Esta carta fija la información que los españoles tomaron de los nativos a partir de los reconocimientos realizados de los grupos contenidos en la nueva jurisdicción. Después del encabezado correspondiente de la carta, lo que sigue es un listado por zonas o áreas en cuyo interior se registraron los “pueblos que estaban de paz” y los que se mantenían en cautelosa espera. Los pueblos están ordenados según un criterio que aún no es claro, informándose en qué encomienda están contenidos y quién es su titular. Además, Doncel consignó -de manera variable en función del grado de conocimiento o contacto con los nativos- el número de tributarios en cada pueblo y los nombres de ciertos caciques. Antes de la enumeración que figura en la carta, Doncel se refirió a los nativos que habían venido a ofrecerle la paz a la ciudad, hecho que ocurrió unos veinte días después de haber efectuado la fundación de la ciudad. Y comenzó por nombrar a

Tucumanahao y Fiambalá pueblos de don Francisco Maldonado tiene indios de visita ciento ochenta.

Abaucan, y Singol y Aguaucan pueblos de Hernando de Arisa tiene cincuenta indios de visita.

Sungingasta pueblo vaco, que pido a vuestra señoría, tiene veinte indios (Larrouy y Soria 1921:47).

Doncel no precisó la localización geográfica de estos “pueblos” y no los incluyó, como a otros, en una zona o valle determinado -por ejemplo, “Capayanes”, “Yocaviles”, “valle de Londres”. Sin embargo, consignó el avenimiento al orden colonial representado a través del acto de “dar la paz”, lo que implicaba la aceptación de su integración en el régimen de encomiendas. Además de los nombrados, otros como Andalgala, Biligasta, Guacache y Guzán estaban en la misma condición.

De este modo, son dos las encomiendas que Doncel registró en su carta y sobre ellas organizaremos nuestro análisis. Por un lado, la que contenía

⁴ La primera fundación española en la región fue efectuada en 1558 por Juan Pérez de Zurita, por orden del gobernador de Chile y recibió el nombre de Londres de la Nueva Inglaterra. Su emplazamiento se ubicó a orillas del río Quinmivil, muy cerca de la actual localidad de Londres de Belén (Larrouy 1921, Guzmán 1985, de la Orden de Peracca 2006). En 1561 este asentamiento fue trasladado al valle de Conando, Andalgala, por Gregorio de Castañeda, por orden de Francisco de Villagra (gobernador de Chile). Existen muy pocas referencias documentales sobre esta etapa, por lo que no sabemos qué grado de reconocimiento y contacto tuvieron los españoles con los pueblos nativos.

los “pueblos” de “Tucumanahao y Fiambalá”, a los que se le agregarán posteriormente los “pueblos” de Batungasta y Antapa, no mencionados en la carta de 1607 probablemente porque aún no habían sido reconocidos. Por otro lado, la encomienda integrada por los “pueblos” de “Abaucan y Singol y Aguaucan”; este último parece una deformación de Abaucan y no vuelve a figurar en ninguna otra fuente posterior. Por su parte, Sunguingasta, “pueblo” vacante en 1607, fue incorporado a la encomienda de Abaucan y Singol conformando una unidad que quedó en manos de Arisa, en fecha y circunstancias desconocidas. Según las estimaciones de Doncel, los pueblos de Tucumanahao y Fiambalá contaban con 180 tributarios mientras que Abaucan, Singol, Aguaucan y Sunguingasta sumaban 70, sin que conozcamos el total aproximado de la población.

Para ordenar la exposición, procederemos a analizar la información considerando a las encomiendas como unidades.

Encomienda que incluye a Abaucan

La fuente de 1607 asigna el término Abaucan a dos entidades: un grupo o “pueblo” nativo, sin localización precisa -como ya vimos-, y a una sierra. Relata Doncel casi al final de su carta: “Una legua el río arriba entra otro en este de la ciudad con muy linda agua tan buena como la de Londres que abaja de la sierra de Abaucan” (Larrouy y Soria, 1921:48). Es posible que Doncel se refiriera al río Agua Clara, que no nace en la serranía de Abaucán sino en el Cordón de Los Colorados que conforma al occidente el actual valle de Las Lajas, separado del valle de Abaucán por la Sierra de Fiambalá o Abaucán. Si Doncel no había reconocido el actual valle de Las Lajas, al menos sabía que desde la ciudad hacia el oeste se encontraba una sierra nombrada “*de Abaucan*”. Esta mención constituye un jalón importante en el proceso de asociación de los nombres de los grupos nativos con topónimos, en este caso una serranía y por extensión, quizá, al valle y río que lo recorre, tal como se lo conoce hoy día.

La carta de Gaspar Doncel registra por primera vez a Abaucan como un grupo o “pueblo” nativo, que debió ser poco populoso. Una cédula de encomienda posterior, de 1627, nos ofrece información significativa y precisa acerca de dicho pueblo⁵. Se trata de un padrón ordenado por don Gregorio de Luna y Cárdenas -teniente de gobernador de la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera- y realizado por Juan Martínez Carrillo -alcalde de la Santa

⁵ Archivo General de Indias, Charcas 101, nº 45.

Hermandad- con la intermediación de los intérpretes nombrados de oficio. Todos ellos se trasladaron a los asentamientos para registrar el mencionado padrón⁶. Tampoco esta fuente nos brinda una ubicación precisa de estos poblados; sin embargo consta allí que el primer empadronamiento se realizó el 25 de mayo de 1627 en el “pueblo de Cabuil” (o Çabuil); mientras que el segundo se llevó a cabo en el “pueblo de Abaucan” el 12 de junio del mismo año. Estos datos nos permiten inferir que el “pueblo de Cabuil” se encontraba más cerca de la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera que el “pueblo de Abaucan” debido a que fue empadronado en primer lugar. Ambos “pueblos” pertenecían a una misma encomienda que estaba en manos de doña Isabel de Palomares, viuda de Arisa en 1627. Este empadronamiento es un testimonio valioso ya que siguiendo el protocolo de la época el alcalde de la Santa Hermandad debía situarse en el asentamiento principal -“pueblo” en el sentido de ubicación espacial- para convocar a los caciques a prestar declaración a través de los intérpretes, sin que sepamos en qué idioma se expresaron. Los caciques declararon acerca de los tributarios que componían sus grupos o “pueblos” -sus “sujetos”- a quienes se inscribió en el padrón a continuación de ellos, consignándolos por sus nombres cristianos seguidos de los propios de origen nativo además de los referidos a sus familias -esposa e hijos.

En el “pueblo de Cabuil” empadronaron al cacique -don Alonso Xulipca, de 60 años-, 23 tributarios -dos de ellos ausentes- y 11 reservados. Dos de éstos habían sido designados para ocupar los cargos de alcalde y fiscal cumpliendo funciones de justicia y doctrina, respectivamente. Estos datos, sumados al hecho que toda la gente había sido bautizada, permite configurar la constitución de un “pueblo de indios” al estilo colonial y siguiendo la normativa dictada por las ordenanzas de Alfaro (1612). Su ubicación podría coincidir con el actual Saujil, situado a 15 km al norte de la actual ciudad de Fiambalá⁷.

El padrón levantado en 1627 en el “pueblo de Abaucan” presenta datos importantes. Por un lado, refiere la existencia de un “pueblo” -asentamiento o aldea- que los españoles nominaron con este término aunque sin precisar su localización geográfica; este Abaucan ha desaparecido en la toponimia actual de la región. También con esta misma denominación designaron a una “parcialidad”, un segmento -en términos de los españoles- que se integraba

⁶ Lamentablemente, por tratarse de un traslado en el padrón no se identifica a quienes se desempeñaron como intérpretes ni el idioma que tradujeron para confeccionar el padrón.

⁷ Otra localización de Saujil persistió como pueblo de indios en el antiguo curato de Londres, actual departamento de Pomán, por lo menos hasta finales del siglo XVII (Anello 2002; de la Orden de Peracca 2006).

con otro conformando una unidad. Así, la “parcialidad” de abaucan figura en la fuente presidida por un cacique, don Lorenzo Sanacha, más 25 tributarios y 5 reservados. La otra “parcialidad” registrada en el pueblo o asentamiento de Abaucan es la de Singuin, cuyos caciques eran don Gaspar Inquisina, viudo y viejo y su hijo don Miguel Lacaja, quien ejercía de manera efectiva el cacicazgo. En la “parcialidad” de singuin se empadronaron 34 indios de tasa y seis (6) reservados. El “pueblo” en su conjunto aparece gobernado por estos dos últimos caciques ya que el padrón consigna que la “parcialidad de abaucan”, *“está sujeta al cacique don Gaspar Inquisina”*.

A primera vista, podríamos pensar que estamos ante un tipo de estructuración política muy similar a la de los pueblos de indios del sur andino: una unidad compuesta por dos mitades -en este caso parcialidades-, cada una con su cacique siendo una de ellas, la de mayor jerarquía, la que gobierna la totalidad del grupo. Esta modalidad de estructuración puede ser la local tradicional o bien estar relacionada con los cambios introducidos a partir de la presencia incaica en la región. Sin embargo, llama la atención que los españoles hayan elegido nominar a este pueblo con el nombre de Abaucan, dado que según sus propios testimonios era la parcialidad menos numerosa y además sujeta políticamente a la de Singuin.

Una segunda interpretación se orienta hacia la intervención colonial, la que en veinte años podría haber aportado cambios significativos. Recordemos que Sunguingasta había sido consignado por Gaspar Doncel como un “pueblo” no integrado en la encomienda de Abaucan. En esa misma carta Doncel consignaba que:

Sunguingasta pueblo vaco, que pido a vuestra Señoría, tiene veinte indios lo cual suplico a vuestra Señoría se me encomienden por yanaconas que tengo aquí un cacique llamado Yquisiena y el que está en el pueblo que es el otro cacique se llama Tinocpaymana.

Este cacique Yquisiena, que estaba en la ciudad de San Juan Bautista de la Rivera en 1607 para ofrecer la paz y servidumbre a Gaspar Doncel, bien podría ser el cacique don Gaspar Inquisina que veinte años después figura en el padrón como cacique “viudo y viejo”, reservado del ejercicio efectivo del cargo pero cacique de todo el pueblo de Abaucan con sus dos parcialidades.

Si esto es así, el Sunguingasta de 1607 podría ser la parcialidad nombrada como singuin en 1627 ¿Es posible que habiendo dado la paz este grupo haya sido reducido en el “pueblo de Abaucan”, para colaborar en el proceso de hispanización de los abaucanes? Recordemos que hacia 1607 apenas habían sido reconocidos -la nominación parece imprecisa, “abaucan, y singol y aguaucan”-, no mencionándose a los caciques en esa oportunidad.

Por lo que se advierte en el padrón de 1627, el “pueblo de Abaucan” tenía una clara configuración colonial no solo porque todos sus miembros fueron registrados con sus nombres españoles antepuestos a los propios nativos sino por la presencia de alcaldes y fiscales que representaban oficios de importancia, ejercidos por los mismos nativos, en la república de indios. En la parcialidad de abaucan uno de los reservados ejercía como fiscal y en la de singuin otro ocupaba el cargo de alcalde. Este oficio de gobierno nuevamente destaca la jerarquía de singuin sobre la de abaucan, al menos en función de los nuevos parámetros coloniales.

Este padrón levantado en 1627 se encuentra inserto en una cédula de encomienda otorgada a favor del capitán Juan Gregorio Bazán de Pedraza en 1629, después de la muerte de Isabel de Palomares -sucesora de su esposo, el primer encomendero. No conocemos el título de la encomienda original pero el de Bazán de Pedraza, otorgado por el gobernador Albornoz comprende a “todos los indios de los pueblos y repartimientos de Abaucan con su parcialidad de sunguingasta y el pueblo de Cabuil que caen el distrito de la ciudad”⁸. En este caso Abaucan adquiere precedencia frente a Sunguingasta, a la que se menciona como “parcialidad” de aquella invirtiendo el orden que el padrón de 1627 nos había presentado ¿A qué se debe este cambio? Es posible que tenga relación con la tendencia de los españoles a conservar y fijar los nombres de los pueblos nativos asociados al espacio físico habitado.

El nombre Abaucan también pudo haber perdurado debido al protagonismo que tuvo este grupo durante el gran alzamiento diaguita. A veces aliados de los malfines, los abaucanes opusieron una fuerte resistencia en este período (Schaposchnik 1994). Derrotados tras las campañas realizadas contra los malfines después de la muerte de Chalemín (1637) fueron desnaturalizados. La mayor parte de ellos, junto al resto de los grupos que componían la encomienda, fueron trasladados al valle de Famatina, jurisdicción de La Rioja, y asitiados en proximidades del pueblo de Anguinán, prácticamente despoblado.

Encomienda que incluye Tucumanahao y Fiambalá, luego a Batungasta y Antapas

La encomienda de “Tucumanahao y Fiambalá” registrada en la carta de Doncel de 1607 reunía a estos dos pueblos sin que la fuente provea in-

⁸ La toma de posesión se efectuó en Santiago del Estero en noviembre de ese año, “por interpretación del dicho Francisco Narváez de San Martín”, en la persona de Miguel de Aymacha “natural de pueblo de Cabuil”; esta fuente tampoco aclara en qué idioma tradujo el intérprete.

formación respecto de sus localizaciones. La localidad actual de Fiambalá nos orienta acerca de la ubicación del antiguo “pueblo” de indios, sin que implique necesariamente que se trata de la misma localización -ver más adelante. Más dudas se plantean en relación a Tucumanahao dado que se registra otro “pueblo” con este nombre en el actual departamento de Pomán que no figura en la carta de 1607 (de la Orden de Peracca 2006). Es posible que la encomienda comprendiera, como sabemos de otros casos, dos pueblos situados en diferentes y distantes zonas, o bien que Tucumanahao estuviera localizada próxima al “pueblo de Fiambalá” aunque no se haya conservado el topónimo en la región actual. Sin embargo, recordemos que Doncel registró las encomiendas siguiendo un criterio regional y que mencionó a Tucumanahao en relación con Fiambalá. Como este criterio es el que Doncel aplicó a la enumeración de todos los pueblos nativos, podemos pensar que el encomendero pudo haber trasladado a los Tucumanahao a Pomán en fechas posteriores a 1607.

Pero la cuestión adquiere mayor complejidad si recordamos que Tucumanahao -y Tucumangasta- son topónimos que aparecen en diferentes zonas, incluyendo el valle Calchaquí. Hace años Ana María Lorandi propuso que esta denominación correspondía a grupos de mitimaes trasladados de la región del Tucumán por orden de los incas y ubicados en diferentes sitios (Lorandi 1988b). Esto apoya la idea de que la región bajo estudio recibió población foránea en tiempos de los incas, más aún teniendo en cuenta la existencia del pueblo de Batungasta situado en las proximidades de Fiambalá, pueblo con importante evidencia arqueológica de presencia incaica. Si efectivamente los tucumanahaos que registró Doncel en 1607 en nuestra región fueron mitimaes traídos desde el lejano Tucumán cabe preguntarse qué pueblo o pueblos ocupaban.

No sabemos cuándo el “pueblo” de Batungasta fue incorporado a la encomienda de Tucumanahao y Fiambalá puesto que Doncel no los registra en su carta de 1607. Quizá para entonces los españoles aún no habían efectuado su reconocimiento y tampoco los caciques del pueblo habían “bajado” a entrevistarse con ellos. Lo cierto es que Batungasta encabeza la nómina de “pueblos” incluidos en la encomienda a partir de 1635, a la que se le sumó la parcialidad de antapas, posiblemente anexada después de la pacificación. Esta información aparece cuando Gregorio de Luna y Cárdenas asumió como encomendero pues en su título consta la merced de “Batungasta, Fiambalá, Tucumanahao y Antapa”. Es interesante notar que para la toma de posesión efectuada en el valle Calchaquí -en el fuerte donde se encontraba el gobernador Albornoz-, Luna y Cárdenas presentó dos indios: don “Luis Gualimay cacique principal del pueblo de Batungasta” y Diego, “indio de Fiambalá”, que ya era ladino en lengua castellana. El texto es claro al afirmar que la posesión se hizo

“en la lengua general del Perú, que entienden y hablan los dichos indios”. Este dato es importante ya que confirmaría el contacto de estos pueblos con la dominación incaica; “entendían y hablaban” el quechua pero no era ésta su lengua originaria⁹.

Los nativos de la encomienda de Batungasta, al igual que los de Abaucan, participaron activamente en el gran alzamiento diaguita y sabemos que su encomendero, Luna y Cárdenas, cumplió un rol importante en las campañas que aseguraron su pacificación. También ellos fueron desnaturalizados de sus tierras y trasladados a la jurisdicción de La Rioja. Según se informa en la visita de 1667, entre 1635 y 1648 batungastas, fiambalás, antapas y tucumanahaos estuvieron establecidos en el antiguo “pueblo” nativo de Nonogasta donde los jesuitas tenían una estancia. Sin embargo, los religiosos se negaron a ceder tierras de su estancia a los indios para fundar un pueblo de reducción, tal como disponían las ordenanzas. De esta manera, el encomendero Luna y Cárdenas compró tierras y agua en el deshabitado “pueblo” nativo de Vichigasta, en el paraje llamado San Buenaventura, donde ubicó a sus encomendados creando así la reducción San Buenaventura de Vichigasta.

Por una fuente muy posterior sabemos que el “pueblo de Fiambalá” había sido dividido en -al menos- dos partes, probablemente en tiempos del gran alzamiento. La encomienda en cuestión era de “Fiambalá, Sabuil y anexos” y pertenecía, por lo menos hacia 1635, a Catalina de Lara vecina de San Juan Bautista de la Rivera de Pomán. En 1681 el nuevo encomendero -Diego Gómez de Tula- reclamaba indios que vivían en Vichigasta como parte de su encomienda. Si bien el pleito no tuvo resolución queda constancia de que el reclamo fue sobre muy pocos tributarios, como también podría explicar la existencia del actual Saujil en el departamento de Pomán. Otro dato que aporta esta fuente es que según los testimonios e informes, levantados sobre la etapa anterior a la desnaturalización, el “pueblo” original de Fiambalá se encontraba emplazado a una legua del de Batungasta¹⁰. De ser cierta esta estimación tardía pone en duda que el “pueblo de indios de Fiambalá” coincidiera con la ubicación actual de la ciudad homónima.

Hasta el momento, hemos analizado los datos que aportan los títulos de encomienda, los padrones y otras fuentes vinculadas a las mismas. Las informaciones de méritos y servicios de los soldados y capitanes que se desempeñaron durante el gran alzamiento diaguita aportan también información significativa acerca de las conductas políticas que asumieron los grupos rebeldes, y ofrecen detalles importantes sobre cómo se ordenaron y se lleva-

⁹ Archivo Histórico de Córdoba, escribanía 2, legajo 4, expediente 24. También en Montes (1959).

¹⁰ Archivo del Instituto Americanista de Córdoba, documento 443, 1681.

ron a cabo las campañas de pacificación. Dado que el análisis de este tipo de fuentes -por su complejidad y extensión- excede los límites de este trabajo procederemos a sintetizar algunos aspectos que agregan material adicional para la discusión de nuestro problema.

En primer lugar durante las rebeliones que sacudieron, en particular, las jurisdicciones del sur de la gobernación -La Rioja y San Juan Bautista de la Rivera-, las regiones del valle de Andalgalá y Tinogasta fueron escenario de importantes batallas entre nativos y españoles -acompañados éstos por indios amigos. La información de méritos de Pedro Nicolás de Brizuela narra las expediciones de los españoles tras los pasos de capayanes y guandacoles, nativos del oeste riojano que se habían retirado hacia el norte y *“estaban metidos en el valle de Guatungasta”*. Otros testimonios dan cuenta de que tanto este valle como el de Abaucán constituyeron espacios de refugio para los rebeldes confederados, especialmente malfines, andalgalás y abaucanes que mantuvieron su resistencia hasta 1646. Unos años antes, el cacique Chalemín de los malfines había atacado el valle de Famatina y los españoles salieron a perseguirlos “[...] ochenta leguas al norte hasta llegar al pie del cerro Encantado de Abaucan”, donde se produjo un importante enfrentamiento. Hasta el momento no hemos encontrado en las fuentes otras referencias sobre este “cerro Encantado” que nos permitan localizarlo. Montes (1959) ubica este lugar en las proximidades de Batungasta mientras que Bazán (1979:117) lo sitúa en el actual San José, sin que aporten datos que apoyen sus respectivas interpretaciones.

En segundo lugar, la información de méritos y servicios de Brizuela permite conocer detalles acerca de cómo los abaucanes fueron obligados a rendirse y las vicisitudes que acarreó su deportación. En 1643 Brizuela recibió la orden de lograr que los abaucanes, que aún resistían en su pueblo, “bajasen” a dar la paz.

Se le ordenó la conclusión de la guerra en haber enviado a llamar por medios convenientes al resto de indios abaucanes que estaban retirados en sus tierras sin querer dar la obediencia, propúsoseles que sino la daban iría con número de soldados e indios amigos para mas darles terror fue dos veces al sitio de Pituil metido la tierra adentro treinta leguas con guarnición de gente españoles y amigos con que visto las prevenciones que en su daño se hacía vinieron en dos veces 260 piezas de paz y las llevó y redujo en el valle de Famatina en el sitio de Anguinán (Archivo Histórico de Córdoba, escribanía 2, legajo 9 (II), expediente 21. 1707).

Pero este relato se confunde con una descripción más minuciosa, contenida en la misma fuente que afirma que unos años después -en 1646- Brizuela

fue el encargado de trasladar desde el fuerte del Pantano a “400 piezas de las naciones de malfin y abaucan”, las que fueron llevadas primero a La Rioja, donde estuvieron tres meses, y de allí a Córdoba, donde fueron instalados en el pueblo de La Toma. Las cifras que aporta esta fuente parecen demasiado elevadas para el pueblo de abaucan, teniendo en cuenta el escaso número de tributarios que registra el padrón de 1629, al que hay que sumarle las bajas producidas por su activa participación en la rebelión. Sobre estas citas, que merecen un análisis más detenido y su contrastación con otras fuentes, podemos hacer dos comentarios. Con respecto a la primera, es posible que cuando se alude a los “abaucanes” se esté haciendo referencia a los miembros de varios grupos, los que componían la misma encomienda y quizá otros, como los tinogastas o los capayanes y guandacoles refugiados años antes en sus proximidades. Las nominaciones étnicas aparecen de manera sintetizada por el afán español de identificar y connotar a los principales grupos rebeldes, dejando de lado a los grupos menores. Con respecto a la segunda cita, podemos pensar que en el relato se confunde a los abaucanes con los andalgalás, grupo aliado y pariente de los malfines, con quienes conformaban una sola encomienda y compartieron los mismos destinos de deportación y desarraigo -ya estudiados por otros autores (Lorandi y Sosa Miatello 1991).

DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO: CONSTRUCCIÓN DE PREGUNTAS E HIPÓTESIS

La información arqueológica y etnohistórica fue comparada, contrastada y discutida a lo largo de las diferentes etapas de este trabajo. Como síntesis queremos destacar los temas sobre los cuales el análisis resultó coincidente y los aspectos problemáticos que aún requieren mayor profundización y/o búsqueda de información. Sobre los primeros hemos construido una hipótesis que esperamos poner a prueba en las siguientes etapas de la investigación. A saber:

a) La arqueología presenta un panorama de las sociedades nativas prehispánicas del sector norte de la cuenca del Abaucán que se caracteriza por la dispersión de los asentamientos, la baja densidad demográfica, el poblamiento y despoblamiento de las ecozonas -quizás al compás de las situaciones de inestabilidad ambiental imperantes en esta región por eventos de características catastróficas. El análisis de la documentación histórica permite confirmar que, en efecto, al momento de la llegada de los españoles esta extensa región registraba un conjunto discreto de asentamientos, entre los que se destacaban Batungasta, Fiambalá, Çabuil y Abaucan, junto a otros de menor relevancia cuyas localizaciones son imprecisas (tucumanahao, sunguingasta/

sunguin). Las estimaciones aproximadas de tributarios realizadas en 1607 y los padrones posteriores de 1627, aunque parciales, son siempre menores a 100 por unidad/ pueblo. Estas cifras resultan compatibles con las relevadas para los pueblos nativos de la jurisdicción de La Rioja y posiblemente para los del valle de Catamarca. Es preciso avanzar en la comparación con otras unidades/ pueblo del oeste catamarqueño que se suponen numerosas como Malfín y Andalgalá.

b) Los estudios arqueológicos han revelado la existencia de al menos tres sitios en la región (Batungasta, Mishma 7, Ranchillos 1) donde el material cerámico de diferentes estilos del Tardío es predominante sobre el incaico. Consideramos que los grupos sociales locales interactuaron en un proceso dinámico con otras organizaciones socio-políticas que repoblaron la región en el marco de la estrategia de movimientos de gente implementada por el Inca. Esta conquista conllevó no sólo el ingreso de nuevas prácticas y estrategias de dominación sino también el ingreso de nuevas poblaciones a la región. Es en estos momentos donde se conforma un entramado caracterizado por la coexistencia de distintas representaciones sociales y se restringe la movilidad de los grupos cambiando la configuración de la red de interacción social a nivel regional y extra-regional. Por su parte, la etnohistoria también aporta información que de manera indirecta apoya esta interpretación. Por un lado, la posible existencia de mitimaes provenientes del Tucumán -los tucumana-haos- instalados en la región cuya localización por el momento no podemos precisar; por otro, las referencias al bilingüismo del cacique de Batungasta quien hablaba quechua. En otros casos se acreditó la necesidad de intérpretes sin que hasta ahora sepamos qué idioma traducían. El análisis de las fuentes también advierte acerca de la existencia de otros traslados de población -estudiados a partir del seguimiento de las nominaciones étnicas en distintos momentos y lugares, las duplicaciones de nombres o las semejanzas- las que podrían ser atribuidas a la intervención incaica -no hay indicios claros en las fuentes sobre este aspecto- y/o al proceso de conquista y colonización española sobre el que contamos con evidencias indirectas y contextuales.

c) Muchos de los nombres de los pueblos nativos que las fuentes históricas registraron no dejaron huella en la toponimia local. Esto se relaciona con los traslados de población, particularmente aquellos que tuvieron lugar durante el período temprano de la colonización española sobre los que se conservaron pocas evidencias de primera mano. Por su parte, la arqueología también re-nominó algunos de los asentamientos relacionándolos con los nombres dados por los pobladores criollos actuales. La diversidad nominativa de la toponimia y de los pueblos nativos del valle que aparecen en las fuentes obligó a discutir y comparar la información disponible con el fin de proponer posibles localizaciones de los emplazamientos nativos prehispánicos o

coloniales tempranos que no hubieran sido sujetos de traslados. Algunos de ellos son (Figuras 1 y 3):

1. Abaucán: la ubicación de este asentamiento “desaparece” después de la desnaturalización de sus pobladores. Sin embargo, por las referencias aportadas por ambas disciplinas proponemos, de modo hipotético, que su localización corresponde al actual emplazamiento del pueblo Medanito en el sector medio del bolsón de Fiambalá. Es interesante que nuestro derrotero de investigación siguiera un camino diferente pero llegó a la misma conclusión propuesta por Adán Quiroga (1897). Es también interesante que habiéndose despoblado el asentamiento originario fuera repoblado a fines del siglo XIX y su nombre actual (Medanito) puede deberse a las características ambientales del entorno de su emplazamiento rodeado de amplísimas dunas.

2. Sabuil: posiblemente estuviera emplazado en la actual Saujil del departamento de Tinogasta. De acuerdo con el padrón de 1627 los españoles llegaron desde San Juan Bautista de la Rivera a este asentamiento antes que al de Abaucan. Consideramos que la vía de ingreso a la región desde la ciudad española se realizó a través de la Cuesta de Zapata para luego remontar el valle hacia el norte. En este recorrido el primer encuentro fue el “pueblo de Sabuil” -actual Saujil- y de ahí siguieron hacia “el pueblo de Abaucan” emplazado hipotéticamente en la actual Medanito. Aún existe un antiguo camino de carreta que une ambas localidades cuya importancia deberá reevaluarse a partir de estos resultados.

3. Fiambalá: consideramos que el emplazamiento de este asentamiento nativo no coincide con el actual de la ciudad homónima. Ya hicimos referencia a una fuente tardía que sitúa a este “pueblo” a una legua del de Batungasta, si a esto lo contextualizamos con las vías de ingreso al valle desde la ciudad de Londres, comentadas anteriormente, consideramos que el actual pueblo de Anillaco es el que reúne las condiciones para la localización en el pasado del “pueblo de indios de Fiambalá”. Hoy día las ruinas de Batungasta se encuentran a 6 km de distancia del Anillaco catamarqueño actual. Esto amerita la realización de nuevas investigaciones que tengan en cuenta esta propuesta.

4. Tucumanahao: no existe en la región ningún pueblo o localidad que conserve su nombre. Dado que en la carta de Doncel de 1607 se registra a este grupo junto con Fiambalá, y si además asumimos que se trataban de mitimaes provenientes de la región del Tucumán, podemos sostener hipotéticamente que los tucumanahaos habitaban en Fiambalá -hoy Anillaco- y que prestaban servicio en el pueblo incaico de Batungasta. Es posible también que sus funciones se extendieran a otros sectores del amplio valle ya que la toponimia actual hace referencia al “camino al Tucumán” en el sector norte de la región.

En el planteo realizado sobre la localización de los antiguos pueblos nativos de la región adquiere especial prominencia el río La Troya, ya que este se convierte en el delimitador de espacios en los que se situaban los asentamientos originarios tanto al norte (Sabuil y Abaucán) como al sur (Batungasta y Fiambalá) del río. Si nuestra interpretación es correcta la asignación de encomiendas tempranas realizadas en 1607 habría respetado estas dos áreas conteniendo a los pueblos del norte en una encomienda y a los del sur en otra.

Por todo lo expuesto, la discusión a partir de la re-lectura de la bibliografía y de la información proveniente de ambas disciplinas nos permite formular una hipótesis de trabajo que re-significa viejos y nuevos interrogantes sobre las sociedades pre y poshispánicas del sector norte de la amplia cuenca del Abaucán. Así, retomando la representación de “espacio vacío” con la que iniciamos este trabajo, sostenemos que la región atravesó, en un lapso relativamente corto, por procesos dinámicos de despoblación y repoblación, vinculados básicamente a tres variables: (a) la inestabilidad ambiental (despoblamiento); (b) la intervención incaica (repoblamiento), y (c) la conquista y colonización española (traslados y nuevos despoblamiento). En este sentido, la principal consecuencia de la derrota sufrida por los nativos que participaron en el gran alzamiento diaguita fue la desnaturalización y su traslado a otras jurisdicciones. Este proceso sólo será revertido a partir del siglo XVIII.

Aclaremos que al referirnos a procesos de despoblamiento y su relación con la representación de la región como un “espacio vacío” no queremos implicar la inexistencia de gente en el valle, sino la ausencia de conglomerados, aldeas o pueblos cuyos habitantes mantuvieron relaciones sociales y con el entorno con sostenida continuidad en el tiempo. La región también puede ser pensada como una extensa área receptora de poblaciones en el marco de contextos dinámicos generados por los procesos de inestabilidad ambiental o de conflictividad política. De hecho, la concesión de buena parte del valle de Abaucán otorgada en merced en 1687 al maestro de Campo Juan Gregorio Bazán de Pedraza -encomendero en segunda vida de los pueblos de “Abaucan y anexos” localizados ya en La Rioja- habla a las claras de la inexistencia de “pueblos de indios” comprendidos en ella. La merced llamada de Anillaco y Guatungasta abarcaba prácticamente todo el valle e incluía las tierras de los antiguos pueblos de “Anillaco, Batungasta, Fiambalá, Abaucán, Singuil” (Guzmán 1985:80). Esta extensa propiedad fue dividida en dos grandes mayorazgos instituidos en el testamento de Bazán en 1717 (Brizuela del Moral 1990-1991).

En resumen, las condiciones de inestabilidad ambiental afectaron la vida cotidiana y productiva de la gente provocando desplazamientos de poblacio-

nes y/o el despoblamiento y posterior re-poblamiento de la región cuando las condiciones ambientales se recompusieron. Esta dinámica probablemente registró contrastes y matices y sobre esta amalgama se conformó un nuevo espacio social donde algunos valores y prácticas pervivieron y otros se perdieron o se transformaron a partir de la intervención incaica en la región. La conquista española actuó sobre ella generando una nueva desestructuración social producto de la imposición del régimen de encomiendas y de los traslados de poblaciones nativas en la primera mitad del siglo XVII.

Finalmente, retomamos la representación de la región como “espacio vacío” para distinguir en ella los distintos niveles de análisis que hemos considerado a lo largo de este trabajo que atraviesa la construcción del saber arqueológico, la articulación interdisciplinaria y la historia colonial. En esta dirección destacamos: (a) el escaso protagonismo que tuvo el oeste tinogasteño en el proceso de construcción de conocimiento de la arqueología del noroeste argentino; (b) los procesos de inestabilidad ambiental que influyeron en la discontinuidad de la ocupación del espacio, en las dimensiones discretas y dispersas de los asentamientos e incluso en el abandono de extensas zonas del fondo de valle por varias centurias, y por último (c) el proceso colonial que intervino agrupando en encomiendas a la escasa población nativa y posteriormente trasladándola a otras regiones una vez finalizado el proceso de rebelión.

Como corolario de este extenso proceso destacamos la inexistencia de pueblos de indios jurídicamente reconocidos en la región, habilitando de esta manera la concesión de este extenso territorio “vaco y realengo” en una merced que luego se convertirá en propiedades amayorazgadas a principios del siglo XVIII.

En este primer avance de investigación podemos afirmar que estos resultados redefinen la visión general de la dinámica cultural del valle para la etapa prehispánica y colonial temprana, constituyéndose en un disparador de nuevas preguntas y estrategias de indagación arqueológica y etnohistórica.

AGRADECIMIENTOS

A Mara Basile por la confección de los mapas contenidos en el manuscrito. Una primera versión de este trabajos fue presentado en las XIII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia realizadas en San Fernando del Valle de Catamarca, en agosto de 2011. Agradecemos los comentarios críticos recibidos en esa oportunidad, especialmente de la Dra. Ana M. Lorandi y la Dra. Laura Quiroga, a los que se sumaron las valiosas sugerencias de dos

evaluadores/as anónimos/as. Las investigaciones se enmarcaron en el PICT-2007-01539 y UBACYT-F139.

Fecha de recepción: 22 de diciembre de 2011

Fecha de aceptación: 4 de octubre de 2012

BIBLIOGRAFÍA

Anello, Alejandra

2002. Familia indígena y sociedad en el curato de Londres (Catamarca) terminando el siglo XVII. En Farberman, J. y R. Gil Montero (comps.); *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*: 101-138. Buenos Aires, UdiUnju y Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Bazán, Armando

1967. Los indios de San Juan Bautista de la Rivera. *Investigaciones y Ensayos* 3: 195-213. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

1979. *Historia de La Rioja*. Buenos Aires, Plus Ultra.

Bonomo, Néstor, Ana Osella y Norma Ratto

2010. Detecting and mapping buried buildings with GPR at an ancient village in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 37 (12): 3247 -3255.

Brizuela del Moral, Félix

1990-1991. La Merced de Fiambalá y Tinogasta y los mayorazgos de don Juan G. Bazán de Pedraza y Tejeda. *Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca* X: 101-114.

Caletti, Sergio

2005. *Tecnología de cocción de piezas de arcilla. Un caso de estudio: Batungasta, Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina*. Tesis de Licenciatura de la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Catamarca. Ms.

D'Altroy, Terence, Ana María Lorandi y Verónica Williams

1994. Producción y Uso de Cerámica en la Economía Política Inka. *Tecnología y Organización de la Producción de Cerámica Prehispánica en los Andes*: 395-441. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

de la Orden de Peracca, Gabriela

2006. *Los pueblos de indios de Pomán*. Buenos Aires, Dunken.

Dreidemie, Oscar

1951. Un notable enterratorio. *Mundo Atómico* II (4): 40-43.

1953. Arqueología del Valle de Abaucán. *Mundo Atómico* II (12): 42-52.

Feely, Anabel, Malena Pirola, Laura Vilas e Irene Lantos

2010. Estructuras para la cocción de artefactos cerámicos en La Troya (Tinogasta, Catamarca). Resultados preliminares. En Bárcena, J. R. y H. Chiavazza (eds.); *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo V: 2051-2056*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

Fernández, Jorge

1979-1980. Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* XXXIV-XXXV: 11-320. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Cuyo.

Fundación Argentina de Antropología (FADA)

1998. *Homenaje Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Gómez, Bernardino

1953. La expedición al cementerio de Huanchín y Bañados de los Pantanos. *Diario Los Principios* 3, Córdoba.

González, Alberto y María Carlota Sempé

1975. Prospección arqueológica en el valle de Abaucán. *Revista del Instituto de Antropología Serie II*, Tucumán.

Guzmán, Gaspar H.

1985. *Historia colonial de Catamarca. Poblamiento, fundaciones y desenvolvimiento social*. Catamarca, Editorial Milton.

Lange, Gunnar

1892. Las ruinas de pueblo de Watungasta. *Anales del Museo de La Plata* II: 3-5.

Lafone Quevedo, Samuel

1892. El pueblo de Batungasta. *Anales del Museo de La Plata* II: 7-10.

Larrouy, Antonio

1914. *Los indios del valle de Catamarca. (Estudio Histórico)*. Buenos Aires, Imprenta Coni.

1921. *Catamarca colonial. Álbum Histórico del Centenario de la Autonomía Catamarqueña*. Catamarca.

Lorandi, Ana María

1988a. Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto. 43 *CIA (Bogotá) BAR. International Series* 442: 235-259. Oxford.

1988b. La resistencia y rebeliones de los diaguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII. *Cuadernos de Historia* 8: 99-124.

Lorandi, Ana María y Sara Sosa Miatello

1991. El precio de la libertad. Desnaturalización y traslado de indios rebeldes en el siglo XVII. *Memoria Americana, Cuadernos de Etnohistoria* 1: 7-28.

Martino, Luis, Néstor Bonomo, Eugenia Lascano, Ana Osella y Norma Ratto

2006. Geoelectrical and GPR joint prospectation in the ancient Palo Blanco archaeological site, NW Argentina. *Geophysics* 71 (6): 193-199.

Montero López, María C., Fernando Hongn, Raúl Seggiaro, Randall Marrett y Norma Ratto

2009. Relación entre el volcanismo y los registros arqueológicos en el bolsón de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca). En Ratto, N (comp.); *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista española*: 131-158. Buenos Aires, EUDEBA.

Montero López, María C., Fernando Hongn, José A. Brod, Raúl Seggiaro, Randall Marrett y Masafumi Sudo

2010. Magmatismo Ácido del Mioceno Superior-Cuaternario en el área de Cerro Blanco-La Hoyada, Puna Sur. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 67 (2): 327-346.

Montes, Aníbal

1959. El gran alzamiento diaguita (1630-1643). *Revista del Instituto de Antropología* I: 81-159.

1961-64. Encomiendas de indios diaguitas documentados en el Archivo Histórico de Córdoba. *Revista del Instituto de Antropología* II-III: 7-29.

Nastri, Javier

2001. La arquitectura aborigen de la Piedra y La Montaña (Noroeste

Argentino Siglos XI a XVI). *Anales del Museo de América* 9: 141-164.
2010. Una cuestión de estilo. Cronología cultural en la arqueología andina de las primeras décadas del siglo XX. En Nastri, J. y L. Menezes Ferreira (eds.); *Historias de Arqueologías Sudamericanas*: 95-122. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara de la Universidad Maimónides.

Núñez, Lautaro, Martín Grosjean e Isabel Cartajena

1999. Un ecorefugio oportunístico en la puna de Atacama durante eventos áridos del Holoceno Medio. *Estudios Atacameños* 17: 125-174.

Olmos, Ramón

1957. *Historia de Catamarca*. Catamarca, Edición La Unión.

Orgaz, Martín, Anabel Feely y Norma Ratto

2007. La Cerámica como expresión de los aspectos socio-políticos, económicos y rituales de la ocupación Inka en la puna de Chaschuil y el valle de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca, Argentina). En Nielsen, A., C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.); *Procesos Sociales Prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*: 237-258. Córdoba, Editorial Brujas.

Quiroga, Adán

1896. Excursiones por Pomán y Tinogasta. Vtalles de Abaucán (provincia de Catamarca). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVII (10, 11, 12): 499-526.

Quiroga, Laura

2010. En sus huaycos y quebradas: formas materiales de la resistencia en las tierras de Malfín. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 18 (2): 185-209.

Raffino, Rodolfo

1988. *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires, TEA.

Raffino, Rodolfo, Lidia Baldini, Daniel Olivera y Ricardo Alvis

1984. Hualfín, El Shincal y Watungasta, tres casos de urbanización inca en el N.O. argentino. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10: 425-455.

Ratto, Norma

2005. La Arqueología del Bolsón de Fiambalá a través de los Estudios de Impacto (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Actas dos I Jornadas Internacionais Vestígios do Passado*. AGIR - Associação para a Investigação e Desenvolvimento Sócio-cultural. Lisboa. (Publicación digital).
2007. Paisajes Arqueológicos en el Tiempo: La interrelación de ciencias sociales, físico-químicas y paleoambientales (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). En Nielsen, A., C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.); *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*: 35-54. Córdoba, Editorial Brujas.

Ratto, Norma (comp).

2009. *Entrelazando ciencias: sociedad y ambiente antes de la conquista española*. Buenos Aires, EUDEBA.

Ratto, Norma y Mara Basile

2010. La localidad arqueológica de Palo Blanco: nuevas evidencias. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina IV*: 1707-1712. Mendoza.

Ratto, Norma, Mara Basile y Anabel Feely

- 2010b. Rutas y espacios conectados: las tierras altas y bajas del oeste tinogasteño ca. 2000-1000 A.P. (Catamarca). *Revista de Antropología Chilena*. Universidad Nacional de Chile. (En Prensa).

Ratto, Norma, Anabel Feely y Pedro Salminci

2008. Diseños arquitectónicos y propiedades del registro arqueológico cerámico en el valle de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca). En: *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea II*: 771-775. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Ratto, Norma, Carolina Montero y Fernando Hongn

2011. Inestabilidad ambiental del oeste tinogasteño (Catamarca) durante el Holoceno Medio y su relación con el desarrollo cultural regional. En Mondini, M., J. Martínez, H. Muscio y M.B. Marconetto (eds.); *Poblaciones humanas y ambientes en el Noroeste argentino durante el Holoceno medio*: 93-98. Córdoba, Taller Corintios.

Ratto, Norma, Martín Orgaz y Luis Coll

- 2010a. Paisajes Agrícolas Prehispánicos en el oeste tinogasteño (Catamarca). *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina II*: 419-424. Mendoza.

Ratto, Norma, Martín Orgaz y Rita Plá

2002. Producción y distribución de bienes cerámicos durante la ocupación Inka entre la región Puneña de Chaschuil y el Valle de Abaucán (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Relaciones Sociedad Argentina de Antropología* 27: 271-301.

2004. La Explotación del Alfar de La Troya en el Tiempo: Casualidad o Memoria (Departamento Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Chungara. Revista de Antropología Chilena* 36 (2): 349-361.

Salminci, Pedro

2005. *Estilo Constructivo y Estructura Espacial. Un Estudio Sobre Etnicidad y Organización Social de Poblaciones Prehispánicas a Través del Análisis de la Arquitectura Arqueológica del Valle de Fiambalá*. Tesis de Licenciatura Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Ms.

Sempé, María Carlota

1973. Últimas etapas del desarrollo cultural indígena (1480-1690) en el valle de Abaucán. Tinogasta. *Revista del Museo de La Plata. Antropología (NS)* VIII (50): 3-48.

1976. *Contribución a la arqueología del valle de Abaucán*. Tesis Doctoral Inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. La Plata. Ms.

1977a. Caracterización de la cultura Saujil. *Obra Centenario del Museo de La Plata. Antropología* II: 211-235.

1977b. Las culturas agroalfareras prehispánicas del valle de Abaucán (Tinogasta, Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* NS XI: 55-68.

1977c. Batungasta: un sitio tardío e incaico en el valle de Abaucán (Dpto. Tinogasta Catamarca). Significación etnohistórica. En *Actas y memorias. IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (segunda parte)*. *Revista de Historia Natural de San Rafael*: 69-84.

1980. Caracterización de la cultura Abaucán. (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Revista del Museo de La Plata. Antropología N.S.* VIII (52): 73-85.

1983. Mishma N° 7. Sitio incaico del valle de Abaucán. Dto. Tinogasta, Pcia. Catamarca. *Revista del Museo de La Plata. Antropología N.S* VIII (65): 405-438.

Schaposchnik, Ana

1994. Aliados y parientes. Los diaguitas rebeldes de Catamarca durante el gran alzamiento. En Lorandi, A. M. (comp.); *El Tucumán Colonial y*

Charcas, siglos XVI-XVIII: 309-339. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Taborda, Luis, Eduardo Roger y Hugo Alanis

1992. *1^º Selección de Fechas Tinogasteñas*. 1492 -Quinto Centenario del Descubrimiento de América-1992. Córdoba, Talleres Gráficos San Juan.

Valero-Garcés, Blas y Norma Ratto

2005. Registros Lacustres Holocénicos en la Puna de Chaschuil y El Bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca): Resultados Preliminares. En *Actas del XVI Congreso Geológico Argentino IV*: 163-170. La Plata.

Valero-Garcés, B., N. Ratto, A. Moreno, A. Navas y A. Delgado-Huertas

2011. Los Lagos del Altiplano de Atacama y el Noroeste Argentino como sensores de cambios hidrológicos durante el Holoceno. En Caballero, M y B. Ortega (eds.); *Escenarios de cambio ambiental: registros del cuaternario en América Latina*: 185-208. México, Unión Mexicana de Estudios del Cuaternario/ Universidad Nacional Autónoma de México.

Weisser, Vladimir

1921-1926. Libretas de campo y diarios de viaje, correspondencia expediciones al NOA (1921-1926). Departamento Científico Arqueología, Museo de La Plata. Ms.

Williams, Verónica y Ana Schaposchnik

1999. Estructuras étnicas en el oeste de Catamarca (Argentina) entre 1414 y 1642 AD. Especial de Etnohistoria. Buenos Aires, Editorial NAYA. (Publicación electrónica).

**FAMILIA, INSERCIÓN SOCIAL Y COMERCIO DE
EXPORTACIÓN EN TUCUMÁN, 1780-1810. UNA
APROXIMACIÓN A PARTIR DEL COMERCIANTE
PENINSULAR MANUEL POSSE**

*FAMILY, SOCIAL INTEGRATION AND EXPORT TRADE IN
TUCUMÁN, 1780-1810. APPROACH BASED ON MANUEL POSSE,
A PENINSULAR MERCHANT*

Francisco Bolsi*

* Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES)/ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Email: franciscobolsi@hotmail.com

RESUMEN

La transición del Antiguo Régimen al proceso de revolución e independencia en el Río de la Plata ha sido ampliamente estudiada por los historiadores nacionales y locales desde diferentes perspectivas, vinculadas con la historia política, de familia, del derecho, etc. Este trabajo indaga un período de transición a partir del estudio de un comerciante peninsular -Manuel Posse- y su inserción social, sus estrategias comerciales y el comercio de exportación efectuados entre 1780 y 1810. El análisis da cuenta de la articulación de su estrategia matrimonial con su establecimiento definitivo en la ciudad, la estructuración de una red comercial en torno a su familia y los enlaces de la primera generación en el contexto tucumano.

Palabras clave: familia - parentesco - comercio peninsular

ABSTRACT

The transition from the Old Regime to the process of revolution and independence in the Río de la Plata has been widely studied by national and local historians and from different perspectives, related to political history, family history, judicial history, etc. This paper explores a transitional period based on Manuel Posse, a Peninsular merchant, and his social integration, business strategies and export trade between 1780 and 1810. The analysis takes into account the articulation of his matrimonial strategy with his final settlement in the city, the structuring of a commercial network around his family and the links of the first generation in the context of Tucumán.

Key words: family - kinship - Peninsular trade

INTRODUCCIÓN

La producción historiográfica acerca del período tardo-colonial en América Latina es abundante y uno de los temas que generó mayores discusiones historiográficas fueron las Reformas borbónicas¹. En Argentina, esta temática fue ampliamente tratada por historiadores que indagaron en el proceso de orientación económica hacia el Atlántico, la expulsión de los jesuitas y la organización del virreinato del Río de la Plata; también estudiaron el surgimiento de una nueva elite a partir de los entrecruzamientos familiares de la elite tradicional con los comerciantes peninsulares -vascos, catalanes y gallegos- que emigraron en esta coyuntura histórica y dieron cuenta de las consecuencias de estas reformas en el imaginario de la elite del período tardo-colonial².

En el caso de Tucumán, la reestructuración administrativa iniciada por Carlos III causó la división de la gobernación de Córdoba del Tucumán en dos partes. Tucumán pasó a ser una ciudad subalterna de la Intendencia de Salta, mientras Córdoba quedó bajo la jurisdicción del virreinato del Río de la Plata. En este contexto de reformas, un trabajo pionero desde la perspectiva de la historia de familia -que indagó en la complejidad de este proceso- fue el de Ana María Bascary (1999), quien estudió la ciudad de San Miguel de Tucumán en las últimas décadas del siglo XVIII. Esta autora profundizó en el estudio de las características de la sociedad local tomando como punto de partida la composición de la elite. Dicho enfoque confirmó procesos ocurridos en otros espacios de América Latina, referidos al impacto y la transformación que ocasionó la migración de peninsulares a fines del siglo XVIII, en la elite tucumana tradicional cuyos orígenes se remontaban, en algunos casos, a los primeros conquistadores. La metodología aplicada incorporó el estudio del ámbito de lo privado, espacio inexplorado hasta ese momento. La caracterización de este universo reflejó el significado de las diversas prácticas sociales de la elite al interior de la misma y la relevancia de las alianzas intra-familiares para mantener el prestigio en el ámbito local (Bascary 1994, 1999).

¹ Uno de los trabajos pioneros en la temática fue el de David Brading (1976), quien a partir de un estudio prosopográfico de la sociedad mexicana indagó en la significación de las redes de parentesco como herramienta para atravesar las Reformas borbónicas. Para profundizar en el tema de las reformas véase Pietschmann (1996), Gelman (1998), Latasa (2003).

² Al respecto pueden consultarse los trabajos de Socolow (1991), Goldman (1998) y Gil Montero (2002).

Por su parte, Cristina López (2004) realizó aportes acerca de la organización de la elite tucumana entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, y también se interesó por la historia de familia. En este sentido, a partir del estudio de la familia Alurralde -de origen vasco-navarra- indagó en las particularidades de la inmigración vasca en San Miguel de Tucumán hacia fines del siglo XVIII. El aporte de esta historiadora está relacionado con la identificación de las diferentes motivaciones y la significación de las redes de parentesco en los diferentes momentos en que estos inmigrantes se establecieron en Tucumán. Mientras los primeros en arribar a América llegaron solos a esta región, conservando remotamente los lazos familiares con sus comunidades de origen; los inmigrantes del período borbónico se destacaron por la fortaleza de sus vínculos ultramarinos y conformaron grupos regionales de amplio alcance, basando la reproducción de sus comportamientos profesionales en fuertes sentimientos de linaje. Esta diferenciación resultó un aporte metodológico sustancial para determinar las particularidades específicas de los Alurralde, cuyas redes relacionales más fuertes estuvieron asociadas a alianzas conyugales donde las uniones matrimoniales entre parientes jugaron un papel fundamental. Asimismo, la contribución de López trasciende lo puramente relacionado con las redes de parentesco pues logra vincular esta organización con los intereses económicos de los Alurralde, quienes establecieron una sólida red mercantil que mantenía negocios en una vasta región, la cual llegaba incluso a Potosí.

Otro aporte referido a Tucumán es el trabajo de Pablo Iramain (2005) quien analizó un período coyuntural específico -la década de 1810- abordando la temática de la revolución mediante el estudio de la familia Aráoz y sus estrategias familiares. La originalidad de este trabajo reside en la reconstrucción de toda la red de parentesco y de solidaridades políticas-económicas de los Aráoz, estrategias que contribuyeron al éxito de este clan familiar en el período estudiado. Otro aspecto a destacar fue la metodología aplicada en esta investigación dado que fusionó las diferentes posturas de la historiografía nacional con respecto al proceso revolucionario, planteó su relación con el caso tucumano y realizó un análisis del mismo a partir del estudio de la familia Aráoz, hecho que enriqueció este trabajo.

Mientras, María Lelia Calderón (2009: 25) indagó sobre el proceso de transición durante el cual la elite local se dividió en dos facciones: el sector pro-borbónico, en donde estaban las familias emparentadas con los Chávez Domínguez, y el sector tradicional dirigido por los Aráoz y su parentela³. Estos

³ En el sector de las familias Chávez y Domínguez estaban los Tejerina, quienes detentaron lugares de relevancia en la Junta de Temporalidades -institución encargada de vender a los particulares las tierras que habían sido propiedad de los jesuitas.

sectores se enfrentaron dirimiendo su poder en diversos espacios, como el cabildo y la Junta de Temporalidades, e intentaron -a partir de la impronta de su red de parentesco- influenciar en los gobernadores intendentes con la finalidad de obtener mayor poder político en este período de transición.

Ahora bien, el propósito del presente trabajo es estudiar la inserción de Manuel Posse -un comerciante peninsular de origen gallego- en este contexto de transición, las estrategias de reproducción(es) social(es) utilizadas y los vínculos existentes entre las actividades comerciales y la red de parentesco que el peninsular estructuró entre 1780-1810.

De acuerdo a la historiografía tucumana, la implementación de las Reformas borbónicas generó una división de la elite local en dos grupos, el pro-borbónico y el tradicional. En este contexto, cabría preguntarse ¿en qué sector de la elite se insertó Manuel Posse y cómo influyó su capital simbólico y económico al momento de contraer matrimonio?; o, en todo caso, ¿de qué manera estructuró el Peninsular su red de parentesco y qué rol jugaron sus hijos en este contexto de transición?; ¿es posible interpretar objetivos concretos al momento de las uniones matrimoniales de los descendientes de Posse, o las mismas estaban determinadas por la coyuntura de transformaciones que provocaba las reformas borbónicas? En este sentido, la red comercial que estructuró Posse podría dar cuenta de la fortaleza de los lazos de parentesco entre miembros de una misma familia, lo que facilitó la orientación de las actividades comerciales hacia la plaza porteña que se transformó en un polo de arrastre económico desde 1780.

Con la finalidad de responder a los interrogantes planteados, se examinaron diferentes fuentes. En el Archivo Histórico de Tucumán (AHT) se indagó el Boletín Genealógico de Tucumán con la finalidad de obtener información referida al origen de la rama fundadora de los Posse.; se analizó la Sección Judicial Civil (SJC), allí se registraron los testamentos referidos a la familia en cuestión -a partir de los cuales se observaron las hijuelas que cada uno de los descendientes recibiera, lo que permitió su posicionamiento al momento de los enlaces matrimoniales. Además, se indagó la Sección Administrativa (SA), donde se observaron los cargos públicos ocupados por los integrantes de la familia Posse en el período estudiado. Estos datos se complementaron con las Actas del Cabildo de la ciudad de Tucumán, las cuales aportaron nueva información referida al desempeño de los integrantes de la familia en cuestión. También se relevó la Sección de Hacienda que contiene los Cuadernos de Tomas de Razón (TR), expedidos por la Tesorería de Tucumán, la sección de Comprobantes de Contaduría (CC) y la sección Oficios Varios (OV), donde se registraron las guías de exportación hacia Buenos Aires efectuadas por la familia Posse. La prospección de las fuentes se completó para el período 1786-1809 con las mismas secciones.

LA INMIGRACIÓN BORBÓNICA A FINES DEL SIGLO XVIII. ORÍGENES DE LA RED DE PARENTESCO E INSERCIÓN SOCIAL DE LOS HERMANOS POSSE EN BUENOS AIRES Y TUCUMÁN

En la segunda mitad del siglo XVIII, la Corona española manifestó la creciente necesidad de retomar el control de los territorios americanos ante la amenaza latente de expansionismo por parte de Inglaterra. El rey Carlos III implementó las Reformas borbónicas que fortalecieron el control administrativo y generaron la formación de milicias para defender al territorio de posibles invasiones. La elite americana se adaptó a los nuevos requerimientos de la Metrópoli sin grandes sobresaltos, implementando diversas estrategias de reproducción social y fortaleciendo su red de relaciones lo que aseguró su continuidad en el contexto local. Ante esta nueva situación la elite tucumana debió reformular sus necesidades, en virtud de esa realidad.

En tal sentido, una herramienta frecuentemente utilizada por los historiadores, y sobre todo por los sociólogos, para indagar estos períodos de transición es el concepto de red, pues otorga un rol significativo a las relaciones de parentesco⁴. Aunque estos estudios ayudaron a la comprensión de la dinámica familiar, el trabajo de Bertrand (1999) y posteriormente el de Ponce Leiva y Amadori (2008) contribuyeron a esta discusión desde un sentido crítico, pues cuestionan los intentos de los historiadores por definir las redes sociales desde marcos teóricos que no les son propios, lo que provoca, en ciertas ocasiones, que atribuyan a los individuos que integran las familias comportamiento mecánicos en el establecimiento de vínculos de reciprocidad (Bertrand 1999).

Por este motivo, el eje a partir del cual se indagó la red de parentesco de los Posse fue la conceptualización de Moutoukias (2000). Este autor considera que las redes construidas por los individuos se desenvuelven dentro de un marco normativo pero en la mayoría de las ocasiones su accionar está más influenciado por objetivos personales y sus capacidades y además la reciprocidad entre sus miembros resulta condicionada por los buenos resultados obtenidos. En Tucumán, en el período en estudio, las familias de la elite poseían una composición determinada por diferentes variables, en algunas

⁴ El concepto de red, también conocido como *social network*, ha sido ampliamente estudiado; se refiere al conjunto de vínculos sociales llevados a cabo por una o más personas con la finalidad de cumplir un propósito específico, en el cual se puede identificar una cadena de mando o una cohesión entre sus miembros caracterizada, en ciertos casos, por prestar apoyo, protección política y mantener solidaridades internas. Entre los estudios que profundizaron en el análisis de las redes están los de Rosenberg (2002), Santilli (2003), Ímicoz (2004) y Amadori (2008).

ocasiones tenían como eje la institución familiar y en otras a personas que pertenecían al círculo extra-familiar, situado en determinados espacios de poder. Sin embargo, en el contexto de las reformas algunas familias reformularon sus estrategias de reproducción social para atravesar el proceso de transformación de la elite a fines del siglo XVIII.

Estas reformas suscitaron la inmigración de numerosos comerciantes de diferentes orígenes -gallegos, vascos, catalanes- hacia el territorio americano, luego de la aprobación del Tratado de Libre Comercio de 1774, en búsqueda de nuevas oportunidades económicas. Algunos se lanzaron a la aventura en busca de fortuna, ya que carecían de contactos comerciales y familiares previos; mientras otros migraron alentados por las noticias de las buenas perspectivas económicas que recibieron de parientes o amigos que ya residían en el territorio americano.

Estas transformaciones ocasionaron reacciones diferentes en la ciudad de San Miguel de Tucumán y en la dinámica interna de la elite; uno de los temas más conflictivos fue la expulsión de los jesuitas en 1767. El extrañamiento de los Padres de la Compañía provocó un reacomodamiento de los vecinos en torno a los funcionarios responsables de ejecutar esta medida -el sector proborbónico- y a un sector de la elite tradicional -pro-jesuita- que se manifestó contrario a la ordenanza real que impuso una nueva lógica de distribución del poder⁵. María Lelia García Calderón (2009) indagó en la conformación de estas parcialidades en torno a la expulsión de los jesuitas e identificó al grupo ligado con las autoridades superiores borbónicas, el cual estuvo encabezado por Fermín Vicente Tejerina, su hermano Francisco Tejerina y Barreda, quien fuera regidor -oficio que investía a quien lo detentara de una alta dignidad en el gobierno de la ciudad-, un renegado de la familia Aráoz, Juan Antonio Aráoz, y Sánchez de la Madrid, Manuel Padilla y Joaquín Monzón, entre otros vecinos. El grupo de familias tradicionales que evidenció ciertos resquemores hacia la nueva política de la Corona y al extrañamiento de los jesuitas estuvo dirigido por Pedro Antonio Aráoz y Paz -la familia Aráoz, una de las más tradicionales de la ciudad, estaba vinculada con antiguos troncos coloniales- de larga permanencia en las funciones capitulares⁶.

⁵ Algunas de las familias más tradicionales de Tucumán pertenecían al sector pro-jesuita, en esos casos la devoción hacia la Compañía de Jesús no se reducía simplemente a una cuestión religiosa porque los particulares mantenían negocios y realizaban transacciones comerciales con los jesuitas.

⁶ Los miembros de la familia Aráoz representaban al sector tradicional de la elite tucumana y ocuparon cargos en el cabildo durante 26 años, entre 1750-1810. A partir de 1770 se observa cierta regularidad: la participación de algún Aráoz como capitular durante más de cinco años sucesivos (Bascary 1999: 192).

Las reformas plantearon una puja por el poder y los espacios por dirimir estos conflictos fueron la Junta de Temporalidades y el Cabildo. Por este motivo, la elite tradicional intentó excluir a aquellos miembros que significaban una amenaza para la estabilidad política detentada a lo largo del siglo XVIII, como fue el sector pro-borbónico⁷. En este contexto, de transformaciones y conflictos internos, se insertaron los comerciantes peninsulares que traían consigo capitales y también estrechos vínculos de parentesco, paisanaje y una aceitada red de relaciones con los comerciantes porteños (Bascary 1999: 66). Esto los situó en el seno de la sociedad local y se transformaron en la nueva elite del Tucumán tardo-colonial.

En este caso, los hermanos Posse no fueron una excepción. Gerardo y Manuel -los fundadores de la rama familiar en Tucumán- eran hijos de Domingo Antonio Posse, de profesión comerciante, y de Ana María Blanco de Martínez⁸. De acuerdo con el genealogista Crespo Pozo (1976: 237), este apellido pertenecía a un antiguo linaje familiar, con escudo y casa solar radicada en Santa María de Sada, en las inmediaciones de La Coruña, -donde ejercían señorío y jurisdicción. El padre de estos hermanos, Domingo, poseía un galeón con el que comerciaba entre La Coruña y Portugal, situación que sirvió como incentivo para que sus hijos se dedicaran a las actividades mercantiles⁹.

El proceso migratorio de estos hermanos Posse -Gerardo y Manuel- fue por etapas. En un primer momento se establecieron en la ciudad de Montevideo (1776), en donde realizaron diversas transacciones comerciales vinculadas con la importación de efectos de ultramar (Bascary 1999: 66). Poco tiempo después se trasladaron a Buenos Aires, donde residía su tío Tomás Posse y Collins -quien se desempeñaba como comerciante de la plaza local¹⁰. Sin embargo,

⁷ Los conflictos entre estos sectores generaron un enfrentamiento entre el grupo que apoyaba a Fernández Campero, gobernador saliente, y Gerónimo Matorral, elegido por el virrey para ejercer este cargo. Lo interesante de este enfrentamiento es que el primero representaba al sector pro-borbónico y el segundo al pro-jesuita. Esto ocasionó el enfrentamiento entre Fermín Tejerina, responsable de la expulsión, y la familia Araújo, que apoyaba a la Orden.

⁸ Manuel Posse y Blanco, nació en el villa de Camariñas (La Coruña) el 7/ 10/ 1753, y su hermano el 21/ 5/ 1756 (Archivo Parroquial de Camariñas, La Coruña, España, Libro de Bautismos número 1, fs. 119 y 345).

⁹ El padre de estos jóvenes, según el catastro del Marqués de Ensenada -levantado en 1753- poseía un galeón para el comercio de cabotaje con los puertos portugueses y gallegos. Además de esta propiedad poseía casas y cultivos y fue señalado como uno de los hombres de fortuna de la región en donde vivía. Archivo del Reino de Galicia, *Catastro del Marqués de la Ensenada*; San Jorge de Buria y Villa de Camariñas (Ayuntamiento de Vimianzo), año 1753 - Real Legos, f. 510-512.

¹⁰ Tomas Insúa y Posse -nacido en Torre Gallones, Sant Amet de Sarces, Galicia- se casó en Buenos Aires en 1767 con Juana Rosa Collins y Mansilla -descendiente del comerciante inglés John Collins y de María Andrea Mansilla- con quien concibió siete hijos: María

a pesar de compartir el mismo derrotero, las estrategias que implementaron los Posse fueron diferentes. En 1792, Gerardo contrajo matrimonio con su prima, María Insúa y Collins -hija de Tomás-, lo que consolidó nuevamente los vínculos familiares entre estos troncos familiares (Saguiet 2007).

En 1779 Manuel se radicó en Tucumán y al momento de su establecimiento tenía un patrimonio cercano a los 14.310 pesos que había acumulado de algunas transacciones mercantiles realizadas previamente a su llegada -lo que lo transformaba en un acaudalado comerciante de la ciudad¹¹. Posse integró el grupo de comerciantes pertenecientes al Consulado de Comercio de Buenos Aires que se insertó en Tucumán y que contaba con fuertes lazos mercantiles con los principales importadores de efectos de Castilla en la plaza porteña¹².

Por este motivo, estableció rápidamente vínculos económicos con comerciantes del ámbito local y capitalizó estas relaciones contrayendo matrimonio en 1783 con Águeda Tejerina y Domínguez, hija de Fermín Vicente Tejerina y Barreda y Teresa Domínguez¹³. En este enlace matrimonial, Águeda aportó de su legítima dote 4.784 pesos y Manuel 14.310 pesos como patrimonio personal. La dote de Águeda fue fundamental en la concreción del matrimonio con Posse y no estaba compuesta en su totalidad por dinero en efectivo sino que incluía muebles, entre otras pertenencias¹⁴. A partir de este matrimonio, Manuel se integró al seno de la elite local al relacionarse por lazos de parentesco con una familia vinculada a la vida política de la ciudad, perteneciente al sector pro-borbónico y con un fuerte capital simbólico. Dado que Fermín, el padre de Águeda, fue arrendatario de la sisa en 1764 y recusado como alcalde de segundo voto en 1767 y como gobernador de armas en 1776¹⁵. El hermano

Joaquina, María Josefa, Manuel Norberto, Juana Paula, María Cecilia, Mónica Francisca e Ignacio Insúa (Fernández de Burzaco 1989).

¹¹ AHT, Sección Protocolos, Serie A, 1792, f. 173.

¹² Entre los comerciantes que se instalaron en Tucumán, se encontraba José Ignacio Gardemía, José Antonio Álvarez de Condarco, Salvador Alberdi y Cayetano Rodríguez, entre otros (Tío Vallejo 1998: 42).

¹³ Los padres de Fermín Texerina y Barreda fueron Francisco Texerina y Barreda y Laurencia García, ambos naturales de Sevilla.

¹⁴ En la concreción de las alianzas matrimoniales se ha considerado, tradicionalmente, a la dote como un factor determinante pues constituía un adelanto de la herencia que jugaba un doble papel en las estrategias matrimoniales. A través de ellas se transfería parte del patrimonio familiar a las muchachas al contraer nupcias, patrimonio que era intransferible y servía de reaseguro para las mujeres cuando enviudaran (Bascary 1999: 185).

¹⁵ Fermín estuvo a cargo del proceso de extrañamiento de los jesuitas (AHT, Sección Administrativa, vol. 6, fs. 35, 36, 37 y 38; AHT, Sección Judicial Civil, casa 25, exp. 29, f. 184 (v), caja 23, exp. 1, f. 2.)

de Fermín, Francisco Tejerina Barreda, desempeñó funciones diversas -en 1783 fue Alcalde de la Santa Hermandad y Regidor XXIV; en 1785 Alcalde Ordinario de 1º voto y Regidor XXIV; en 1787 Regidor XXIV y diputado del Ramo de Sisa; y en 1788 administrador de temporalidades (Saguiet 2007).

En todo caso, el casamiento de Manuel resultó meritorio debido a que entre 1780 y 1810 se redujo sensiblemente el porcentaje de uniones matrimoniales de familias de la elite local con los inmigrantes peninsulares de fines del siglo XVIII. Según Ana Bascary (1999: 181) este fenómeno se atribuyó a la tendencia de las familias de la elite a *cerrar filas* y a estrechar lazos por medio de matrimonios endogámicos, reclutando solo a determinados peninsulares. Seguramente, lo que incentivó a Fermín Tejerina a permitir el casamiento de su hija Águeda con Manuel Posse fue el capital económico que poseía el Peninsular, además el hecho de tener fuertes conexiones mercantiles con la plaza porteña -recordemos sus estrechos vínculos con el Consulado de Buenos Aires- lo situaba entre los comerciantes más prósperos de la ciudad. El enlace matrimonial benefició a Manuel transformándolo en vecino de la ciudad y otorgándole la posibilidad de ser elegido como funcionario del Cabildo. Esto le valió desempeñarse en diferentes cargos públicos que tenían una impronta política diversa. Fue elegido Defensor de Menores (1787), Síndico Procurador de la ciudad (1788), Alcalde de Barrio (1793), Tesorero de Bulas (1801) y Alcalde Ordinario de 1º Voto (1804) (Avellaneda de Ibarreche *et al.* 2005). Según Bascary (1999), eran capitulares aquellos que por formación, filiación, riqueza o prestigio descollaban entre los notables. Para los peninsulares afincados en la ciudad, la muestra palpable e incuestionable de su ascenso social era ser elegidos como alcaldes, fiscales y síndicos, o mejor aún la compra de alguno de los oficios concejiles de más alto rango (Bascary 1999: 190). El caso de Posse resultó interesante debido a que accedió a los cargos de Alcalde de Barrio (1793) y Alcalde Ordinario de 1º voto (1804) a partir de la compra de dichos cargos¹⁶. En tal sentido, los comerciantes más prominentes tucumanos utilizaron su posición económica para detentar cargos en el cabildo local, hecho que les permitió tener potestad jurisdiccional en la ciudad junto a sus pares.

Esta unión matrimonial consolidó de forma definitiva la posición de Posse en el seno de la elite local, y resultó una evidencia concreta de la reestructuración interna de la elite en Tucumán -con la llegada de los inmigrantes peninsulares de fines del siglo XVIII (Bascary 1999: 190). Junto a su

¹⁶ El oficio de regidor investía mayor dignidad -los regidores eran considerados los “padres” de la ciudad- además eran cargos perpetuos, “vendibles y renunciables”; en San Miguel de Tucumán había cuatro, a veces cinco y eran los siguientes: alcalde mayor provincial, alguacil mayor, fiel ejecutor, regidor 24 y alférez real (Zamora 2007).

esposa tuvieron siete hijos -seis varones y una mujer- quienes ampliaron la red de parentesco de los Posse, vinculándolos con otras familias de la elite local¹⁷. A partir de su establecimiento definitivo los Posse estructuraron una red comercial que los vinculó a diferentes comerciantes del medio local y de Buenos Aires, lo que posibilitó posteriormente el fortalecimiento de estas relaciones mediante las uniones matrimoniales.

INICIOS DE LA RED COMERCIAL DE MANUEL POSSE, CIRCUITOS COMERCIALES DE EXPORTACIÓN Y LA INCIDENCIA DE LOS VÍNCULOS DE PARENTESCO EN SU CONFORMACIÓN ENTRE 1786 Y 1799

En el siglo XVIII, la situación económica de la ciudad de San Miguel de Tucumán era favorable debido a su ubicación como intermediaria en el eje Potosí-Buenos Aires. De acuerdo con López (2003), la región del Tucumán seguía caracterizándose por su producción ganadera destinada a dos mercados: a) como ganado en pie que se transportaba hacia las provincias alto peruanas -especialmente a Tarija y Cinti- y b) como productos derivados -cueros, suelas, grasa, sebo- orientados a los mercados del Litoral. Complementaban la producción local otros bienes, como los pellones, el arroz, las maderas, los muebles, las carretas, que se dirigían a la capital del Virreinato y zonas aledañas. Desde Tucumán se enviaba el ganado, los pellones y los productos de reexportación -como la yerba y el azúcar- a los mercados del Alto Perú. A cambio de sebo, grasa y quesos, se obtenía el metálico y productos manufacturados como los textiles, los sombreros y las mantas. Hacia el Litoral y el puerto de Buenos Aires se destinaban los cueros curtidos, el arroz, las maderas y las carretas. En la ciudad portuaria los comerciantes tucumanos adquirirían los “efectos de Castilla”, la yerba, el azúcar y las manufacturas que no se producían en la jurisdicción y saldaban las cuentas con plata adquirida en los mercados altoperuano o en la misma capital del Virreinato (López 2003: 194).

Los comerciantes locales atendían dos mercados; uno vinculado con la importación de productos -que incrementó sensiblemente en el siglo XVIII de acuerdo a diversos historiadores- consistente en la importación de efectos de la tierra y efectos de Castilla que no se producían en la región¹⁸. En lo

¹⁷ José Víctor (26/ 08/ 1785 al 24/ 05/ 1852); Simón (1790), Vicente (4/ 04/ 1796 al 09/ 08/ 1884), María del Rosario (1794), Luis (10/ 04/ 1797), Felipe (30/ 04/ 1806 al 30/ 07/ 1878), Francisco Posse -se desconoce otro dato sobre su persona- (Posse 1993: 41-48).

¹⁸ Los principales productos de importación eran los algodones y los lienzos del Alto Perú, yerba de Paraguay, azúcar de Jujuy y Río de Janeiro, aguardientes y vino de la zona de Cuyo, añil de Chile y Perú, entre otros bienes (López 1994).

referente al comercio de exportación se manifestaron diferentes tendencias de acuerdo a las necesidades de los mercados consumidores. La historiografía local identificó tres circuitos: 1) Norte: constituido por la jurisdicción de Salta, la jurisdicción de Jujuy y las provincias del Perú -que incluían las ciudades de Arequipa, Chichas, Chuquisaca, Cochabamba, Cuzco, La Paz, La Plata, Charcas, Tolima, Tayna y Perú; 2) Sur: comenzaba en las ciudades de Santiago del Estero y Córdoba e incluía, en el tránsito, a San Luis y San Juan; la ciudad de Santa Fe y, ocasionalmente, a Corrientes y Paraguay; 3) Oeste: formado por las ciudades de Catamarca -con Andalgalá, Belén, Santa María, Londres-, La Rioja, San Juan y Mendoza. Desde ahí ocasionalmente se enviaban productos a Chile y Lima¹⁹.

A partir de la caracterización de los circuitos mercantiles, en los cuales los comerciantes tucumanos efectuaban sus transacciones económicas, se identificaron los productos locales de exportación entre 1786 y 1799. El Gráfico 1 muestra los porcentajes de estos productos con la finalidad de indagar cuál tenía mayor participación en el mercado, sin incluir el ganado como producto exportable.

GRÁFICO 1

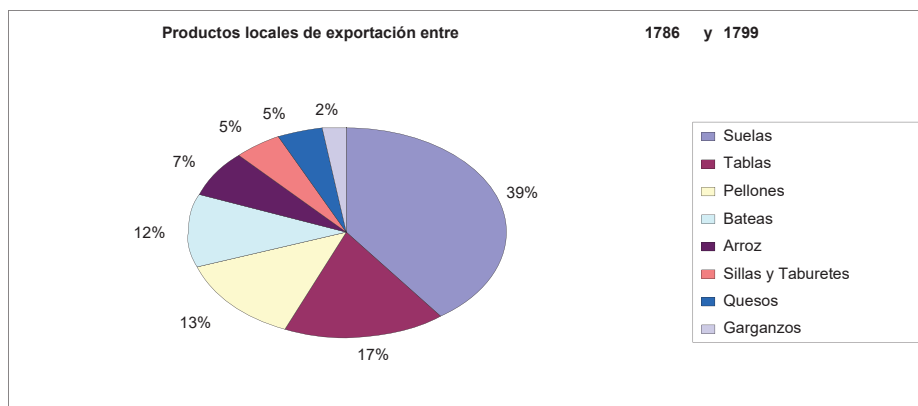


Gráfico de elaboración propia (AHT, Sección comprobantes de contaduría, Libros de Toma de Razón 1786-1799)

¹⁹ La historiografía local ha analizado mucho estos circuitos comerciales. Sin embargo, sólo citaremos aquellos trabajos que aportaron a la elaboración de esta investigación (Müller 1987; López 1999, 2002 y 2009).

En el Gráfico 1 se observa que pese a no incorporar al ganado como producto exportable, las suelas -un derivado del mismo- comprenden el 39% del total de los envíos. El segundo producto en cantidad de exportaciones son las tablas, hecho que puede relacionarse con la riqueza forestal en las sierras al oeste de San Miguel de Tucumán, de donde se extraía la madera para ser trabajada en los diferentes aserraderos de la ciudad -los que también fabricaban bateas, sillas y taburetes. A partir de estos datos, se cuantificaron los circuitos comerciales para conocer cuál de ellos concentraba la mayor cantidad de exportaciones desde Tucumán. Se observó que el circuito sur centralizaba la mayor cantidad de exportaciones, hecho que reafirmó la postura de los historiadores locales y nacionales acerca del proceso de reorientación de la economía hacía el puerto de Buenos Aires²⁰. Este redireccionamiento significó una pérdida sustancial de la participación de las exportaciones hacía el Alto Perú, aunque de acuerdo a las fuentes relevadas todavía mantenía un 23 % del total de los envíos²¹. Este porcentaje se vinculó, sobre todo, con la exportación de pellones y, en menor medida, con la de otros productos como suelas y tablas. En toda esta amplia gama de productos que eran comercializados desde Tucumán, Manuel Posse se especializó en la exportación de suelas, bateas, arroz, quesos, garbanzos y tablas y tablones hacia el circuito sur y pellones hacia el circuito norte.

Sin embargo, se tomaron solamente las suelas para indagar cuáles eran los destinatarios de este producto, qué grado de participación tenía la red de parentesco en la recepción de los productos en Buenos Aires entre 1789-1799, y cómo evolucionó la participación de Posse en este producto. El mencionado producto era requerido por la plaza porteña para su exportación a Inglaterra y su precio por unidad rondaba los catorce reales en dicha plaza (Müller 1987: 317), representando un negocio sumamente rentable para los comerciantes tucumanos.

En el quinquenio 1789-1793 desde Tucumán hacia Buenos Aires se exportaron un total de 41.028 unidades de suelas en 150 envíos. De ese total, 2.161 unidades corresponden a Posse y fueron enviadas, en su totalidad, a la

²⁰ “Es entre 1744 y 1778 que se va a reafirmar definitivamente el papel de Bs. As. como mercado, polo de arrastre y centro de distribución para un vasto conjunto regional. Es decir que la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, con capital en Buenos Aires y todas las medidas que lo acompañaron, fueron más que el origen, la confirmación legal de una realidad que ya empezaba a existir y que por supuesto fue así acentuada al máximo. Desde ese momento los mercaderes de Buenos Aires van a dominar indiscutiblemente sobre toda una vasta área que abarcaba desde el Paraguay hasta Chile, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú y aún un poco más allá” (Gelman 1996: 19).

²¹ AHT, Sección Comprobantes de Contaduría, Libros de Toma de Razón 1789-1799.

orden de su tío Tomas de Insúa²². En el quinquenio 1794-1799, la provincia exportó un total de 50.977 unidades de suelas en 133 envíos, perteneciéndole a Posse unas 2.061 unidades enviadas a la orden de Gerardo Posse y Juan Nadal -quien se desempeñaba como socio de su hermano en Buenos Aires²³. Las exportaciones de suelas reflejaron la concentración, de un quinquenio a otro, de las actividades mercantiles en torno al eje de los hermanos Posse -pasando su tío a un segundo plano. Manuel Posse complementó las actividades comerciales con diversas funciones públicas; en 1787 fue elegido Defensor de Menores, en 1788 Procurador de la ciudad y en 1793 Alcalde de Barrio. La combinación de ambas actividades -la comercial y la pública- lo situaron como uno de los miembros más destacados de la elite local (Avellaneda de Ibarreche *et al.* 2005).

Asimismo, se indagó sobre el grado de participación que tuvo el Peninsular en la exportación de suelas, en comparación con otros comerciantes del medio local. En tal sentido, se analizó quiénes eran los comerciantes que exportaban este producto, el número de envíos y recuento de las suelas por unidad, con la finalidad de identificar el peso de Posse en el total de las exportaciones.

TABLA 1

Exportación de suela con destino a Buenos Aires, 1789-1799		
Comerciante	Número de envíos	Cantidad
Castro, Pedro Vicente	5	908
Alberdi, Salvador	9	2.950
Monteagudo, Francisco	11	3.841
Rodríguez, Cayetano	11	7.995
Laguna, Miguel	12	2.991
Aráoz, Francisco	13	1.837
Posse, Manuel	11	4.222
Terry, Antonio	15	10.354
García, José Gabriel	17	8.321
Ruiz de Huidobro, Julián	20	2.891
Velarde, José	20	6.014
Ponse, Alonso	29	16.101
Reboredo, Manuel	35	9.470
Otros	71	13.477
Total	212	92.005

Tabla de elaboración propia (AHT, Sección Administrativa, comprobantes de Contaduría, Oficios Varios y Libros de Toma de Razón 1789-1799)

²² AHT, Sección comprobantes de contaduría, Libros de Toma de Razón 1789-1793.

²³ AHT, Sección comprobantes de contaduría, Libros de Toma de Razón 1794-1799.

La Tabla 1 refleja que la cantidad de envíos no coincidía siempre con el volumen por unidad de suelas exportadas, hecho observado en el caso de Manuel Reboredo, comerciante que realizó 35 envíos exportando un total de 9.470 unidades (12 %) ²⁴. El comerciante que más suelas exportó fue Alonso Ponce, con 29 envíos y un total de 16.101 unidades (20 %) mientras Manuel Posse realizó 11 envíos que representaron 4.222 unidades (6 %) de un total de 78.528 unidades exportadas con destino Buenos Aires. En todo caso, en el período específico la participación de Manuel Posse en la exportación de suelas no fue significativa, al igual que la de otros artículos debido a que el Peninsular se había establecido en 1786 y aún no se había consolidado en la plaza local. Esto explica la centralidad de los vínculos familiares como una estrategia para progresar económicamente, hecho que favoreció el aumento progresivo de las exportaciones con el correr de los años.

COMERCIO DE EXPORTACIÓN Y ENLACES MATRIMONIALES DE LA PRIMERA GENERACIÓN DE LOS POSSE ENTRE 1800-1810. LA CONSOLIDACIÓN DE LA RED DE PARENTESCO

A comienzos del siglo XIX, el vínculo de dominación colonial se encontraba en una profunda crisis debido a la progresiva pérdida de control por parte de la Corona española de sus dominios de ultramar, el franco retroceso del imperio y los continuos enfrentamientos bélicos con el resto de las potencias coloniales -hecho que generó una constante necesidad de metálico para afrontar los gastos de la guerra. Ante esta situación la Metrópoli aumentó la presión fiscal en los territorios coloniales mediante la implementación de una serie de empréstitos voluntarios ²⁵. Una de las primeras preocupaciones se vinculó con indagar si la tendencia económica que manifestó Manuel Posse hacía Buenos Aires se mantuvo constante en la primera década del XIX.

Los documentos existentes en el AHT permitieron una búsqueda pormenorizada para el período arriba enunciado. Las fuentes revelaron un aumento de los envíos al circuito sur concentrando el 82 %, aunque el total de exportaciones disminuyó de 751 a 524 en referencia al período 1789-1799. A pesar de este descenso resultó significativo que la tendencia se mantuviera constante,

²⁴ En la Tabla 1 el parámetro para la muestra es de cinco envíos en adelante; por este motivo, 71 envíos representan unas 13.477 suelas que están por debajo de la media utilizada.

²⁵ Los empréstitos fueron de dos tipos, voluntarios y forzosos; en los primeros, los vecinos contribuían con los montos que creían convenientes mientras que en los segundos, por los general, se prorrateaba de acuerdo al criterio impuesto por el Diputado de Comercio.

en cuanto al crecimiento de la participación de la ciudad de Buenos Aires como polo de atracción económica. El circuito norte disminuyó de un 23 % -entre 1789-1799- a un 18 % para el período observado en el Gráfico, lo que indicó una pérdida progresiva en el total de las exportaciones tucumanas.

Asimismo, el interés en el estudio de este primer decenio se vinculó con comprobar si Manuel Posse mantuvo el flujo de envíos hacia la ciudad de Buenos Aires o si la villa de Potosí captó la atención económica del Peninsular. Del total de exportaciones efectuadas por Manuel Posse entre 1800-1809, se realizaron 49 envíos a Buenos Aires -compuestos principalmente por suelas, arroz, bateas, lanas de guanaco, sombreros, quesos y garbanzos- y sólo 12 envíos al circuito norte -exportándose sillas y taburetes²⁶. Posse amplió la gama de productos exportados hacia Buenos Aires incorporando sombreros, sillas y taburetes y también lana de guanaco, hecho que resultó significativo pues aunque los envíos no fueron importantes -en cuanto a cantidad- demostraron una tendencia a diversificar las exportaciones y captar nuevos mercados. La Tabla muestra que Manuel incrementó sustancialmente los envíos de suelas hacia Buenos Aires, lo cual marca una diferencia con respecto al resto de los productos que exportó pero además implica una especialización en cuanto a este artículo específico.

En el caso de las suelas en particular, en el quinquenio 1800-1804 se exportaron desde Tucumán con destino a Buenos Aires un total de 44.064 suelas en 142 envíos. De ese total corresponden a Posse 6.012 suelas giradas a la orden de Gerardo Posse, quien en ese período atendió personalmente las exportaciones de su hermano hacia la plaza porteña²⁷. En el quinquenio de 1805-1809 se exportaron 33.197 suelas en 127 envíos. En ese mismo período Posse exportó 6.518 unidades, también a la orden de su hermano Gerardo Posse²⁸. Este segundo decenio analizado marcó una concentración de las actividades comerciales a partir del fortalecimiento del vínculo entre los hermanos Posse, debido a que sólo Gerardo recibía los envíos desde Tucumán. Siguiendo la lógica de análisis del período anterior, se indagó cuáles fueron los comerciantes que exportaron suelas con destino Buenos Aires, a fin de observar la situación de Posse en este nuevo período hecho que se reflejó en la Tabla 2²⁹.

²⁶ AHT, Sección Administrativa, comprobantes de Contaduría, Oficios Varios y Libros de Toma de Razón 1800-1809.

²⁷ AHT, Sección Administrativa, Comprobantes de Contaduría, Oficios Varios y Libros de Toma de Razón 1800-1804.

²⁸ AHT, Sección Administrativa, Comprobantes de Contaduría, Oficios Varios y Libros de Toma de Razón 1805-1809.

²⁹ En esta Tabla el parámetro de análisis utilizado es de siete envíos en adelante.

TABLA 2

Exportación de suela con destino a Buenos Aires, 1800-1809		
Comerciante	Número de Envíos	Cantidad
Aráoz, Cayetano	7	800
Aráoz, Gregorio	7	1.196
Monteagudo, Francisco	10	2.246
Ponse, Alonso	10	3.318
Zavaleta, Clemente	11	2.309
Pondal, Roque	12	2.674
Aráoz, Bernabé	12	3.095
Garmendia, José Ignacio	12	2.939
Terry, Antonio	14	8.253
Rodríguez, Cayetano	21	7.060
Reboredo, Manuel	23	11.143
Posse, Manuel	35	12.530
Otros	130	19.698
TOTAL	269	77.261

Tabla de elaboración propia (AHT, Sección Administrativa, comprobantes de Contaduría, Oficios Varios y Libros de Toma de Razón, 1800-1809)

En el período que refleja la Tabla 2, Manuel Posse se transformó en el comerciante que realizó mayor cantidad de envíos -con un total de 35- exportando 12.530 unidades, lo que representa el 23 % sobre un total de 77.261 unidades enviadas a la ciudad de Buenos Aires. El segundo comerciante fue Manuel Reboredo, quien efectuó una cantidad de envíos mucho menor -solo 23-, exportando 11.143 unidades que significaron el 19% del total. Asimismo, al comparar, la producción total de los dos decenios, existe una merma significativa debido a que entre 1789-1799 se fabricaron 92.005 suelas y entre 1800-1809 la producción total llegó a 77.261. Esto se debió a una crisis en la comercialización del producto que mermó la producción y su exportación a Buenos Aires (Müller 1987).

La primera década el siglo XIX marcó también el inicio de las uniones matrimoniales de los hijos del Peninsular, quienes capitalizaron las relaciones previamente establecidas por su padre con distintas familias de la elite tucumana. El primero en casarse fue José Víctor Posse, quien contrajo matrimonio con Tomasa Pereira y Aráoz, hija de Manuel Antonio Pereira, prominente español, y de Magdalena Aranguren Aráoz. Manuel Antonio Pereira estaba vinculado con el Consulado de Buenos Aires motivo por el cual ocupó el cargo de Diputado de Comercio por Tucumán en diversas ocasiones y Magdalena

Aranguren Aráoz estaba emparentada con Bernabé Aráoz, quien fuera elegido como el primer gobernador propietario de la provincia de Tucumán entre 1814-1817 y presidente fundador de la República del Tucumán entre 1820-1821³⁰. La consumación de este enlace evidencia, por un lado, la búsqueda del fortalecimiento de lazos entre connacionales, como Manuel Antonio Pereira y Manuel Posse emigraron al mismo momento estaban vinculados al Consulado de Comercio de Buenos Aires y desempeñaron la función de Diputados de Comercio. Por el otro, marcó el acercamiento a la tradicional familia Aráoz -cuyos orígenes se remontaban a los viejos troncos coloniales, como ya expresáramos- que pertenecía al grupo anti-borbónico.³¹ En este sentido, esto evidencia la reformulación de alianzas al interior de la elite que intentaba adaptarse al nuevo escenario político y social que deparaba la década de 1810.

La única hija de Manuel Posse -María del Rosario- se casó en 1806 con Roque Pondal y Blanco³². En el censo de 1812 figura con 28 años de edad y en el padrón de electores de 1818 aparece con residencia en el Tercer Cuartel de la ciudad -en la zona sur- como europeo endonado de 34 años, casado y de profesión comerciante.³³ Pondal se desempeñó como Procurador General (1810), Regidor Decano (1821), Alcalde Ordinario de Segundo voto (1822), Juez de Primera Nominación en lo Civil (1826) y Diputado de la Sala de Representantes (1829-1831) (Terán 2004). Este matrimonio permitió, por un lado, la inserción social de Roque Pondal en el contexto tucumano y, por el otro, resultó una prueba de los vínculos existentes entre connacionales que emigraron de las mismas regiones de la Península ibérica y que, gracias a estos casamientos, se incorporaban a las sociedades donde se radicaron³⁴

Tanto Manuel Antonio Pereira, padre de Tomasa, como Roque Pondal mantenían un fluido contacto comercial con Gerardo Posse, quien era el

³⁰ Aparte de ser designado Diputado de Comercio en varias oportunidades, Manuel Pereira se desempeñó como Teniente Tesorero en 1801 (Avellaneda de Ibarreche *et al.* 2005: 384-406).

³¹ La familia Aráoz era propietaria de numerosas extensiones de tierras en el departamento Monteros, ubicado al sur de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Groussac (1981: 182) los describió como señores feudales en esas comarcas.

³² Roque Jorge Pondal y Blanco nació en Camariñas en 1783 y se encontraba radicado en la ciudad de San Miguel de Tucumán en los primeros años del siglo XIX. Pondal emigró hacia esta ciudad por los contactos existentes entre los connacionales de la zona de Camariñas, lo que llevó al Peninsular a emigrar a la zona del Río de la Plata (Terán 2004).

³³ AHT, Sección Administrativa, Censo de 1812, f. 203 y Zelarayán (2003: 234).

³⁴ En todo caso, de acuerdo a las fuentes, no sólo el vínculo entre connacionales llevó a Pondal a emigrar hacia Tucumán sino el parentesco de segundo grado a través del apellido Blanco, debido a que las madres de ambos peninsulares portaban dicho apellido.

destinatario de los productos exportados por ambos comerciantes a Buenos Aires³⁵. En todo caso, estas uniones matrimoniales fortalecieron la red comercial de la familia Posse al incluir a dos prominentes comerciantes del medio local.

CONCLUSIONES

A fines del siglo XVIII las reformas borbónicas propiciaron la migración de numerosos comerciantes peninsulares, quienes a partir de la aprobación del Tratado de Libre Comercio buscaron consolidar nuevas rutas para el tráfico mercantil entre la Metrópoli y las colonias. En el ámbito tucumano, este proceso fue ampliamente estudiado por los historiadores locales que analizaron el período tardo-colonial, transformándose el estudio de los hermanos Posse en otra prueba empírica de la inserción social de estos peninsulares, su rápida adaptación al medio y la manera en que aprovecharon su capital simbólico como herramienta para generar nuevos vínculos con la elite tucumana.

Un elemento ineludible relacionado con la reconstrucción de las redes familiares de los Posse se vincula con el estudio de las pautas migratorias de estos actores sociales y su relación con redes de parentesco más amplias -de carácter transoceánico-, fenómeno analizado ampliamente en el caso del Río de la Plata para el período colonial. Esta reconstrucción de las redes realizadas por diferentes autores sirvió como herramienta para reflexionar en este caso específico. A partir de la información obtenida de las fuentes se advirtió que el proceso migratorio hacia el Río de la Plata que iniciaran Gerardo y Manuel Posse no fue casual, debido a que Tomás Insúa y Collins -tío de ambos- residía en la ciudad de Buenos Aires. Este vínculo previo fue decisivo al momento de decidir hacia qué región del territorio colonial emigrar.

Las uniones matrimoniales efectuadas por los hermanos marcaron diferentes realidades. El casamiento de Gerardo con su prima María Insúa y Collins significó su inserción en el contexto comercial de la plaza porteña y la reafirmación de los lazos de parentesco entre los Posse y los Insúa; estrategia que permitió la incorporación de Gerardo a las actividades comerciales efectuadas por Tomás Insúa y le posibilitó incrementar paulatinamente sus contactos comerciales y su capital económico. A partir de este crecimiento, Gerardo se transformó en el principal destinatario de las exportaciones de

³⁵ Manuel Antonio Pereira efectuó trece envíos hacía Buenos Aires, de los cuales ocho fueron para Posse. En cambio, todas las exportaciones de Pondal se orientaron a través de la red comercial de la familia Posse (AHT, Sección de Comprobantes de Contaduría y Oficios Varios, Cuadernos de Tomas de Razón 1800-1809).

Manuel, y de otros comerciantes tucumanos, llegando a reemplazar a su tío -quien en un primer momento ocupó la centralidad de esta red comercial.

Por su parte, la unión matrimonial de Manuel Posse con Águeda Tejerina y Domínguez significó la incorporación del Peninsular al sector pro-borbónico de la elite tucumana, la posibilidad de aprovechar los contactos comerciales del tío de su esposa -Diego Domínguez, propietario de una pulpería en la ciudad- y de vincularse con el mercado altoperuano que mantenía un flujo significativo de importaciones desde Tucumán, a pesar del proceso de orientación económico hacia el Río de la Plata.

Las uniones matrimoniales de los hijos de Manuel Posse fortalecieron los lazos económicos previos entre los comerciantes peninsulares que se habían establecido en Tucumán y mantenían estrechas relaciones con el Consulado de Buenos Aires. En tal sentido, estos enlaces evidencian la importancia de los vínculos de parentesco para consolidar relaciones comerciales previas, pero además para fortalecer a los peninsulares que emigraron durante el proceso de Reformas borbónicas y que se transformaron en la nueva elite tucumana. Además, esta nueva elite fusionó sus intereses con los de familias tradicionales, como los Aráoz, aumentando su capital económico y prestigio simbólico. En el caso de los Posse, Manuel propició las uniones matrimoniales de sus hijos, les prestó el capital para la instalación de sus pulperías y los incorporó al aceitado circuito comercial que estructuró con su hermano Gerardo Posse.

En cuanto al tema de las exportaciones tucumanas, a partir de la elaboración de gráficos y tablas se intentó ilustrar la naturaleza de los intercambios comerciales entre Tucumán y otras regiones; la tendencia hacía el circuito sur y, sobre todo, una aproximación a la realidad comercial de Manuel Posse.

El estudio de las exportaciones en el caso de Manuel resultó clave para indagar en la evolución de la participación del Peninsular en un rubro específico como las suelas. Aunque solo se cuantificaron los envíos desde dos parámetros -cantidad de envíos y unidades- esto reflejó el crecimiento de Manuel, quien en el período 1800-1809 se transformó en el principal exportador de suelas de Tucumán. Asimismo, el estudio de este producto en particular sirvió para mostrar cómo se estructuró la red comercial de los hermanos Posse, en la cual Gerardo quedó transformado en el receptor de los productos enviado por Manuel.

Fecha de recepción: 6 de febrero de 2012

Fecha de aceptación: 3 de noviembre de 2012

BIBLIOGRAFÍA

Amadori, Arrigo

2008. Los análisis de redes sociales y el ejercicio del poder: América Hispana. *Épocas. Revista de la Escuela de Historia* 2: 35-59.

Avellaneda de Ibarreche, Celia, María del Carmen Clessi y Jorge Corominas
2005. *Autoridades del Cabildo, Justicia y Regimiento. Tercera parte (1779-1824)*: 384-406. Tucumán, Centro Genealógico de Tucumán.

Bascary, Ana María

1994. Poder y familia en San Miguel de Tucumán a fines del período colonial. El caso de los Villafañe. *Actas del IV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*: 35-55. Salamanca, Universidad de Salamanca.

1999. *Familia y vida cotidiana. Tucumán a fines de la colonia*. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT/ Universidad Pablo de Olavide, Andalucía.

Bertrand, Michel

1999. De la familia a la red de sociabilidad. *Revista Mexicana de Sociología* 61 (2): 107-135.

Brading, David

1976. *Mineros y comerciantes del México borbónico (1763.1810)*. México, Fondo de Cultura Económica (FCE).

Crespo Pozo, Santiago

1976. *Blasones y linajes de Galicia*. Galicia, Bibliófilos Gallegos.

Fernández de Burzaco, Hugo

1989. *Apuntes biogenealógicos para un padrón de habitantes del Río de la Plata*. Buenos Aires, Instituto Genealógico Argentino.

García Calderón, María Lelia

2009. Las disputas por el poder en San Miguel de Tucumán a partir de la expulsión de los jesuitas. En López, C. (comp.); *Identidades, representación y poder entre el Antiguo Régimen y la Revolución: Tucumán, 1750-1850*. Rosario, Prohistoria.

Gelman, Jorge

1996. *De mercachifle a gran comerciante. Los caminos del ascenso en*

el Río de la Plata colonial: 19. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía.

1998. La lucha por el control del Estado: administración y elites coloniales en Hispanoamérica. En Tandeter, E. (dir.); *Historia General de América Latina. Procesos Americanos hacia la Redefinición Colonial*: (IV) 251-265. Colombia, Ediciones UNESCO/ Editorial Trotta.

Gil Montero, Raquel

2002. Guerras, hombres y ganado en la Puna de Jujuy. Comienzos del Siglo XIX. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 25: 9-36.

Goldman, Noemí

1998. Crisis imperial, revolución y guerra. En Goldman, N. (dir.); *Nueva Historia Argentina. Revolución, República y Confederación (1806-1852)*. Buenos Aires, Sudamericana. (Tomo III).

Groussac, Paul

1981. *Ensayo histórico sobre Tucumán*. Tucumán, Ediciones Banco Comercial del Norte.

Ímicoz, José María

2004. Actores, redes, procesos: reflexiones para una historia más global. *Revista da Facultad de Letras - Historia* 5: 115-140.

Iramain, Pablo

2005. El proceso de independencia a través de las familias principales. Tucumán entre 1810-1820. En García de Saltor, I. y C. López (comps.); *Representaciones, sociedad y poder. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT.

Latasa, Pedro

2003. *Reformismo y sociedad en América Borbónica*. Navarra, EUNSA.

López, Cristina

1994. Comercio de exportación en la jurisdicción de San Miguel de Tucumán: circuitos comerciales y especialización productiva (1786-1810). *Cuadernos de contexto andino* 2: 65-85.

1999. Negocios familiares: redes mercantiles y redes de parentesco en el Tucumán Colonial. *Revista del Departamento de Historia* 7 (7): 71-112.

2002. Tiempos de cambio: producción y comercio en Tucumán (1770-1820). *Andes* 13: 213-258.

2003. *Los dueños de la tierra. Economía, sociedad y poder en Tucumán (1770-1820)*. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT.

2004. Redes de parentesco y poder en la frontera de Tucumán: la familia Alurralde, *Familia, parentesco y redes sociales*: PAGINAS. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT.

2009. Revolución, libre comercio e importaciones en Tucumán, 1809-1819. En López, C. (comp.); *Identidades, representación y poder entre el Antiguo Régimen y la Revolución. Tucumán, 1750-1850*: 103-120. Rosario, Prohistoria.

Moutoukias, Zacarías

2000. Familia patriarcal o redes sociales: Balance de una imagen de la estratificación social. *Anuario del IEHS* 15: 56-76.

Müller, Klaus

1987. Comercio interno y economía regional en Hispanoamérica colonial. *Jahrbuch für Geschichte von Staat Wirtschafts und Gesellschaft* 24: 265-334.

Pietschmann, Horst

1996. *Las Reformas Borbónicas y el sistema de Intendencia en Nueva España*. México, FCE.

Ponce Leiva, Pilar y Arrigo Amadori

2008. Redes sociales y ejercicio del poder en la América Hispánica: consideraciones teóricas y propuestas de análisis. *Revista Complutense de Historia de América* 34: 15-42.

Posse, José María

1993. *Los Posse. El espíritu de un clan*. Buenos Aires, Sudamericana.

Rosenberg, Florence

2002. Redes sociales y complejidad, una etnografía en una ciudad perdida en la ciudad de México. En Pérez Taylor, R. (coord.); *Antropología: estudios de medio ambiente y urbanismo*: 105-128. México, Ediciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Autónoma de México.

Saguier, Eduardo

2007. Genealogía de la tragedia argentina. Auge y colapso de un fragmen-

to de estado o la violenta transición de un orden imperial-absolutista a un orden nacional-republicano (1600-1912):

Disponibile en Internet en: <http://www.er-saguier.org/obras/gta/Tomo-III/Seccion-D/Capitulo-16/0-CRS-05.pdf>

Consultado el 27 de noviembre de 2010.

Santilli, Daniel

2003. Representación gráfica de redes sociales. Un método de obtención y un ejemplo histórico. *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales* 6: 1-22.

Socolow, Susan

1991. *Los mercaderes de Buenos Aires virreinal: familia y comercio*. Buenos Aires, Ediciones La Flor.

Terán, Justino

2004. Los Pondal. Aportes genealógicos, *Centro de Estudios Genealógicos de Tucumán* 4: 63-67.

Tío Vallejo, Gabriela

1998. La “buena administración de justicia” y la autonomía del cabildo. Tucumán 1770-1820. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 18: 35-81.

Zamora, Romina

2007. El vecindario y los oficios de gobierno en San Miguel de Tucumán en la segunda mitad del siglo XVIII. *Revista de Historia del Derecho* 35: 457-477.

Zelarayán, Luis Marcelo

2003. Padrón de electores de 1818. *Centro de Estudios Genealógicos de Tucumán* 3: 234-238.

**APORTES DE LOS “INTERMEDIARIOS CULTURALES” EN
LA CONFORMACION DE LOS PAISAJES FRONTERIZOS
DEL NORTE DE LA PATAGONIA A FINES DEL SIGLO XVIII**

*CONTRIBUTION OF “CULTURAL BROKERS” IN SHAPING
BORDER LANDSCAPES OF NORTHERN PATAGONIA, LATE
EIGHTEENTH CENTURY*

Laura Aylén Enrique*

* Becaria de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: aylene@yahoo.com.ar

RESUMEN

A fines del siglo XVIII la Corona española envió expedicionarios a reconocer el norte de la Patagonia, un territorio dominado por grupos indígenas pero de importancia estratégica para los hispanocriollos. Los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata que llevaron a cabo dichas exploraciones registraron sus impresiones en diarios de viaje que analizamos con el objetivo de examinar los modos en que el paisaje norpatagónico fue construido simbólicamente. Consideramos que dicho paisaje se constituyó en base a las luchas desplegadas tanto por hispanocriollos como por indígenas buscando dar sentido al territorio. Sostenemos que, en este contexto, los personajes que se desempeñaban como intérpretes ejercían un rol fundamental en la configuración del territorio, dada la ambigüedad de su posición de intermediarios en las relaciones interétnicas.

Palabras clave: intermediarios culturales - conformación del paisaje - frontera sur - contexto tardocolonial

ABSTRACT

By late eighteenth century the Spanish Crown sent expedition to recognize north Patagonia, a territory dominated by indigenous groups but also of strategic importance to the Hispanic-Creole population. River Plate Viceroyalty officials in charge of the above-mentioned explorations registered their impressions in travel diaries that are thoroughly analyzed in order to discover the ways this landscape of north Patagonia was symbolically constructed. We think this *mestizo* landscape was the result of struggles maintained between Hispanic-Creoles and natives searching to convey meaning to the territory. Moreover, we state that in this context, the actors who served as interpreters developed a key role in the territorial configuration, given the ambiguity of their position as intermediaries of interethnic relations.

Key words: “cultural brokers” - territorial configuration - South border - late-colonial context

INTRODUCCIÓN

A fines del siglo XVIII la zona del norte de la Patagonia se encontraba bajo control indígena pero era relevante también para la sociedad hispanocriolla. En 1779 los españoles instalaron el Fuerte del Carmen sobre las márgenes del río Negro como punto de avance y control recóndito, es decir poco después de la creación del Virreinato del Río de la Plata (1776). Hasta el momento este territorio había sido únicamente abordado por mar, pero las autoridades virreinales intentaban conocer su interior razón por la cual enviaron expedicionarios a registrar lo que encontraban a su paso. Paralelamente, la región de las sierras de la Ventana se constituyó en una especie de centro estratégico de intercambio interétnico y cría de ganado indígena, vinculándose al circuito mercantil que se conectaba con Buenos Aires por el este, con Chile por el oeste y con los tehuelches por el sur (Mandrini 1992).

En este contexto, abordamos el concepto de “frontera” como espacio de interrelaciones, teniendo en cuenta los aportes de White (1991) sobre la noción de “*middle ground*”, los planteos de Weber (1990, 1998) y Quijada (2002a, 2002b) que lo consideran un lugar compartido por hispanocriollos e indígenas donde ambos grupos actúan y lo transgreden. Estas perspectivas complejizan los planteos que tomaban a la frontera como frente de avance militar. También retomamos la propuesta de Boccara (2005) de pensar la frontera como una construcción retórica, material e ideológica, ya que los funcionarios hispanocriollos estudiados ingresaban a los territorios indígenas traspasando el río Salado, pensado entonces como límite entre las sociedades de indios y de españoles.

En relación con lo anterior, planteamos que los actores sociales que interactuaron en las expediciones gubernamentales al norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII no pueden ser catalogados únicamente como “blancos” o “indios”. Diversos trabajos de los últimos años (Nacuzzi 1998, 2007; Irurtia 2002; Roulet 2004; Bechis 2008) han mostrado la relevancia de los análisis de fuentes documentales a nivel micro pues es una metodología que permite replantear ciertos etnónimos generalizados por la historiografía y aproximarse a una multiplicidad de grupos indígenas, y a sus estrategias de acción. En este sentido, sostenemos que es preciso atender no sólo la cuestión de la heterogeneidad indígena sino también observar quiénes fueron homogeneizados como “blancos”, “españoles” e “hispanocriollos”.

Además, como las sociedades que interactuaban no pueden verse como mundos aislados entendemos que las significaciones que los grupos humanos otorgaban al medio geográfico circundante eran reformuladas continuamente, como construcciones sociales inmersas en contextos determinados al vincularse entre sí. Por tal motivo, consideramos que las representaciones sobre el paisaje se hallaban estrechamente ligadas a las percepciones acerca de los grupos sociales que lo habitaban (Enrique 2010a).

Nos proponemos reflexionar aquí acerca de los modos en que el paisaje era construido simbólicamente en el norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII. Pensamos que el adentrarnos en las formas en que los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata conocían e interpretaban a dicho territorio y a sus habitantes nos permitirá mostrar la relevancia de la participación de los intermediarios culturales en las interpretaciones de los hispanocriollos sobre el paisaje.

LOS DIARIOS DE VIAJE EN EL CONTEXTO TARDOCOLONIAL

Dado que el Virreinato del Perú comprendía una superficie demasiado extensa como entidad administrativa en 1776 Carlos III independizó a Buenos Aires, como la capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata, a fin de mejorar la defensa frente a los probables avances de las potencias extranjeras y de vigilar el creciente desarrollo de dicha ciudad como centro comercial y vía de acceso al continente. En el marco de esta política borbónica se modificaron los modos tradicionales para intentar controlar a los indígenas mediante agentes militares y religiosos, propiciando administraciones basadas en el comercio semejantes a las inglesas y francesas. No obstante, como explicara Weber (1998: 169), tanto los españoles como los indios “atravesaban las porosas líneas que los separaban y residían dentro de la sociedad del otro”¹.

En dicho contexto se llevaron a cabo las primeras expediciones por vía terrestre al norte de la Patagonia, ya que hasta ese momento sólo se habían efectuado por mar. Los funcionarios gubernamentales que se aventuraban a traspasar el río Salado utilizaban como fuentes de información los documentos redactados por los jesuitas, quienes ya habían pretendido reducir a los pueblos indígenas de la pampa (Martínez Martín 2000, Irurtia 2007). El legado de los jesuitas José Cardiel y de Thomas Falkner se añadía a la experiencia de

¹ Al respecto, según Quijada (2002a) la frontera bonaerense, autoritaria y militarizada, también se caracterizaba por una movilidad escasamente disciplinada, un débil control estatal y un acceso directo a los medios de subsistencia.

contacto hispano-indígena². El primero realizó dos viajes en 1747 y 1748, y un mapa en 1746; el segundo, continuador del trabajo cartográfico de Cardiel, dio cuenta de los recursos de interés económico y los sitios aptos para colonizar. Así, por ejemplo, Villarino ([1782] 1972) comparaba asiduamente lo que veía con los registros de Falkner

Los nombres de los parajes, que jamás pudieron entender otros indios leyendo a Falkner, estos los nombran del mismo modo que su diario, y convienen con él en las noticias, diferenciándose solo en la distancia de Huechun a Valdivia, que dicho diario pone dos jornadas, y estos indios dicen cuatro (Villarino [1782] 1972: 1017).

Aunque los datos para finales del siglo XVIII son escasos, hallamos información relevante para nuestra problemática en los relatos de Francisco de Viedma, Basilio Villarino y Pablo Zizur, escritos entre 1778 y 1783 mientras estaban destinados a misiones militares en el norte de la Patagonia. El relato de Viedma más extenso comienza en diciembre de 1778 y culmina en septiembre de 1780, refleja las vicisitudes de la instalación del Fuerte del Carmen sobre el río Negro y el abandono de la comitiva, realizado por Juan de la Piedra quien había sido comisionado como superior al mando. Luego de esa deserción, Viedma adoptó el cargo de superintendente del citado establecimiento y como tal recibió información sobre otras expediciones por la zona, en particular las realizadas por Villarino y Zizur, cuyos viajes fueron relatados por los mismos expedicionarios durante sus respectivas travesías. Por su parte, en las narraciones de Viedma de 1781 es posible encontrar el testimonio de uno de los recorridos de Villarino: “quedó listo don Basilio Villarino, con el bergantín de su mando, el Carmen, y las Animas, y la chalupa San Francisco de Asís, para hacer viaje al reconocimiento de la bahía de Todos los Santos y río Colorado” (Viedma [1781] 1938: 504). El propio Viedma advertía esta complementariedad de los documentos porque reseñaba que el 15 de julio se había embarcado “en el bote con don José Pérez Brito, y don Basilio Villarino, para reconocer la boca del río: omito tocar sobre este punto por cuanto con otra claridad puede comprenderse del plan y diario de este piloto a que me remito” (Viedma [1781] 1938: 528). Mientras, Basilio Villarino, piloto de la Real Armada, navegaba la desembocadura del río Colorado, la Bahía de Todos los Santos y otras zonas aledañas, sobre lo cual ya había presentado informes en 1779 y 1780.

² José Cardiel y Thomas Falkner fueron contemporáneos pero los escritos de este último recién fueron publicados en 1774, pese a que las referencias habían sido obtenidas dos décadas atrás.

El diario más antiguo de Villarino que hemos trabajado no ha sido publicado aún y corresponde a uno de sus viajes de reconocimiento al río Colorado desde el Fuerte del Carmen (1779), donde Viedma se desempeñaba como su superior. Las otras dos fuentes firmadas por Villarino fueron publicadas por De Angelis, la de 1781 es una narración sobre su travesía desde el Fuerte del Carmen hacia el río Colorado mientras el relato de 1782-1783 detalla la navegación de este piloto por los ríos Negro y Limay, buscando una vía de comunicación con Valdivia -Chile- e intentando verificar la posibilidad de avances extranjeros por ese curso fluvial. Los diarios de Villarino ofrecen abundante información acerca de la aptitud de las tierras para la agricultura y la ganadería, las rutas indígenas, la presencia de recursos naturales, asentamientos y sitios estratégicos -como la zona de Choele-Choel y la confluencia del río Negro con el Limay y el Neuquén³. A pesar de la profusión de datos sobre la presencia o no de agua para la comitiva y las cabalgaduras, las facilidades/ dificultades para el tránsito, la existencia de leña, pastizales y sus respectivas calidades, ningún autor ha sido tan minucioso con respecto a las mediciones de latitud como Pablo Zizur.

Zizur no sólo debía inspeccionar la campaña entre Buenos Aires y el Fuerte del Carmen, también debía negociar la devolución de los cautivos en manos de los indígenas y tratar las paces con el cacique de las sierras de la Ventana, Lorenzo Calpisqui. Por ser uno de los primeros hispanocriollos en transitar esos parajes, en su relato explicita constantemente la ubicación geográfica y las características climáticas y de los suelos por donde avanza, resaltando la presencia de agua, dato útil tanto para los expedicionarios como para futuros viajeros o para el ganado. Durante el trayecto, en reiteradas ocasiones su comitiva se vio perjudicada debido a las acciones del indio Chanchuelo, ambiguo personaje que habría pedido unirse a la expedición para asesinar a Lorenzo -aunque se mostraba sumamente amigable con el mencionado cacique generando confusiones poco propicias para la seguridad de los viajeros. Zizur estableció además relaciones con el cacique Negro, quien habitaba al sur del Río Colorado y mantenía vínculos con los pobladores del Fuerte del Carmen.

Estos documentos históricos nos permitieron examinar los aspectos del paisaje norpatagónico que eran destacados por los expedicionarios y los modos en que estos los interpretaban y utilizaban.

³ En este sentido, Luiz (2006) plantea que Villarino aportó a la geografía de la época una imagen del río Negro perfeccionada con respecto a la brindada por Falkner pues describe ciertas redes económicas del norte de la Patagonia y sus articulaciones con el mercado colonial.

USOS Y PERCEPCIONES SOBRE EL PAISAJE

En este trabajo buscamos articular la perspectiva etnohistórica con los aportes teóricos de la Arqueología del Paisaje, procurando evitar que el estudio se circunscriba meramente al uso de los recursos disponibles -lo cual ha ocurrido en otros estudios centrados sólo en los aspectos materiales. En este sentido, es posible que el concepto de paisaje dé lugar a malentendidos al vincularlo únicamente a lo geográfico, dejando de lado las cuestiones culturales producto de las interacciones humanas que lo conformaron; pero tampoco puede restringirse a cuestiones puramente estéticas.

Partimos de la idea según la cual las modalidades de uso de los territorios se encontraban íntimamente relacionadas con las percepciones sobre el mismo, en este caso ambas se evidencian en los relatos trabajados. Siguiendo a Bender (1993), consideramos que el paisaje es polisémico y que esos distintos sentidos se conforman a medida que la gente cuestiona, re-trabaja y se apropia del paisaje.

Entre los autores que han adscripto al marco teórico de la Arqueología del Paisaje aparecen diferencias con respecto al uso de los conceptos de “espacio” y “territorio”, aunque todos se refieren a un proceso semejante de construcción social de la zona objeto de estudio. Desde este enfoque se ha postulado que el territorio y las representaciones sobre el mismo reflejan procesos sociales condicionados históricamente. Aplicamos a la noción de “paisaje” la definición dada por Criado Boado (1995) para espacio, como un concepto contextual que daría cuenta de un sistema histórico y político que se construiría socialmente, recuperando la unidad naturaleza-cultura. Sin embargo, restringimos la utilización del término “espacio” a las menciones del espacio geográfico en sus aspectos físicos. Así, entendemos el paisaje como la manifestación de las percepciones y usos de los territorios que los actores sociales llevan a cabo, lo cual implica la interrelación de aspectos tanto “naturales” como “culturales”. En este sentido, Curtoni (2000, 2004) sostuvo que el ordenamiento diferencial del paisaje -surgido a partir de ciertas conexiones emocionales dadas en el espacio con el pasado personal y colectivo- generaría determinadas relaciones entre los grupos y su entorno. Por su parte, Bayón y Pupio (2003) han propuesto que la organización espacial expresa el esquema cognitivo y el sistema de significados de los actores sociales. Dichas autoras afirmaron que el estudio del paisaje permitiría articular los registros de la historia y la arqueología. Teniendo en cuenta esto, consideramos que el marco teórico de la Arqueología del Paisaje resulta de utilidad para abordar aspectos vinculados a la construcción del espacio norpatagónico plasmada en las fuentes históricas.

Abordamos el estrecho vínculo entre los relatos y sus descripciones sobre los espacios recorridos teniendo en cuenta la propuesta de Potteiger y Purinton (1998) de considerar al paisaje como una red de narrativas, mediante las cuales los mencionados paisajes podrían conocerse de modos no típicamente reconocidos. Según estos autores, los lugares configurarían narrativas mediante las cuales la gente interpretaría esos sitios. Así, partimos de la idea de acuerdo a la cual las modalidades de utilización de los territorios se encontrarían íntimamente relacionadas con las percepciones sobre el mismo, siendo ambas evidenciadas en los documentos históricos. Consideramos también que las relaciones de poder entre los grupos se traslucían en las actividades desarrolladas en el territorio y en los modos de representar el paisaje. En relación con esto, retomamos el trabajo de Villar (1993) quien estudió las pugnas entre los patrones de ocupación del espacio de indígenas e hispanocriollos centrándose en el siglo XIX. Pensamos que resulta necesario reformular este esquema teniendo en cuenta el aporte de Roulet (2006), relativo a que el espacio fronterizo hasta las campañas militares de 1880 era concebido de manera tripartita: la *tierra adentro* controlada por los indígenas, los pueblos hispanocriollos, y la frontera como “umbral de transición donde cristalizaban los contactos interétnicos”.

Examinaremos los relatos de viaje con el objeto de reconocer los modos en que las comisiones de hispanocriollos percibían los territorios, en función del conocimiento sobre el mismo, por observaciones previas o por medio de informantes. Resulta interesante destacar la importancia de los propios saberes-e intereses en las percepciones de los funcionarios coloniales; luego señalaremos cómo estas se encontraban mediadas también por el sesgo de los intermediarios culturales. En sus relatos los expedicionarios aludían, repetidas veces, a lo que conocían de España, tierra natal de la mayoría, pues aspiraban a que sus potenciales lectores pudieran interpretarlos. Tanto Zizur como Villarino se refirieron a especies vegetales y animales propias de Europa: retamas (Zizur [1781] 1973), perdices y dátiles (Villarino [1782] 1972). Villarino ([1781] 1972: 661) describió que había hallado “perdices, leones, jabalíes y liebres. Se tendió la red y se pescaron pejerreyes, sollas, y bacalao”. Poco después, detallaba que le había encargado al yerno del cacique Chulilaquin la entrega de dos docenas de piñas con piñones para verlas y luego enviarlas al fuerte del río Negro, desde donde podrían remitirse al Virrey y la corte, “porque me parecen serían dignas de verse por su extraordinario tamaño, según me dicen, y según la proporción que tiene los piñones de España, pues me parece que un piñón de estos excede a uno de aquellos en tamaño” (Villarino [1782] 1972: 1119). Retomamos aquí lo expuesto por Rose (1995) acerca de cómo los sentidos de lugar se formarían a partir de diversos sentimientos personales y sociales, implicando referencias a

otros sitios. Notamos también que los funcionarios coloniales designaban con nuevos nombres a ciertos lugares por considerarlos carentes de ellos y, frecuentemente, estas denominaciones se basaban en el santoral católico y sus festividades. Por ejemplo, la expedición de Zizur denominó “Cerro de la Navidad” a un sitio por donde pasaron el 24 de diciembre de 1781. En este sentido, observamos una estrecha relación entre este modo de nominar y el interés de los naturalistas de fines del siglo XVIII por clasificar el mundo que los rodeaba. Esto nos permite destacar la relevancia del contexto de producción en los diarios de viaje, donde se plasma el esfuerzo de la Corona española por “aprehender” los territorios que reclamaba como propios.

Asimismo, los viajeros aludían a aquello que no les resultaba familiar y captaba su atención. Ciertos elementos ajenos al espacio norpatagónico fueron incluidos en los informes debido a la ignorancia de los autores sobre los recursos autóctonos de la zona. Como mencionamos, y a fin de hacerse entender mejor, los funcionarios coloniales aludían a animales y plantas que los lectores podían reconocer por su acervo en común; por ejemplo, Villarino ([1780: f. 2v]) señala que no había visto en una isla ningún animal “cuadrúpedo ni volátil sólo dos perdices de Martinete”. Además, a lo largo de los relatos pueden observarse diversas conjeturas acerca de los elementos desconocidos encontrados en el territorio, y cómo buscan adivinar sus nombres y procedencias. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 521) da cuenta de su desconcierto al intentar infructuosamente conocer la denominación nativa de un vegetal de madera muy dura presente en las sierras, cuyas matas generalmente crecían “tendidas en el suelo, no tiene espinas y las hojas son como las de sauce poco más anchas y largas, que no saben cómo se llama por no darle nombre los indios, y no haberla en los campos de Buenos Aires y Montevideo”.

Además, muchas veces los expedicionarios se referían a los sitios y recursos, mediante topónimos y otros términos indígenas, lo cual entendemos se corresponde con los intereses puestos en juego y las relaciones de poder subyacentes (Enrique 2011). Por ejemplo, Zizur ([1781] 1973: 71) utilizaba varios de los nombres con los cuales los indios llamaban a diversos sitios para ubicarse en el territorio: la “Sierra de la Mesa” era también llamada “Másanaguída”. Mientras Viedma ([1781] 1938: 543) describía “una sierra, que llaman Pillaguenco”, y una sierra “que llaman el Calegal, cuya punta está unida a la del Catandil” (Viedma [1781] 1938: 544).

Ahora bien, ¿por qué resulta relevante que los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata utilizaran términos indígenas para referirse al paisaje? En el momento que pasaban los expedicionarios quienes estaban en determinado territorio eran asociados más estrechamente a ese lugar y se tomaban los topónimos que utilizaban, independientemente de que otros grupos indígenas llamaran de modo diferente al mismo sitio. Los hispanocriollos recurrían

a hitos en el paisaje para orientarse y como generalmente eran guiados por indígenas, los funcionarios aprendían esos nombres o apelaban a nombres que aludieran a rasgos físicos característicos del terreno. Resulta relevante el hecho de que los viajeros se refiriesen a los sitios mediante nombres indígenas ya que consideramos que se veían forzados a usarlos para poder orientarse debido a que ellos desconocían el terreno.

Los expedicionarios también comparaban las denominaciones que había utilizado Falkner, usándolas como referentes a pesar de que no siempre coincidían con las que empleaban los indígenas con los que trataban. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1135) señalaba que había conocido

el árbol, de quien sacan los indios aquella goma o resina, semejante a nuestro incienso, citado por Falkner, del que dice que lo tienen los indios por sagrado: y así en esto como en otras muchas cosas, padece este inglés bastantes equivocaciones, las que puede que yo manifieste al fin de este diario. Y la causa de ellas me parece que es, el no haber dicho Falkner andado estos parajes, y sí, haber adquirido noticias de ellos por los indios y por el cacique Cacapol, que habitaba en el Choelechel, cuando se retiraba de robar en las pampas de Buenos Aires.

Observamos aquí el impacto que tuvo la obra de Falkner en la configuración de las interpretaciones sobre el paisaje, especialmente en las de Villarino quien comparaba sus apreciaciones con los dichos del jesuita explicitando que, por ejemplo, sus sospechas acerca de la ubicación y desagüe de los cursos de agua contrastaban con lo registrado por Falkner, algo observable en expresiones tales como:

Los campos que siguen tierra adentro de las barrancas, no producen pastos, ni árboles, ni están llenos de espeso bosques, *como quiere Falkner: antes bien, en lo que he visto, por lo contrario, se hacen estos campos intransitables, a excepción de las orillas de los ríos, porque en ellos falta el agua, la caza y el pasto para las bestias.* (Villarino [1782] 1972: 1035, el destacado es nuestro).

Dada la relevancia que adquirió Villarino como autoridad en materia de conocimientos geográficos sobre la Patagonia, los efectos de sus deducciones y las conclusiones vinculadas con la obra de Falkner incidieron en gran medida en la conformación de concepciones erróneas que se transmitieron a las generaciones posteriores.

A raíz de lo expuesto, sostenemos que el uso de términos indígenas por parte de los funcionarios coloniales, en referencia a lugares y recursos clave

tanto para los hispanocriollos como para indígenas, daba cuenta de las relaciones de poder plasmadas en el territorio. En tal sentido, Villarino informaba que al enterarse de que dos marineros no habían regresado al campamento debido a que, según la versión de un grupo de indígenas, habían perdido sus caballos, les habría advertido

que si en el día no me traían los dos hombres, que no solo convertiría y reduciría todos aquellos toldos, sus indios, chinas y muchachos a cenizas, sino que no quedaría cerro ni montaña en todo aquel distrito que no deshiciese y allanase a cañonazos. Diciendo esto, di una voz de embarcar toda la gente y a prolongar los costados de las chalupas con los toldos, con la artillería prevenida, y las mechas en las manos. Se ejecutó esto con tanta prontitud, que se quedaron asombrados todos los indios: y llenos de terror [... corrieron] todos asustados a donde yo estaba, disponiendo las embarcaciones, suplicando que me sosegase un poco, que mi gente no pasaría daño alguno, y que primero perderían ellos todos sus vidas (Villarino [1782] 1972: 1112).

Por su parte, este tipo de asimetrías de poder también se veían reflejadas en las arengas y discursos que los expedicionarios registraban adjudicándoselas a los indígenas. Villarino relataba lo que le habría dicho el cacique Chulilaquin al enterarse de que se marchaba el grupo de expedicionarios que se encontraba acampando junto a él y su gente, razón por la cual temía ser atacado por los aucas en venganza por la muerte de uno de sus jefes.

¡Ah, hermano! que Ud. no sabe *la indiada que hay entre estas sierras, que son más que hierbas que tiene el campo*, y me la están jurando para la hora que de mí se aparten los cristianos. ¿Pues qué, le parece a Ud., que ellos por mi gente dejan de venir? No: que ellos mismos lo dicen, y me están mandando a decir, que a mí no me tiene miedo, sino a los cristianos. (Villarino [1782] 1972: 1115; el destacado es nuestro)

Aunque en menor medida hallamos indicios más explícitos de demostraciones de fuerza por parte de los indígenas, como provocaciones directas a los hispanocriollos. De este modo, Villarino ([1782] 1972: 1108) señalaba que había llegado un indio “con la noticia de que decían los aucaces, que los cristianos eran buenos esclavos”.

Por último, consideramos necesario tener en cuenta no sólo la disponibilidad de los recursos sino también el modo en que se utilizaban los mismos y su territorio. Las alusiones de los hispanocriollos a otros elementos de uso indígena también apuntarían a esclarecer diversas modalidades de interacción indígena en el paisaje, vinculadas a aspectos de consumo, de

intercambio, de uso ceremonial, etc. Pensamos que las percepciones de los expedicionarios sobre los saberes de los indios acerca de la disponibilidad de los recursos y las diversas modalidades de su manejo evidenciaban el conocimiento diferencial del territorio que experimentaban los distintos grupos⁴. Este conocimiento constituyó una herramienta estratégica de poder que los grupos indígenas aprovecharon para obtener beneficios de los hispanocriollos, mientras los expedicionarios elaboraban pormenorizados informes donde buscaban dar cuenta de datos que condicionaban la accesibilidad y disponibilidad de recursos y sitios (Enrique 2010b). Así, aunque no fuera conocido, cada elemento del territorio que pudiera resultar útil en el futuro era cuasi inventariado y objeto de detalladas descripciones por parte de los expedicionarios. En contraposición con la ignorancia de los comisionados, los indígenas conocían el paisaje y no sólo podían escapar fácilmente de los hispanocriollos, encontrar gente y lugares, sino también prever las mejores rutas para avanzar. Por ello, la existencia de ciertos personajes que actuaban como intermediarios entre ambas sociedades resultaba de suma importancia tanto para unos como para otros, dado que brindaban la posibilidad de acceder a información restringida entre los grupos.

LOS LENGUARACES Y OTROS “INTERMEDIARIOS” EN LA INTERPRETACIÓN DE LOS PAISAJES

Como personajes capaces de moverse entre “mundos” distintos, los lenguaraces ejercían un rol fundamental en las relaciones interétnicas y en las representaciones sobre los “otros”. Al respecto, retomamos los aportes de Ratto (2005a, 2005b) en relación con los intermediarios culturales que habitaron en el espacio fronterizo bonaerense durante la primera mitad del siglo XIX. La autora distingue entre los intermediarios que actuaban a nivel institucional, por un lado, y a un nivel más informal, por el otro. En nuestro caso, Zizur relata diversos sucesos vinculados a un personaje llamado Chanchuelo que, en reiteradas ocasiones, se desempeñó como intermediario, “institucionalizado” hasta cierto grado, ya que era aceptado tanto por los hispanocriollos como por los indígenas. Este individuo se habría incorporado a la comitiva de expedicionarios que pretendía llegar hasta el Fuerte del Carmen “a fin de demarcar su camino, para cuyo efecto venía el indio, Chanchuelo, para que nos sirviese de baqueano” (Zizur [1781] 1973: 78). También los indígenas recurrían a él ya que “no se fiaban del indio Luis (que nos servía de lengua-

⁴ La relevancia de estos distintos grados de conocimiento sobre el territorio ha sido abordada en trabajos previos (Enrique 2010a, 2010b, 2011).

raz) y así que determinaban llevar al Chanchuelo a Buenos Aires para que le sirviese a Lorenzo de lenguaraz” (Zizur [1781] 1973: 84). Progresivamente, a lo largo del relato se incrementan las buenas relaciones de Chanchuelo con el grupo liderado por el cacique Lorenzo Calpisqui y Zizur ([1781] 1973: 83) advierte que “observaba en él [Chanchuelo] mucha amistad con Cayupilqui, y una gran indiferencia, y desvió hacia nuestra parte”.

Como señalara Ratto (2005a), este personaje adoptaba una clara pertenencia étnica a pesar de su convivencia con diversos grupos sociales y de sus confusos intereses. Sin embargo, este tipo de distinciones no resultaban transparentes para los exploradores hispanocriollos y, pese a que Zizur aludía a él como al “indio Chanchuelo”, no resulta comprensible a qué grupo lo adscribía. En este sentido, observamos una caracterización que Ratto (2005a) efectúa sobre los intermediarios más informales, a quienes su procedencia étnica difusa les permitía “apelar a elementos de una u otra cultura para obtener un mejor posicionamiento cambiando su rol de acuerdo con las circunstancias”. Así, Chanchuelo le había insinuado a Zizur que

se hallaba de mala fe con el cacique Lorenzo; pues éste deseaba cogerlo para matarlo; y en prueba de ello, se empeñó con nosotros cuando llegamos a los primeros toldos, para que interesásemos con el cacique Lorenzo, para entrar en su gracia, lo que así hicimos; y ahora lo hallamos tan uno con ellos, y en particular con Cayupilqui [el hermano de Lorenzo Calpisqui] que parecen todos unos; bien que aquí no se diferencia el cacique de otro cualquier indio. (Zizur [1781] 1973: 84, el destacado es nuestro)

En particular, con relación a la percepción y utilización de los territorios estos “intermediarios”, actuando como baqueanos, eran quienes -generalmente- proveían a los viajeros de información sobre el territorio, permitiéndoles superar las dificultades de la travesía producto del desconocimiento del espacio. Por ello consideramos relevante tener en cuenta las influencias que los intermediarios culturales podían ejercer en las interpretaciones de los expedicionarios sobre el paisaje. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1087) advertía que un grupo, conformado por un indio y cuatro chinas, entre las cuales se encontraba una “lenguaraza”, había llegado hasta donde estaban acampando y había repartido manzanas entre los marineros y que cuando él los interrogó acerca de las causas de su presencia le

dijeron que a ver, y que las mandaba el cacique Francisco. Les pregunté ¿por qué se habían venido de Choelechel, habiendo quedado conmigo en que me esperarían en aquel sitio, para desde allí mandar un chasque al pueblo, y en trayendo la respuesta seguir juntos río arriba? Dijo que el marinero Miguel

Benites les había dicho que yo llevaba la determinación de avanzarlos, y que esto lo había dejado de hacer antes con Francisco, y algunos indios, porque los quería prender a todos con los toldos, caballos y lo que tuviesen, y que por esto habían venido dos indios del Colorado, a decirle de parte del cacique Negro a Francisco que no se fiase de nosotros, pues traíamos intentado prenderle y matarle.

Villarino ([1782] 1972: 1136) también pretendía que una “lenguaraza” lo informase sobre los terrenos, la distancia a Huechum o Valdivia, ciertas maderas, frutos y ganado.

Estos caminos me los enseñó la lenguaraza, como también los del Choelechel para el Colorado; y el dicho Choelechel tiene varios caminos, en cuya inteligencia no estuvimos hasta ahora, ni tampoco Choelechel se entiende como un solo paraje determinado.

Incluso el piloto habría aprovechado un día en que el cacique Chulilaquin y su hermano estuvieron a bordo gran parte de la jornada para preguntarles sobre las características del territorio a través de la “lenguaraza”. En este sentido, destacamos la necesidad de contar con lenguaraces para poder entenderse en las interrelaciones entre distintos grupos, teniendo en cuenta los aportes de Roulet (2004) sobre el valor diferencial asignado por los indígenas y los hispanocriollos a la escritura y la palabra empeñada. Los intermediarios no sólo resultaban útiles para los funcionarios virreinales y los indígenas, unos y otros muchas veces los llevaban en sus viajes a fin de disponer de gente de confianza en las interpretaciones. Por ejemplo, Villarino ([1781] 1972: 682) señalaba que varios indios y chinas que encontraron “no se pudieron entender por no haber traído lenguaraz”.

Hallamos diversos casos en los cuales los expedicionarios dieron cuenta de la ausencia de lenguaraces, en el mismo relato Villarino ([1782] 1972: 1083) sostenía que:

como es tan fácil engañarse con las noticias de los indios, motivado por no entenderlos, ni ellos bien entenderme, no escribo aquí las noticias que me han dado hasta que pueda hallar lenguaraz, para por este medio escribirlas con más verosimilitud o certeza.

Además, podemos observar las ventajas que contar con este tipo de intermediarios le proporcionaba a los expedicionarios en las interacciones. En el caso de Zizur ([1781] 1973), recurrió al lenguaraz Medina que viajaba con ellos para explicar que se dirigían a hacer las paces cuando unos indios, en

actitud amenazante, le quitaron el poncho de encima del caballo al propio Zizur. Según el grupo de indígenas pretendían asesinarlos porque habían matado a sus parientes, pero habrían desistido al observar que Zizur iba acompañado por otros indios. En cuanto a Villarino, luego de informarle acerca de los parajes de los alrededores y sobre la presencia de indígenas, la “lenguaraza” Teresa le habría rogado por Dios que la llevase con él para que no la mataran los aucas⁵ porque

no quería andar más entre los indios; y porque tiene una niña que dice ser cristiana. Me pareció obra de caridad el admitirla, y también interesante, porque *sabiendo ella los designios de los indios, se puede por su medio conseguir el saber alguna cosa que convenga*, por lo cual la admití a bordo (Villarino [1782] 1972: 1101, el destacado es nuestro).

De esta manera, el trato con los lenguaraces les facilitaba a los expedicionarios la obtención de información extra sobre las estrategias indígenas, o acerca de potenciales avances extranjeros. Además, subrayamos la relevancia del rol desempeñado por los baqueanos, sin los cuales los hispanocrillos se encontraban en una situación de absoluta desventaja con respecto a los grupos indígenas debido a su desconocimiento del territorio como mencionamos previamente. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 982) relataba que “habiéndole

⁵ El término “aucaces” -o “aucas”- se ha interpretado asociado a la idea de “rebelde” o “alzado” y en relación con los indígenas de la región pampeano-patagónica. No obstante, Nacuzzi (1998) cuestionó el uso de estos términos de modo generalizado, señaló que los rótulos de “pampas” y “aucas” eran usados indistintamente en los documentos del siglo XVIII. Por esta razón, dicha autora consideró que los gentilicios adjudicados por los viajeros no eran completamente confiables, ya que no constaba la procedencia de los mismos -es decir, de un miembro del grupo, de un tercero o del propio autor. Por ejemplo, para los españoles, los grupos de las sierras de la Ventana eran “pampas” o “aucas” indistintamente; para los indios, “auca” aludía al peligro que esa gente representaba para los españoles y eran los amigos del cacique Calpisqui del oeste de las sierras. Además, Nacuzzi sostuvo que los autores de los diarios de viaje trabajados buscaban facilitar la convivencia y el trato pacífico con los indígenas, más que delimitar las agrupaciones. Así, los distintos narradores organizaban de maneras diferentes a los grupos indígenas, sus caciques y localizaciones respectivas, teniendo en cuenta el grado de conocimiento acerca de los mismos que poseían.

Por su parte, la “lenguaraza” citada utilizaba el vocablo “auca” siendo ella misma de procedencia indígena, aunque posiblemente el uso de ese término presentaba estrecha correspondencia con el hecho de que sus interlocutores fuesen españoles. Consideramos que la “lenguaraza” aludía a un grupo de indígenas identificándolos como “peligrosos” en relación con la comitiva de expedicionarios a fin de obtener ciertas ventajas personales, como lograr la protección de Basilio Villarino.

dado a la lenguaraza bastante aguardiente, me confesó que Francisco se había ido de miedo, pero a juntar indios, y que el viejo no había caminado con ellos porque estaba tan enfermo que no podía montar a caballo”. Luego, el mismo autor indicaba que un muchacho lenguaraz le había dicho que

en Chile había tenido la noticia de que nosotros teníamos establecimiento en el río Negro, y muchos indios que frecuentan a Valdivia, he visto y conocido en el establecimiento; por esto y por otras razones, creo que todos los habitantes de este continente, así españoles como indios, tienen noticia de nuestra población en el río Negro (Villarino [1782] 1972: 1020).

Zizur ([1781] 1973: 84-85) sostenía que los indios de las sierras de la Ventana habían entregado regalos a su cacique porque, según el lenguaraz, el indio Chanchuelo los habría convencido de que los cristianos no daban cautivos sin paga a cambio y “que los cristianos éramos ricos, y que todo lo que pidiese le daríamos”.

De modo semejante, el hecho de que los lenguaraces contaran con información relevante para los distintos actores sociales implica que, según su conveniencia, podían advertirles tanto a los viajeros como a los indígenas sobre los planes del otro. En este sentido, retomamos la propuesta de Bechis ([1989] 2008) según la cual durante el siglo XIX los caciques de la zona pampeana funcionaban como nodos de información. Al respecto en nuestro caso de estudio observamos que cuanta mayor cantidad y calidad de información manejara el intérprete, mayores ventajas podría obtener.

Al mismo tiempo, por disponer de información los lenguaraces podían generar temores en los distintos grupos, por ejemplo Villarino ([1782] 1972: 1102) escribía que la “lenguaraza” Teresa le había dicho que “el número de aucaces era grandísimo, y que estos indios que paraban junto a nosotros, no eran nada en comparación de los que vendrían a buscarlos”. Así, los comentarios de estos informantes condicionaban el accionar de los expedicionarios; en el ejemplo citado anteriormente después de las advertencias de la “lenguaraza” Villarino hizo alejar las embarcaciones de la orilla del río lo más posible para que nadie pudiera salir ni subir a bordo.

Aunque Ortelli (2000: 193) señaló que el rol desempeñado por los lenguaraces los colocaba en una posición de privilegio dentro de las dos sociedades pensamos que esa ambigüedad los convertía, paralelamente, en objeto de desconfianza, tanto en el mundo indígena como en el hispanocriollo. En tal sentido, Villarino ([1779: f. 11]) comentaba que al descubrir que el lenguaraz que llevaban había desertado determinó regresar a los toldos en el bote de noche para advertirle a los indios que el prófugo “era un mal hombre que no se fiasen de él, que si llegase por allí lo prendieran y lo entregasen al cacique

Julián para que lo llevase asegurado a San Julián”. Según el piloto, era una medida precautoria para evitar que este individuo fuera “a los indios con algunas mentiras, y darles parte de nuestros establecimientos, armas, víveres, gentes y fines a que nos dirigíamos, y prevenidos los indios ya no le darían tanto crédito a lo que el quisiese forzar con ellos” ([Villarino 1779: f. 11v]).

De lo expuesto, resulta que los lenguaraces eran considerados individuos que no pertenecían completamente a la sociedad indígena ni a la hispanocriolla. En relación con esto, retomamos lo expuesto por Ortelli (2000) acerca del marginalismo en la frontera rioplatense y reflexionamos sobre los lenguaraces como parte de esos individuos marginales. La autora sostiene que los “individuos marginales en la sociedad blanca, se convertían en marginales en la sociedad indígena, aunque cumplían una función central como articuladores de las relaciones interétnicas” (Ortelli 2000: 196). Consideramos que esta ambigüedad de *pertenencia* hizo que no pudieran ser clasificados dentro de mundos distintos, que se intentaba mantener “puros” y separados. Así, la posibilidad de *disfrazarse* de indios o de españoles les permitía a estos personajes híbridos atravesar fronteras sociales pero los teñía de cierta falta de *autenticidad*. Por ello es interesante observar cómo son nombrados los lenguaraces y otros intermediarios en los relatos consultados, las expresiones utilizadas son: “china lenguaraza” (Villarino [1779]), “mulata lenguaraz” (Villarino [1781] 1972), “indio esclavo de Francisco⁶” (Viedma [1778] 1938).

Además, en los documentos vislumbramos evidencias de que los indios contaban con individuos que les ayudaban a obtener beneficios en cuestiones que no manejaban completamente. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 522) relató que unas cautivas habían afirmado que en los toldos de Lorenzo Calpisqui había un cristiano de aproximadamente veintiocho años

de buen cuerpo, buen parecido, y rubio el que está actualmente bombeando y bicheando en todos los pagos de las fronteras de Buenos Aires donde tienen más ganado, donde hay más descuido, y buenas mozas, y en fin es el único confidente y baqueano que tienen los indios para su entrada y robos, sin el cual no pueden hacer nada con acierto. Que lo más del tiempo está ocupado en esta diligencia, y cuando les avisa a los indios, inmediatamente van a dar el golpe, pero con tanta inteligencia, acierto y seguridad que no sucede contratiempo alguno [...] Que tiene los mejores caballos, que los indios le quieren en extremo, y no hacen nada sin él, y que hacía cinco años que estaba entre ellos.

⁶ En este ejemplo se explicita que el cacique Francisco tenía como esclavo a otro indígena, lo cual hecha luz sobre las relaciones de poder y desigualdad al interior de los grupos de indios, la cuestión de la autoridad puede profundizarse en el trabajo de Bechis (2008).

Según lo que había podido averiguar Viedma ([1781] 1938: 536), este personaje “usaba vestido completo de cristiano con lo que no lo echan de ver ni es conocido entre los nuestros”. Quizá para los expedicionarios resultaba más pavoroso lo que fuera semejante a ellos que un *otro* totalmente distinto. Nos preguntamos cómo era percibido ese sujeto “vestido de cristiano”: ¿se lo trataba como si fuera miembro de un grupo indígena o como a un traidor por prestar su colaboración? En el relato sobre este personaje, Viedma ([1781] 1938: 536) agrega que utilizando dicho disfraz “este mal hombre nos hace más daño que todos los indios juntos, pues si les faltara [a los indígenas] no habrían de dar sus avances tan seguros”. Como mencionamos anteriormente, Orтели (2000) sostuvo que los individuos marginales funcionaban como articuladores de las relaciones con los grupos indígenas en los espacios fronterizos y ese “marginalismo” resultaba “fundamental para el desarrollo de las relaciones interétnicas y para el establecimiento de contactos que generaron influencias mutuas y facilitaron el mestizaje, la integración de algunas pautas”⁷. Al respecto, retomamos lo expuesto por Roulet (2006) acerca de que las sociedades indígenas estaban más abiertas que la sociedad hispanocriolla a incorporar individuos, dentro de una lógica mestiza que les brindaba determinados bienes utilitarios, de intercambio y de prestigio entre otros, así como conocimientos sobre los españoles.

Sin embargo, los hispanocriollos que vivían entre los indios no siempre eran colaboradores voluntarios sino que debían atenerse a las circunstancias a fin de salir airosos. Sobre este tema particular, Viedma ([1781] 1938: 520) rememora que dos hombres habían sido perseguidos por los indígenas, quienes al apresarlos, habían matado a uno “y al otro llevaron tierra adentro, no se sabe en qué paraje, que éste que quedó vivo tenía una pistola y enseñaba a los indios, cómo se tiraba”. Al respecto, no sólo perduraron registros de los cautivos en poder de los indígenas sino que también pueden vislumbrarse datos sobre ciertos indios que habían vivido entre los hispanocriollos, sobre quienes no siempre queda completamente claro el grado de elección que habrían tenido o la obligación o no de permanecer allí.

⁷ Al respecto, Orтели (2000: 194) sostuvo que durante la segunda mitad del siglo XIX, “los cautivos eran empleados como esclavos, como parte del comercio intertribal, como rehenes, mensajeros y ofrendas de paz y eran muy valorados a la hora de obtener rescates”. En relación con el siglo XVIII, Nacuzzi (2011) dio cuenta de las dificultades metodológicas para conocer el devenir de la mayoría de los desertores, debido a las intenciones de los funcionarios coloniales de desdibujar las fugas y la escasez de mano de obra frente a sus superiores.

CONSIDERACIONES FINALES

En este estudio hemos presentado al espacio geográfico como paisaje construido mediante su utilización, interpretación y apropiación, dejando de lado la perspectiva más generalizada que lo presenta como un desdibujado escenario de las acciones de los grupos étnicos.

Procuramos mostrar que los “intermediarios culturales” resultaron de suma importancia en la configuración del paisaje del norte de la Patagonia, cuyos sentidos eran puestos en juego y reelaborados continuamente por los grupos sociales involucrados (Enrique 2010b). El abordaje etnohistórico nos permitió examinar la cuestión reconociendo una diversidad de actores sociales que comúnmente fue “invisible” por categorías históricas tradicionales, que homogeneizaron a los individuos desdibujando las diferencias específicas. Al respecto, es preciso subrayar que los documentos trabajados fueron escritos por los expedicionarios para ser presentados a las autoridades del Virreinato, de quienes dependían sus cargos, por lo cual la participación de intermediarios como los lenguaraces se encuentra mediada no sólo por las interpretaciones de los propios lenguajes sino por el interés de los autores en condicionar las percepciones de sus superiores. Además, es importante recordar que cada uno de los actores sociales respondía, en última instancia, a sus propias intenciones más allá de los objetivos de las expediciones (Nacuzzi y Enrique 2010). En este sentido, resultó interesante reflexionar acerca del modo en que las interpretaciones sobre el paisaje de cada uno eran mediadas por la visión de los intermediarios culturales.

La perspectiva de la etnohistoria nos resultó de utilidad para reflexionar sobre los contextos histórico y político en que fueron escritos los relatos. Por su parte, la consideración del marco teórico de la Arqueología del Paisaje nos permitió pensar en el paisaje como un concepto contextual que da cuenta de un sistema histórico y político (Criado Boado 1995). En este sentido, coincidimos con Hirsch (1995) quien propone que el contexto histórico-cultural reviste una importancia fundamental en el análisis del paisaje, ya que éste surgiría de un proceso cultural -muchas veces negado debido a su conceptualización como algo estático.

De este modo, subrayamos la importancia del contexto socio-histórico para comprender las referencias brindadas por los expedicionarios y los efectos de su relación con los “otros”. En base a esto, analizamos los modos en que los viajeros percibían y utilizaban el territorio y reconocimos aquello que interpretaban como “familiar” o asociaban a algo que conocían y aquello que distinguían como ajeno a su propio entorno. Con este fin, recurrimos a las contribuciones de Rose (1995) referidas a los vínculos entre las impresiones sobre los lugares y la configuración identitaria.

Además, destacamos la necesidad de los viajeros de contar con baqueanos para sobrevivir, *otros* que conocían la región y pertenecían a los grupos indígenas -aunque podían ser hispanocriollos refugiados entre ellos. Ciertos intermediarios culturales como los lenguaraces y los baqueanos resultaban figuras clave para los hispanocriollos, tanto para sobrevivir como para conocer los paisajes ajenos. Particularmente, es preciso tener en cuenta la relevancia de los lenguaraces con respecto a sus identificaciones con los distintos grupos en función de compartir un lenguaje en común. En relación con este tema, consideramos sugerente reflexionar sobre el planteo de Navarro Floria y Nacach (2004) quien expresa que “la frontera constituía un mundo realmente desconocido, o conocido pero invisibilizado en la escritura de sus visitantes como estrategia de construcción de un orden diferente”. Además, sería interesante profundizar el análisis abordando las dinámicas propias de “fronteras interiores”, teniendo en cuenta el cuestionamiento de Roulet (2006) a esta adjetivación como modo de descalificar las fronteras entre los distintos grupos indígenas.

Por último, este análisis nos permitió exponer la influencia que han desempeñado los intermediarios culturales en las percepciones y usos del paisaje de los hispanocriollos. Mostramos que las representaciones sobre el territorio de los autores de los documentos estaban condicionadas también por las percepciones de otros actores sociales participantes. Incluso, algunos de estos personajes que afectaban las interpretaciones de los funcionarios coloniales permanecían “desdibujados” en su situación ambigua, al no pertenecer completamente a la sociedad hispanocriolla ni a la indígena. Resulta indispensable superar el análisis dicotómico e incorporar la diversidad de personajes que funcionaban como “intermediarios culturales”, teniendo en cuenta los aportes de Gruzinski (2000) sobre la necesidad de trascender el sesgo biologicista para entender el mestizaje y el planteo de Ratto (2005a) acerca de si existe algo en la frontera que no sea mestizo. Consideramos que es preciso pensar estos territorios como espacios de negociación interétnica, reconociendo los modos en que eran construidas las representaciones sobre el paisaje en las fronteras mestizas tardocoloniales a través de las interrelaciones entre las distintas sociedades.

AGRADECIMIENTOS

A la Dra. Lidia Nacuzzi por su atenta lectura y los comentarios críticos sobre el manuscrito. Agradezco también las cuidadas sugerencias de los evaluadores. Este trabajo fue realizado con el apoyo de los subsidios otorgados

por la Universidad de Buenos Aires (UBACyT F105) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET PIP 0026).

Fecha de recepción: 13 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 20 de abril de 2012

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bayón, María Cristina y Alejandra Pupio

2003. La construcción del paisaje en el sudoeste bonaerense (1865-1879): una perspectiva arqueológica. En Mandrini, R. y C.D. Paz (comps.); *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*: 345-374. Neuquén/ Bahía Blanca/ Tandil, CEHR/ Dpto. de Humanidades de la UNS/ IEHS.

Bechis, Martha

[1989] 2008. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder? En Bechis, M.; *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*: 263-296. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Bender, Barbara

1993. Introduction: Landscape - Meaning and action. En Bender, B. (eds.); *Landscapes: Politics and perspectives*: 1-17. Oxford, Berg Publishers Ltd.

Boccara, Guillaume

2005. Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel. *Memoria Americana - Cuadernos de Etnohistoria* 13: 21-52.

Criado Boado, Felipe

1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. En Barros, C. y J. Natri (comps.); *La perspectiva espacial en arqueología*: 75-116. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Curtoni, Rafael

2000. La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social

en la región pampeana occidental (Argentina). En Gianotti García, C. (coord.) *TAPA: Paisajes Culturales Sudamericanos: de las prácticas sociales a las representaciones. Trabajos en Arqueología da Paisase* 19: 115-125. Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, Universidade de Santiago de Compostela.

2004. Territorios y territorialidad en movimiento: la dimensión social del paisaje, en *Revista Etnia* 46-47: 87-104.

Enrique, Laura Aylén

2010a. La percepción del territorio del norte de la Patagonia entre los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII. Universidad de Buenos Aires, Argentina. Ms.

2010b. Uso y representaciones sobre el paisaje del norte de la Patagonia por los expedicionarios de fines del siglo XVIII. En: Lucaioli, C. y L. Nacuzzi (comps.) *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*: 175-203. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2011. Disputas de sentido en la construcción del paisaje del norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII, Actas del X Congreso Argentino de Antropología Social “La antropología interpelada: nuevas configuraciones político-culturales en América latina”. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Disponible en Internet: <http://www.xcaas.org.ar/grupostrabajos sesiones.php?eventoGrupoTrabajoCodigoSeleccionado=GT41>. Consultado en enero 2011.

Gruzinski, Serge

2000. *El pensamiento mestizo*. Barcelona, Ed. Paidós.

Hirsch, Eric

1995. Introduction: Landscape: Between place and space. En Hirsch, E. y M. O’Hanlon (eds.); *The anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*: 1-30. Oxford, Clarendon Press.

Irurtia, María Paula

2002. La visión de los indios respecto de los “cristianos” y “huincas” en el norte de la Patagonia, siglos XVIII y XIX. En Nacuzzi, L. (comp.); *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*: 247-285. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2007. Intercambio, novedad y estrategias: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena. *Revista de Antropología Social* 11: 137-169.

Luiz, María Teresa

2006. *Relaciones fronterizas en Patagonia: la convivencia hispano-indígena del periodo colonial*. Ushuaia, Asociación Hanis, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.

Mandrini, Raúl

1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI y XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS* VII: 59-73.

Martínez Martin, Carmen

2000. El legado cartográfico del marino Basilio Villarino sobre sus descubrimientos en la Patagonia (1779-1785). *Revista de Historia Naval* 71: 47-74.

Martínez Sierra, Ramiro

1975. *El mapa de las pampas* I. Buenos Aires. (Sin mención de casa editora).

Nacuzzi, Lidia

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

2007. Los grupos nómades de la Patagonia y el chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 39 (2): 221-234.

2011. Los desertores de la expedición española a la costa patagónica de fines del siglo XVIII y la circulación de personas en los espacios de frontera. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Disponible en Internet: <http://nuevomundo.revues.org/61394>. Consultado en junio de 2011.

Nacuzzi, Lidia y Laura Aylén Enrique

2010. Basilio Villarino: Un funcionario colonial en el mundo indígena (Virreinato del Río de la Plata, fines del siglo XVIII). *Revista Fronteras de la Historia* 15 (2): 334-362.

Navarro Floria, Pedro y Gabriela Nacach

2004. Entre indios falsificados, novias raptadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863. *Estudios Avanzados Interactivos* 5. Universidad de Santiago de Chile. Disponible en: Internet: <http://lauca2.usach.cl/revistaidea/html/revista%20de%20historia%20de%20la%20patagonia%20del%20siglo%20XVIII%20y%20del%20siglo%20XIX>

205/pdf/Pedro_Navarro_%20Floria.pdf. Consultado en noviembre de 2009.

Ortelli, Sara

2000. Marginalismo y relaciones interétnicas: blancos e indios en la frontera rioplatense en el siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América* 26: 181-198. Disponible en Internet: <http://revistas.ucm.es/ghi/11328312/articulos/RCHA0000110181A.PDF>. Consultado en noviembre de 2009.

Potteiger, Matthew y Jamie Purinton

1998. *Landscape narratives*. Nueva York, John Wiley & Sons Inc.

Quijada, Mónica

2002a. Repensando la frontera argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidad de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII - XIX). *Revista de Indias* 224 (LXII): 103-142.

2002b. ¿Bárbaro, aliado o ciudadano potencial? El discurso de las élites intelectuales y su incidencia en los modelos oficiales de tratamiento de la diversidad (El Río de la Plata, siglos XVIII y XIX). En Quijada, M. y J. Bustamante (eds.); *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*: 251-270. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ratto, Silvia

2005a. Caciques, autoridades fronterizas y lenguaraces: intermediarios culturales e interlocutores válidos en Buenos Aires (primera mitad del siglo XIX). *Mundo agrario. Revista de Estudios Rurales* 10. La Plata, Centro de Estudios Histórico Rurales. Disponible en Internet: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1515-59942005000100008&script=sci_arttext. Consultado en noviembre de 2009.

2005b. Rompecabezas para armar: el estudio de la vida cotidiana en un ámbito fronterizo. *Memoria Americana - Cuadernos de Etnohistoria* 13: 151-178.

Rose, Gillian

1995. Place and identity: a sense of place. En Masey, D. y P. Jess (eds.); *A Place of the world? The shape of the world: exploration in human geography*: 87-118. Oxford, The Open University.

Roulet, Florencia

2004. Con la pluma y la palabra. El lado oscuro de las negociaciones

de paz entre españoles e indígenas, *Revista de Indias* 231: 313-348.
2006. Fronteras de papel. El periplo semántico de una palabra en la documentación relativa a la frontera sur rioplatense de los siglos XVIII Y XIX, *Revista TEFROS*, 4 (2). Disponible en Internet: <http://www.unrc.edu.ar/publicar/tefros/revista/v4n2p06/paquetes/roulet.pdf>. Consultado en junio de 2011.

Villar, Daniel

1993. *Ocupación y control del espacio por las sociedades indígenas de la frontera sur de Argentina (siglo XIX). Un aporte al conocimiento etnohistórico de la Región Pampeana*. Bahía Blanca, Departamento de Humanidades.

Weber, David

1991. Turner, los boltianos y las tierras de frontera. *Revista de Indias*, Anexo 4: 61-84.
1998. Borbones y bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos. *Anuario del IEHS* XIII: 147-171.

White, Richard

1991. *The middle ground. Indians, empires, an republics in the Great Lakes region, 1650-1815*. Estados Unidos, Cambridge University Press.

FUENTES DOCUMENTALES ÉDITAS E INÉDITAS

Viedma, Francisco

[1778] 1938. Documento relativo a la expedición de Juan de la Piedra a las bahías Sin Fondo y San Julián, emprendida el 14 de Diciembre de 1778. *Revista de la Biblioteca Nacional* II (6): 364-384. Buenos Aires. Reproducción de copia realizada en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. (Comienza en diciembre de 1778 y finaliza en septiembre de 1780).

[1781] 1938. Diario de Francisco de Viedma, sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Río Negro. *Revista de la Biblioteca Nacional* II (7): 503-552. Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional.

Villarino, Basilio

1779 Diario de la descubierta al Río Colorado. En Archivo General de la

Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 167, manuscrito 217. Colección Félix Frías. Copia realizada en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

1780. Diario de reconocimiento del Río Colorado, Bahía de Todos los Santos, e internación del Río Negro. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 167, manuscrito 210. Colección Félix Frías. Copia realizada en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

[1781] 1972. Diario de la navegación emprendida en 1781 desde el río Negro, para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso, y el desagüe del río Colorado. En Pedro de Angelis; *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata VIII (B)*: 657-700. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

[1782] 1972. Diario del piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro en la costa oriental de Patagonia... En Pedro de Angelis; *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata VIII (B)*: 967-1138. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

Zizur, Pablo

[1781] 1973. Diario a Sierra de la Ventana... En Vignati, M.; Un diario inédito de Pablo Zizur. *Revista del Archivo General de la Nación* 3: 65-116. Buenos Aires.

**“HIJOS DE LA PATRIA”: TENSIONES Y PASIONES DE LA
INCLUSIÓN EN LA NACIÓN ARGENTINA ENTRE LOS
AFROPORTEÑOS A FINES DEL SIGLO XIX**

*“CHILDREN OF THE HOMELAND”: TENSIONS AND PASSIONS
REGARDING THE INCLUSION OF AFROPORTEÑOS
IN THE ARGENTINE NATION BY LATE 19TH CENTURY*

Lea Geler*

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/ Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEG), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires/ Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicas (TEIAA), Departamento de Antropología Social e Historia de América y África, Universitat de Barcelona. E-mail: leageler@gmail.com

RESUMEN

En este trabajo se abordarán algunas instancias por las que, a finales del siglo XIX, los afroporteños se integraban en la Nación Argentina que se construía como homogénea, blanca y europea; así como las luchas y tensiones que este proceso generaba. Enmarcado en la antropología histórica, el objetivo es realizar un contrapunto entre dos procesos considerados relevantes: su participación en las milicias y su participación electoral. Veremos cómo en ambas situaciones, en las que se descubre el posicionamiento de los afroporteños como agentes históricos de fundamental importancia, se ponían en juego, tanto con tensión como con pasión, la lealtad a la patria, el compromiso político y la posibilidad de ascenso social, frente a la oportunidad de un reconocimiento particularizado al interior del Estado -reclamado por muchos. Para ello, se analizarán algunos de los periódicos afroporteños de finales del siglo XIX, así como otras fuentes de la época.

Palabras clave: afroporteños - homogeneidad - siglo XIX - Estado-Nación

ABSTRACT

This paper addresses some of the instances by which late nineteenth century *afroporteños* were integrated into the so-called homogeneous, modern and white Argentine Nation, as well as the struggles and tensions these processes generated. From a historical-anthropological approach, a counterpoint between two relevant processes is presented: their participation in the militia and in the electoral struggles. In both situations, we discover how *afroporteños* positioned themselves as agents of fundamental historical importance. We also note how they expressed- although with tension and passion- loyalty to the homeland, political commitment and the possibility of social upgrading, facing the opportunity of a particular recognition within the state -something many asked for. In order to achieve this objective, late nineteenth century *afroporteño* newspapers, together with contemporary sources will be analyzed.

Key words: *afroporteños* - nation-building - homogeneity - 19th century

INTRODUCCIÓN¹

En Argentina se suele esgrimir que los descendientes de esclavizados y esclavizadas de origen africano desaparecieron, argumentándose esta idea mediante variadas hipótesis explicativas. Y aunque éstas han sido puestas en duda por distintos investigadores -ver especialmente Andrews 1989 y también Goldberg 1976-, continúan ocupando un lugar arraigado en el sentido común nacional. La *desaparición* se atribuye, en general, a la supuesta muerte en gran escala debido a diversas epidemias ocurridas a lo largo del siglo XIX y/o a la utilización en las guerras de independencia, y posteriores, de los batallones de pardos y morenos -como carne de cañón. También, se esgrime como causa el proceso de integración y mestizaje entre los afroargentinos y la gran masa de inmigrantes europeos que llegaron al país desde las últimas décadas del siglo XIX².

Sin embargo, la famosa *desaparición* de los negros y negras argentinos/as debe entenderse como un complejo proceso de erosión de una alteridad racializada interna al Estado nacional argentino, que comenzó a acentuarse en la época de su consolidación -la década de 1880- y que dio lugar a un sistema particular de categorizaciones y percepciones que caracterizarían a la blanquitud argentina (Briones 2005; Frigerio 2006; Geler 2007a y 2010).

¹ Este artículo se inscribe en el proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación de España, actualmente Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2009-07094, que se desarrolla en el TEIAA (2009SGR1400).

² Este proceso no debe subestimarse. El Primer Censo Nacional de Población se llevó a cabo en 1869, dando como resultado un país con 1.877.490 habitantes -cifra que incluía a quienes estaban luchando en la Guerra contra el Paraguay, los habitantes de los Territorios Nacionales y 41.000 argentinos en el extranjero. Las cifras del censo hablaban de 211.993 extranjeros en el país (12 %), la mayoría en la provincia de Buenos Aires -la cual duplicaba la tasa de extranjeros de la provincia de Santa Fe, que le seguía en números. Así, Buenos Aires tenía 305 extranjeros por cada 1.000 habitantes, alcanzando la cifra de 151.241 extranjeros. Para el período 1881-1890, el saldo acumulativo de inmigrantes alcanzaba las 810.493 personas (De Marco *et al.* 1994) y en 1895 el Segundo Censo de Población arrojaba más de un millón de extranjeros en el país. En ese momento, en la ciudad de Buenos Aires la mitad de la población era extranjera. Para el tema de las relaciones entre inmigrantes europeos/as y afrodescendientes en Buenos Aires, ver Geler (2010 y 2012) y para la imagen que sostenían los/as afroporteños/as de los Pueblos Originarios, consúltese Geler (2010).

Ese proceso se sustentaba en el mandato estatal de creación de una nación homogénea, en el que subyacía la ideología del *progreso* con la europeidad/blanquitud como ejemplificación de lo “moderno/ civilizado” que había que alcanzar, y que negaría toda visibilidad de la *negritud*. Pero, sobre todo, hay que tener en cuenta que este largo y conflictivo proceso fue impuesto, aunque también negociado, retomado y/o rechazado por los propios afrodescendientes (Geler 2010) que, lejos de desaparecer, habitaban el territorio argentino. De hecho, en la misma época en que la presencia afroargentina comenzaba a borrarse de los discursos públicos en Buenos Aires, la comunidad afroporteña dejaba plasmados sus argumentos, discusiones y críticas en los periódicos que poseía; los cuales circulaban por la esfera pública subalterna afroporteña -que creaban y sustentaban³. Algunos de esos periódicos eran: *La Broma* (1876-1882), *La Juventud* (1876-1879), *La Perla* (1878-1879) y *La Igualdad* (1873-1874) -estos, junto a textos producidos en la esfera pública burguesa, serán utilizados aquí como fuente primaria para el análisis.

Enmarcada en la antropología histórica (Comaroff & Comaroff 1992; Axel 2002) realizaré en este trabajo un contrapunto entre dos de los temas que considero más importantes a la hora de estudiar la viabilización de la inclusión forzosa de los afrodescendientes en la nación homogénea en construcción durante las últimas décadas del siglo XIX. Se trata de la participación en las milicias y la participación electoral de los afrodescendientes -dejo aquí de lado otros que considero también fundamentales, como la educación⁴. Veremos cómo en estas dos instancias, en las que se descubre a los afroporteños como agentes históricos de primordial importancia, se ponían en juego, tanto con tensión como con pasión, la lealtad a la patria, el compromiso político y la posibilidad de ascenso social, frente a la oportunidad de un reconocimiento particularizado al interior de una nación en construcción -que muchos reclamaban.

MILITARES Y PATRIOTAS

El 25 de octubre de 1894, *La Nación* -el periódico de Bartolomé Mitre⁵- publicaba en primera plana dos extensas notas -tal vez escritas por el

³ Para más información sobre los periódicos afroporteños consultar Geler (2008 y 2010).

⁴ Sobre el tema de la educación ver Geler (2010).

⁵ Bartolomé Mitre (1821-1906) es considerado uno de los “prohombres” de la nación argentina, y se le adjudica el rol de padre de la historiografía nacional. Con una vida que alcanzó los 85 años, estuvo presente en la mayor parte de las batallas militares y políticas que construyeron el Estado nacional a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y ocupó el cargo de presidente entre 1862 y 1868.

propio Mitre- alusivas a la muerte y al funeral de Estado otorgado a José María Morales, un reconocido militar. El cortejo fúnebre era descrito del siguiente modo:

Como lo imponían la simpatía, la gratitud y el respeto por la memoria de un soldado sin tacha, la inhumación de los restos del coronel José María Morales, verificada en la mañana de ayer, ha sido una elocuente demostración de duelo. Después de celebrada una misa de cuerpo presente en la iglesia de la Concepción, el cortejo fúnebre siguió hasta la Recoleta, donde se hallaba formado el batallón 10º de línea mandado por su jefe el teniente coronel Toscano, que hacía los honores de ordenanza. En el pórtico del cementerio recibieron los restos los ministros Quintana, Costa, Terry, general Campos, los tenientes generales Bartolomé Mitre y Nicolás Levalle, los generales Arredondo, Viedma, Arias, Dónovan, coroneles José M^a Fernandez, Pérez, Riveiro, Rodríguez, Guerrico, comandantes Montaña, Rawson, Kleine, Tolsa, Saraví, Nadal, Sáenz, Masson, Dres. José María Gutiérrez, Mariano Varela, Luis V. Varela, Juan E. Torrent, Aristóbulo del Valle, Dardo Rocha, Carlos Urien, Orma, y muchas personas más. Al bajar el ataúd del coche fúnebre, el batallón 10º hizo una descarga. En el acto de inhumación, el Dr. Mariano Varela improvisó breves palabras para despedir los restos del coronel Morales, haciendo su elogio como desinteresado servidor de la patria, abnegado soldado y virtuoso ciudadano. Enseguida hablaron el Sr. José María Niño, en nombre de los amigos de La Plata del coronel Morales, el Sr. Bonifacio Lastra y el Sr. Stoppani. Enseguida publicamos los discursos que hacen cumplida justicia a los altos méritos que adornaban a tan querido y meritorio jefe del ejército argentino (*La Nación*, 25 de octubre de 1894).

Leer la impresionante demostración de duelo ante la muerte del coronel Morales, nos deja la sensación de estar frente a una personalidad muy respetada del ámbito público. La presencia de representantes del poder ejecutivo, de altos mandos del ejército y de reconocidas personalidades, entre los que se destacaba sin duda Mitre, da cuenta de la importancia que se le dio a este acto y de la repercusión que tuvo en la esfera pública nacional. Quienes pronunciaron los discursos tampoco eran personas anónimas; Mariano Varela, fundador del periódico *La Tribuna*, era partícipe de la esfera pública porteña desde hacía varios años, Bonifacio Lastra había sido ministro durante la gobernación de Nicolás Avellaneda, diputado nacional entre 1891 y 1894 y veterano de la Guerra del Paraguay, y José María Niño era un cercano colaborador de Mitre, corresponsal del periódico *La Nación* y activo participante del círculo intelectual de La Plata. En los discursos pronunciados por estos hombres destaca la insistencia en las imágenes de ciudadanía que va unida a la vida militar y política del difunto coronel. Al respecto Lastra expresaba:

El coronel Morales es el tipo noble y levantado del soldado ciudadano: listo siempre para acudir al llamado de la patria a cumplir valientemente su deber en la primera fila; resuelto en todos los momentos, sin vacilación para cumplir los deberes cívicos, sean cuales fueran los sacrificios que hubiera de imponerse [...] Como hombre civil, el coronel Morales tiene prestados muchos y buenos servicios a su país, en la legislatura y en la convención de la provincia de Buenos Aires, en su administración, como en la de la nación; en los comités políticos, como en los comicios, sea en el ejercicio directo de sus derechos cívicos, sea en el cumplimiento de sus deberes de funcionario público [...] La vida del coronel Morales será siempre un elocuente *ejemplo a enseñar en la democracia argentina* (*La Nación*, 25 de octubre de 1894, cursivas en el original).

Efectivamente, Morales había ocupado una banca de diputado en 1878 (Ford 1899) y, según explicaba Lastra, había sido representante en varios estamentos del Estado, recalcando asimismo su compromiso político militante. Es de destacar que en ninguno de los discursos o notas aparecidas en el periódico se hacía mención a que el ciudadano, militar y político, Morales había sido afrodescendiente. Esto forma parte de lo que Solomianski (2003) llamó *genocidio discursivo*, es decir, la omisión continua de cualquier reconocimiento racializado por fuera del blanco -que se torna obvio e innecesario de explicitar- para la población argentina.

Pero, además, desde un presente donde lo afro continúa ocultado y olvidado, los honores de Estado rendidos a Morales llevan a preguntarse por el entramado que unía a algunos afroporteños con este ideal de virtuosismo y ciudadanía militar y civil que, de hecho como explicaba Lastra, servía como ejemplo para la ciudadanía toda; y por cómo este pudo haber jugado para consolidar tanto la invisibilidad de lo afro como la movilidad social y re-racialización en el blanco.

Centrando nuestra mirada en esos ejes, volvamos unos años hacia atrás, a las décadas de 1870 y 1880. Este era un tiempo muy particular en el país ya que se lo considera un *momento-bisagra* (Dalla Corte 2003), un período de rápidos cambios en el que se aceleró -después de la conquista del territorio indígena de norpatagonia- el camino inexorable hacia el capitalismo y el sistema económico agroexportador. También se fijó el rumbo de la construcción nacional mediante la consolidación de un Estado fuerte, centralizado y disciplinador⁶.

⁶ Básicamente la década de 1880 marcó una “divisoria de aguas” (Cicerchia 2001: 21). En el plano económico, este fue el período en que las economías latinoamericanas se ajustaron a las de los países industrializados, el resultado fueron grandes negocios e inversiones en los sectores de importación, exportación y comercio internacional (Rock 1988). Se desarrollaron

A través del llamado a los inmigrantes europeos para que *poblaran* el país, comenzó a concretarse con éxito un proyecto y un imaginario particular de nación (Halperin Donghi 1995), que signaría al pueblo como europeo-civilizado-blanco-moderno. Este fue, asimismo, el período que mostró las últimas cifras oficiales sobre población “de color”: si bien en los censos nacionales no se relevaba el “color” de la piel, en el año 1887 el censo municipal de la ciudad de Buenos Aires aparentemente arrojó un lastimoso 2 % de población no-blanca, quedando oficializado así el discurso de la *desaparición* (Otero 1997-1998) que ya venía circulando en los libros de historia, memoria o literatura, y los escritos de los hombres de Estado (Geler 2007a).

En ese contexto, la no tan pequeña comunidad afrodescendiente de Buenos Aires -en líneas generales empobrecida y muy vívida- poseía y hacía circular sus periódicos. Dicha circulación generaba un medio de comunicación efectivo que posibilitando la creación de una esfera pública subalterna particular (Fraser 1992) y el sostenimiento de lazos afectivos y sociales que los unían en formas de identificación variables y, muchas veces, en disputa (Geler 2010). No debemos pasar por alto que, para este momento, la Constitución argentina, que regía en Buenos Aires desde 1861, y la Constitución de la provincia de Buenos Aires, en vigencia entre 1873 y 1889, consideraba a los hombres afrodescendientes argentinos -nativos o naturalizados- con iguales derechos y obligaciones que el resto de los habitantes del territorio nacional⁷. Estos documentos, que asentaban la igualdad de todos los hombres

los puertos y los ferrocarriles, y Buenos Aires fue una de las ciudades que más llamó la atención en este contexto (Romero [1976] 2005). En esta coyuntura se producía también el llamamiento a “poblar” los territorios “semivacíos”, realizado por las elites argentinas a las naciones europeas. La mencionada década también estuvo marcada por un cambio en la esfera política, al conquistarse una “paz” que “permitió a la nueva administración emprender con señalado éxito la transformación de la inadecuada estructura institucional” (Gallo y Cortés Conde 2005: 71).

⁷ La Constitución nacional -antes de la Confederación Argentina- dictaminaba en los artículos 14, 15 y 16 lo siguiente: “Artículo 14: Todos los habitantes de la Confederación gozan de los siguientes derechos conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio, a saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa; de usar y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender. Artículo 15: En la Confederación Argentina no hay esclavos; los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución, y una ley especial reglará las indemnizaciones a que de lugar esta declaración. Todo contrato de compra y venta de personas es un crimen de que serán responsables los que lo celebrasen, y el escribano o funcionario que lo autorice. Artículo 16: La Confederación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento: no hay en ella fueros personales ni títulos de nobleza. Todos sus habitantes son iguales ante

en la fundación jurídica de la nación y echaban por tierra las prerrogativas de sangre, eran bien conocidos por los afroporteños. No solo esto, en los periódicos comunitarios destaca la mención constante a que los afrodescendientes habían luchado por conseguir estos derechos para su país, lo que les daba una plataforma de orgullo y reivindicación muy importante. Por supuesto, los afroporteños -como el resto de los ciudadanos- estaban obligados a formar parte de las fuerzas militares y de la Guardia Nacional, pero su participación en las guerras y contiendas armadas les proveía, al mismo tiempo, un lugar simbólico de aceptabilidad y prestigio en el imaginario nacional (Geler 2007a), sin menoscabo de que se sintieran real y fuertemente compelidos a defender a su patria. En este sentido, la importancia de la Guardia Nacional era altísima pues se trataba de una institución estratégica utilizada por el Estado para imbuir de espíritu republicano a los individuos y expresaba los valores del patriotismo y la lealtad a la nación, constituyendo a sus miembros en el ideal de *ciudadano armado* (Macías 2003). Así, en los periódicos afroporteños eran comunes frases como la siguiente:

Entre nosotros no se disipa, ni se disipará jamás el amor patrio, el sentimiento nacional; el hombre de *color* ha contribuido con su sangre desde la guerra de nuestra independencia, hasta las habidas últimamente tanto nacionales como civiles (*La Broma*, 25 de septiembre de 1879, cursivas en el original).

Es comprensible, entonces, que el amor patrio probado de sobra por el sacrificio negro fuera uno de los argumentos más utilizados en los periódicos comunitarios para legitimar reclamos o reivindicaciones, muchos de ellos relacionados con la invisibilización que se hacía de su presencia e historia:

[...] somos hijos de la patria argentina, cuya constitución tiene escrita en su primera página, como divisa, la palabra *Libertad*; y porque hace cerca de un siglo que en los campos de batalla en esas jornadas épicas de la independencia y en todas las contiendas donde el honor nacional ha reclamado la sangre de sus hijos, el hombre de color, a costa de la suya, ha conquistado para el paño azul y blanco un laurel que ha quedado oculto y olvidado en la corona de glorias a la patria (*La Perla*, 6 de octubre de 1878, cursivas en el original).

Este ocultamiento y olvido solía rechazarse de dos maneras: por un lado, se pedía la mención explícita del protagonismo negro, tanto en las

la ley, y admisibles en los empleos sin otra condición que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas". (*Constitución de la Nación Argentina* de 1853). El artículo 29 de la *Constitución de la Provincia de Buenos Aires*, de 1873, refrendó lo acordado en la nacional.

batallas como en los puestos de decisión. Por el otro, se enfatizaba que los batallones de pardos y morenos habían sido utilizados como carne de cañón en las sucesivas guerras.

En el primer caso, en los periódicos se dejaban oír voces que exigían un lugar visible para los “hombres de color”, como partícipes en la construcción territorial-militar de la nación, reapropiándose de un protagonismo que se hacía cada vez más difuso en la Historia Nacional que comenzaba a narrarse, entre otros por Mitre

Eah! Negro generoso, tu historia está escrita en el campo de batalla. [...] [La sociedad] no sabe que el *olvido* es su símbolo terrible que le estrecha para concluir con ella o borrar de sus páginas el nombre de algunos de sus héroes. Lorenzo Barcala, mártir sublime [...]. Y treinta dos años después, las dos terceras partes de una generación ignoran que haya existido un hombre que, teniendo la epidermis negra, llegase a general y gobernador de la provincia de su nacimiento. Duerme aún sobre el lecho del *olvido* que el perjuo le tendió a la sociedad de color Argentina, pero *los cabellos de la aurora empiezan a iluminar la naturaleza* (*La Juventud*, 30 de octubre de 1878, cursivas en el original).

El olvido del sacrificio negro, que parecía ser un hecho consumado y que presentaba características de una lucha en completa desigualdad de condiciones, era uno de los reclamos que más eco encontraba en los periódicos afroporteños.

¡Parece mentira que una sociedad tan ilustrada, tan decente, tan fina, como lo es la nuestra, no supiera rendir culto a las tradiciones gloriosas que en la guerra de nuestra independencia, grabaron con su sangre, en los campos de Maipú y Chacabuco, los batallones de negros y mulatos! ¡Sí! ¡Porque esa libertad de que gozan los que hoy los escarnecen, no se la deben a ellos mismos, sino a los sacrificios heroicos y abnegados de esa raza indomable que llevó su aliento de gigante hasta las nevadas crestas de los Andes! (*La Broma*, 20 de noviembre de 1879).

En el segundo caso, la invisibilidad de la presencia negra en las armas se enfatizaba con la idea de la utilización de los batallones de pardos y morenos como carne de cañón en las batallas, imagen que ha llegado hasta nuestros días y que constituye una de las hipótesis explicativas más significativas de *la desaparición* de la población negra de Argentina (Andrews 1989) -refrendada por los propios afroporteños. Al respecto, un periodista afroportero decía: “Hasta la fecha, sólo se acuerdan de nosotros en los momentos supremos de la batalla, cuando podemos servir de carne de cañón” (*La Broma*, 11 de

septiembre de 1879). Mientras otro afroporteño, Rufino Corpe, expresaba algo similar en una carta de lectores:

Como Ud. sabe, cuando las invasiones inglesas amenazaban desde el Cabo de Buena Esperanza; cuando la gigantesca lucha de la independencia de las provincias unidas de Sudamérica; como en las luchas sucesivas del patriotismo y la libertad contra el despotismo y la tiranía, nuestros semejantes eran la carne de cañón. Si hombres de una *clase* trazaban planes, de *otra* los ejecutaban (*La Broma*, 25 de septiembre de 1879, cursivas en el original).

Desde los periódicos comunitarios, entonces, se luchaba contra la invisibilización negra en las armas y en la historia nacional -que hasta el momento eran lo mismo-, asentada en la no-mención de su presencia particularizada. Simultáneamente, al defender esta presencia en situación de suma desigualdad frente al aparato de la historiografía nacional en ciernes, los afroporteños consolidaban la idea de haber sido utilizados como carne de cañón, dando pie a una explicación aparentemente lógica de su *desaparición*.

Siguiendo a Quijada (2000), hay que tener en cuenta que la Argentina fue construida como nación-Estado a partir de la idea de unidad territorial habitada por una comunidad política en la que residiría la soberanía, convirtiendo así al territorio en un nexo comunitario primordial y constitutivo. Por ende, la historia de la defensa/conquista de este espacio territorializado (Alonso 1994) se transformó en una parte fundamental de la Historia Nacional, una historia cuyos textos fundacionales -como los que escribía Mitre- no solo se imponen como verdad (Trouillot 1995) sino que “guían la puesta en memoria oficial de la historia patria a la vez que se proponen orientar las prácticas políticas” (Narvaja de Arnoux 2006: 66).

Así, el territorio argentino, aquel por el que los hombres y las mujeres afrodescendientes luchaban y morían, se entendía como la base de la nueva familia argentina que crecía como un “árbol” regado con la sangre de los soldados. Esta era la ideología que secundaba al afamado escritor Eduardo Gutiérrez, cuando hizo el siguiente comentario sobre el padre del coronel Morales y el coronel Sosa, otro famoso militar afrodescendiente:

[...] [l]os negros y mulatos, cuya sangre se ha mezclado a la nuestra en todas las batallas por la libertad, formaron el antiguo batallón de Patricios, donde sirvió el mismo padre de Morales, formando más tarde aquel batallón [...] al mando del heroico coronel Sosa, en cuyas filas gloriosas hizo su aprendizaje (Gutiérrez [1886]: 2005: 71)

También era el marco en el que el reconocido intelectual Vicente Quesada expresó: “La raza negra se mezcló en la guerra de la independencia y derra-

mó su sangre con el mismo brío y heroicidad que lo hizo en las invasiones inglesas” ([1889] 1998: 85).

La constante reivindicación por el derramamiento de sangre negra sobre el territorio nacional realizada tanto por los intelectuales, tanto afrodescendientes como no afrodescendientes, ponía nuevamente dos visiones en disputa: la particularización que se reivindicaba versus la integración, en un incipiente imaginario de pueblo moderno/ civilizado/ blanco. La sangre derramada permitía el crecimiento de las raíces del árbol de la familia nacional, base de toda construcción del Estado nacional como comunidad imaginada (Anderson 1993), uniendo a los afroporteños con el resto de la sociedad -cuya sangre también había sido vertida en los campos de batalla. Este proceso de integración -discursiva-emotiva, pero también corporal- denominado por Quijada (2000) como *alquimia de la tierra*, permitía desligarse de ascendencias particulares y trazar lazos que también eran reivindicados por los afroporteños: “[...] hoy es un gran día para todos los argentinos de buena voluntad [...] los verdaderos argentinos, los descendientes de Moreno, Rivadavia, San Martín y Belgrano” (*La Igualdad*, 12 de abril de 1874)⁸.

Sin embargo, esta imagen era problemática y no fue tan fácilmente aceptada, como evidencian las palabras del intelectual y militar afrodescendiente Froilán Bello cuando exclama: “[...] amo a mi sangre como a mi patria, y creo que buscando la dignidad de una encontraré la grandeza de la otra” (*La Perla*, 6 de octubre de 1878). Igualmente, *La Juventud* reutiliza el argumento sanguíneo, pero para reprender a quienes intentaban *desligarse* de su ascendencia, que “[...] en momento dado llegarían hasta negar la heredad de esa sangre con que los antepasados tuvieron que regar los campos de batalla, para dejarnos tan sólo las cenizas rociadas con la gloria que otros hoy disfrutan sin haberla conquistado” (*La Juventud*, “Última hora”, 20 de enero de 1878).

De este modo, el reclamo de mención particularizada sugiere una fuerte tensión entre el reconocimiento de los negros y mulatos en la historia y la posibilidad de fusión en el imaginario nacional *incoloro*, y en una etnicidad/ racialidad *invisible* (Balibar 1991); dado que la ideología de construcción nacional se anclaba en la conquista territorial como forma de consolidación de la “familia nacional” y en las metáforas sanguíneas -igualando en el *rojo*. Los afroporteños, por su parte, también reivindicaban: “[...] nosotros, que somos hijos humildes del pueblo, que llevamos la sangre de los argentinos, nos asociamos en el justo dolor que siente la República, por la pérdida [de Alsina]” (*La Broma*, 3 de enero de 1878).

⁸ Para la historia argentina, Moreno, San Martín y Belgrano son héroes de la independencia. Rivadavia, por su parte, fue el primer presidente argentino, y su relevancia aquí estriba en que se decía que era “mulato” y su apodo era “Doctor Chocolate”.

Puede entreverse, entonces, que la ideología de la familia nacional -que se construía desde el Estado como homogénea -europea/ civilizada/ blanca- se producía también desde los elementos que podrían considerarse en principio *heterogeneizantes* -africanos/ bárbaros/ negros-, lo que muestra, en este caso, un proceso de producción de identificación nacional común pero también la existencia de un gran conflicto en los implicados.

Para los afroporteños, la carrera militar era un modo doloroso y contradictorio de asegurarse una inclusión silenciosa en la familia nacional -evitando la temida marginalidad- y para algunos, simultáneamente, era una manera de conseguir beneficios por prestigio y relaciones. No obstante, la inclusión en la nación también dependía de otro deber ciudadano que los afrodescendientes argentinos podían ejercer: el derecho a votar, aunque no fuera obligatorio.

MILITANTES Y PATRIOTAS

Desde las primeras décadas posrevolucionarias, los afrodescendientes estuvieron involucrados en el mundo de la política (Quijada 2000). Su ejercicio del derecho electoral estaba garantizado por la inserción en la ciudadanía masculina amplia, que se consolidó en el río de la Plata después de la caída de Rosas, contexto en el cual se asentaron prácticas como el clientelismo, el caudillismo y el paternalismo -desarrolladas por líderes políticos que movilizaban votantes y milicias de sectores populares para acceder o conservar el poder (Goldman y Salvatore 2005). En este sentido, los afroporteños se constituían en un grupo susceptible de ser reclutado, y su importancia no era poca. La comunidad afroporteña fue partícipe de los acontecimientos políticos que signaron al país, apoyando a las distintas facciones en pugna⁹, luchando ardentemente por sus candidatos y haciendo proselitismo a través de sus publicaciones (Geler 2007b y 2010). Al igual que sucedía con la carrera militar, el protagonismo *afro* en la movilización urbana de votantes creó una plataforma legitimada socialmente para reclamar:

Tenemos derecho incuestionable porque no sólo en los campos de batalla, sino en las luchas pacíficas de la democracia se han utilizado nuestras fuerzas, propendiendo ellas a la fundación y consolidación de las instituciones que nos rigen (*La Perla*, 6 de octubre de 1878).

⁹ Utilizo la palabra *partido* sobreentendiendo que se trata de una “facción”, palabra utilizada por los periódicos de la época utilizaban para definir a la facción política, características formaciones personalistas que no tenían una estructura programática, como tienen los partidos políticos constituidos.

La movilización urbana de votantes, captados del humilde mundo del trabajo (Sábato y Palti 1990), era fundamental para el sistema electoral. Los mecanismos fraudulentos y violentos en uso invitaban a la búsqueda continua de votantes y, de ser necesario, gente que saliera a luchar. La precaria situación económica de los afroporteños llevó a que este tipo de ofrecimientos -tanto de trabajo como de dinero- resultaran interesantes. Sin embargo, el sistema de captación de gente movilizada, basado en la extensión de redes clientelistas, también generaba grandes críticas entre los afroporteños. Particularmente, los periódicos comunitarios alertaban a los afroporteños contra la manipulación de los llamados *caudillos* -agentes movilizados pertenecientes a las elites-y/o de quienes denominaré *punteros* -agentes movilizados afroporteños:

Hombres sin principios, sin ilustración, sin la suficiente independencia y energía para saberse conducir en medio de las borrascas políticas, que de manera tan inusitada como violenta suelen estallar periódicamente entre nosotros han ido a las Cámaras. ¿A qué? A vivir atados al carro tradicional de los partidos personales, siguiendo y secundando las inspiraciones de los viejos caudillos (y empleamos esta palabra en su verdadera acepción) para después retirarse muy satisfechos al seno del hogar, sin haber hecho absolutamente nada útil ni benéfico para la patria (*La Juventud*, 30 de julio de 1878).

Como puede observarse, en esta queja se traslucían algunas de las ventajas, no menores, que muchos punteros obtenían siguiendo a los caudillos y fomentando la red clientelar. Aunque estos beneficios no eran tan fáciles de conseguir. En los periódicos frecuentemente se podía leer que, cuando el tiempo electoral pasaba, muchas de las promesas hechas a los movilizados caían en el olvido. En este sentido, los periódicos hacían denuncias directas sobre el incumplimiento de las mismas, existen varios y elocuentes ejemplos:

Siempre hemos sido y somos despreciados por aquellos que hemos ayudado a subir al poder. Se han servido de nosotros como de un peldaño para escalar los puestos públicos, y una vez en ellos nos han pagado con el menosprecio y hasta con arrebatarnos nuestros derechos de ciudadanos [...]. En el club A o B, donde sólo asiste la *aristocracia* del dinero (porque en nuestro país no se reconoce la aristocracia de los pergaminos y de la sangre), donde le era prohibida la entrada a un negro, vemos recibir con amabilidad a aquel a quien antes se le cerraban las puertas y hasta obsequiarlo, por aquel individuo que en otra ocasión cualquiera se rebajaría de su *jerarquía* dirigiendo la palabra a un negro [...]. A nuestro héroe, el caballero C le ceden el mejor sitio. El secretario da cuenta de los trabajos practicados, la mayor parte de los cuales fueron llevados a cabo por C, todos al tener conocimiento de ello, felicitan a C. Éste se halla anonadado al verse colmado de elogios por

aquellos caballeros, y no sabe qué decir [...]. Las cosas siguen así, llega el día de la elección, el candidato que defiende C triunfa, sube al poder, y una vez en él se olvida de C y de todos los negros que contribuyeron a su elección, y en vez de hacerlos respetar como ciudadanos que son, es el primero en menospreciarlos. Así se cumplen las promesas de todos los que aspiran al mando (*La Broma*, 21 de marzo de 1880, cursivas en el original).

En este artículo queda clara la extraordinaria importancia que se otorgaba tanto a la participación electoral como a la movilización de la comunidad afroporteña por parte de la “aristocracia del dinero”. También muestra que los momentos electorales eran un espacio en donde los hombres afroporteños podían vivir realmente la igualdad, que la constitución declaraba ley. No cabe duda, pues, que la pasión que despertaba la política en esos tiempos entre los afroporteños debía ser muy intensa, ya que les permitía despojarse de la marca de la ignominia a quienes todavía no podían hacerlo porque sus pieles eran relevadas como más oscuras, o porque sus comportamientos remitían aun a una barbarie en expulsión o a un mundo popular en disciplinamiento¹⁰. Sin embargo, también quedaba explicitado que los grupos hegemónicos en general “olvidaban” los favores prestados por los afroporteños -aunque no todos- lo que provocaba las continuas quejas de los intelectuales afroporteños:

[...] cuando presienten que el caudillo de sus afecciones está por perder el turrón de la presidencia, o el confite de la gobernación de provincia [...] no hay gente mejor, ni más buena, ni más patriota que esos hombres del pueblo, calificativo con que se les designan, sin duda con el objeto de que sean más distinguidos (*La Juventud*, 10 de octubre de 1878).

Más allá de la visión crítica y certera que tenían los afroporteños de los acontecimientos en que se veían envueltos, el sistema caudillista que imponían los grupos hegemónicos, del cual los intelectuales afroporteños se quejaban, no parecía pronto a abandonarse. Los momentos electorales permitían instaurar erosiones de fronteras o pasajes, posibilitando a quienes antes eran negros, pasar a ser “pueblo”, un pueblo que en ese preciso momento era el soberano.

Por eso, a pesar de reconocerse insertos en una estructura de engaños y manipulaciones, los afroporteños no podían –ni, presumo, querían- abandonar su actividad en un ámbito que los hacía imprescindibles para el sistema y que les permitía erigirse como ciudadanos comprometidos e identificados con diversas causas, despertando en ellos amores, desamores y en definitiva, tal como lo solían mencionar los redactores de los periódicos, pasiones: “[...] en el seno de esta desgraciada comunidad existen centenares de ciudadanos

¹⁰ Sobre estos temas, ver Geler (2010).

que viven sumergidos en la oscuridad y el dolor; compelidos por el engaño y las pasiones políticas” (*La Juventud*, 20 de enero de 1878).

Justamente, Mouffe relaciona la pasión política con “las diversas fuerzas afectivas que están en el origen de las formas colectivas de identificación” (2007: 31), siendo “una de las principales fuerzas movilizadoras en el campo de la política” (2007: 31). El hecho de votar implica una enorme carga afectiva y pone en acción fuertes cuestiones de identificación; según sus propias palabras

Para actuar políticamente, las personas necesitan ser capaces de identificarse con una identidad colectiva que les brinde una idea de sí mismas que puedan valorizar. El discurso político debe ofrecer no sólo políticas, sino también identidades que puedan ayudar a las personas a dar sentido a lo que están experimentando y, a la vez, esperanza en el futuro (Mouffe 2007: 32).

Considero que esta comunidad estigmatizada tenía mucho que ganar cuando se movilizaba políticamente, corporizándose como “pueblo” y como ciudadanos soberanos -los hombres, al menos. Esta movilización se hacía con un altísimo grado de compromiso afectivo, como el que se ponía en juego en los cuerpos militares para defender a la patria, y con esperanzas y expectativas de futuro. De hecho, la movilización política era el modo en que la historia de las luchas de los afrodescendientes volvía a la palestra, transformada en amor a la patria y a su sistema de gobierno. Era el momento en que las castas se suprimían, en que se los buscaba y agasajaba mostrándoles que eran ciudadanos de derecho, soberanos y necesarios para que el sistema funcionara; era cuando se configuraban alianzas con los grupos de poder. Pero también era la manera en que los afroporteños adquirían experiencia de lucha -que utilizarían al igual que otros amplios sectores sociales en conformación, como el sector obrero- que podía servir de plafón para estructurar demandas compartidas, en el sentido de Laclau (2007), y sobre todo, un profundo pensamiento autorreflexivo y crítico que volcaban en sus periódicos:

Creemos que es muy honroso, más aún, consideramos un deber, una obligación, el que todo ciudadano ejercite el derecho de sufragio, libre y pacíficamente, llevando al gobierno y a los parlamentos los candidatos de sus afecciones. [...] Somos partidistas [...] Estos son los títulos que tenemos para levantar nuestra humilde voz, y decirles a nuestros hermanos, a los hombres de color: “Que si bien es cierto que en el seno de los partidos se cometen algunas injusticias, ciertas *iniquidades*, ciertas ingratitudes que laceran el corazón de todo hombre bien intencionado y patriota, no por esto la existencia de aquellos es peligrosa, pues en circunstancias dadas, ella es necesaria, útil y benéfica para los pueblos” (*La Juventud*, 30 de julio de 1878, cursivas en el original).

Pese a saber que los caudillos manipulaban y que en los partidos no todo era igualdad y fraternidad, muchos afroporteños se sentían absolutamente vinculados con las formas y los espacios políticos. Entendían el participar como un servicio a su patria y una legitimación democrática, que les permitía ejercer su derecho ciudadano y también la soberanía, que como pueblo les pertenecía. Así, las elecciones en particular y la política en general ponían en juego pasiones e identificaciones que eran muy importantes para esta comunidad. Los afroporteños podían corporizarse en el ciudadano argentino que luchaba por su patria y por los derechos que ellos mismos, o sus antepasados, habían conquistado en los campos de batalla. A esto hay que agregar que, a pesar de que los afroporteños denunciaban las prácticas habituales de los caudillos y gente de la “aristocracia”, la alianza política con los grupos de poder dejaba beneficios no solo en plano simbólico-afectivo sino también, y no menos importante en tanto estamos frente a una comunidad en general muy pobre, en el material. Por ejemplo, la composición de la comisión directiva del Club Unión Autonomista -que apoyaba la candidatura presidencial de Julio Argentino Roca en 1880- incluía a gran parte de los impulsores de la red asociativa afroporteña, mucehos de los que pueden verse allí tenían puestos estables en distintas reparticiones del Estado (Geler 2010), algo en esa época habitualmente se obtenían como pago de favores políticos.

Además, cuando el intelectual afroporteño Santiago Elejalde publicó varios de sus escritos, en uno de los periódicos comunitarios se brindó la siguiente información:

Saben ya nuestros lectores que nuestro amigo Elejalde ha publicado en folleto sus producciones [...]. Pues bien, el Gobierno de la Nación, haciendo justicia a la dedicación de Elejalde [...] se ha suscripto a cien ejemplares de su folleto. Es este un hecho que por primera vez sucede entre nosotros y le honra tanto al que lo recibe como al que lo practica. Por esto *La Broma* [...] quiere agradecer al Gobierno, y en particular al Dr. Lastra, por cuyo Ministerio se ha dictado la resolución a que aludimos, por el honor dispensado a uno de nuestros hermanos, con tal conducta él se hace acreedor a las simpatías de todos, su proceder es digno del verdadero hombre de Estado que sabe interpretar la Constitución (*La Broma*, 6 de diciembre de 1878).

Existen también varias descripciones -especialmente las de Mitre¹¹- sobre ciertos personajes conocidos de la comunidad afroporteña en las cuales se

¹¹ Según Gesualdo (1982), este lloró ante el sepulcro de Casildo Thompson. Con respecto a Manuel Posadas, según Ford (1899) colaboraba como periodista en el diario de Mitre, *La Nación*. Unos años antes, en 1856, el coronel Domingo Sosa -cuya carrera militar ejemplifica la posibilidad de ascenso social a través de las armas para los africanos y afroargentinos-había obtenido una banca de diputado por la provincia de Buenos Aires, después de haber luchado junto a Mitre (agradezco a Mónica Quijada por este último dato).

alude a ellos como sobresalientes militares a los que se les rindió homenaje público -como el caso de Morales-, y cuya lealtad fue recompensada mediante las deferencias y los beneficios que de estas relaciones se podían obtener.

De este modo, las alianzas políticas de los afroporteños con los grupos hegemónicos derivaban en palpables beneficios y en espaldarazos simbólicos y económicos importantes. Y aunque lo hicieran a desgana y con cuentagotas -posiblemente de forma acotada a los períodos electorales-, los hombres de la “aristocracia” se mostraban respaldando a los afroporteños cuando era necesario. Esto sucedió, por ejemplo, cuando el ministro del interior, Laspiur, bendijo el panteón de la hermandad del Rosario, mayormente compuesta por afroargentinos; también cuando Estrada, secretario de la municipalidad de Buenos Aires, bendijo el estandarte de la sociedad mutual afroporteña *La Protectora* (Geler 2010). En contrapartida, los grupos hegemónicos afianzaban su poder, al mismo tiempo que se reforzaban al Estado y sus instituciones, en las que muchos afroporteños trabajaban y que, a la vez, sustentaban y consolidaban.

Para Gramsci (en Hall 1985), la construcción de hegemonía -siempre inestable- resulta de un gran nivel de consentimiento popular a un liderazgo ético, una autoridad que se impone, pero que se propaga socialmente mediante el consenso. Esa hegemonía no se ve representada por una *clase dominante* sino por un *bloque histórico*, compuesto por ciertas fracciones o la totalidad de las clases económicas dominantes pero asociadas con ciertos grupos subalternos o clases dominadas, que obtienen concesiones y compromisos específicos de parte de los grupos de poder, aunque en un rol subordinado. Estas alianzas constituyen una *formación hegemónica* que tiene su propia y específica composición y configuración. Creo posible pensar que la comunidad afroporteña participaba de la formación hegemónica de la República Argentina -que consolidaba un Estado que sustentaba su proyecto económico-, como grupo subordinado. En este sentido, la conquista del territorio nacional y el apoyo político-electoral a los diversos grupos en el poder estatal constituyeron vías de alianza en las que los afroporteños se vieron envueltos, accionando según sus posibilidades e intereses. La práctica política tanto como la militar habrían sido algunos de los mecanismos más importantes de imbricación material y afectiva en el tejido e imaginario social de los heterogéneos grupos que iban construyendo la nación homogénea.

PALABRAS FINALES

Para los afroporteños, tanto la carrera militar como la lucha política eran vías donde expresar amor por su patria y por principios e ideas con las que

estaban comprometidos, y que defendían. Pero además, ambas instancias abrían el camino a muchos afroporteños para constituirse en el ideal del ciudadano argentino militar y político, haciéndose artífices reales de los destinos del país y conformándose como ejemplos para el resto de la población. Si la conquista del territorio nacional permitió a los afroporteños conformarse como argentinos de pura cepa, la lucha política fue fundamental para afianzar esa identificación con la de ciudadano. Asimismo, les permitía acceder a múltiples beneficios, como prestigio, poder e incluso un mejoramiento la situación económica a través de la obtención de cargos en el Estado -algunos de ellos de representación. Simultáneamente, los grupos hegemónicos, poseedores de la tierra conquistada, se aseguraban el proyecto económico agro-exportador y el control político del aparato estatal en consolidación.

En ese contexto, cualquier visibilización de lo negro quedaría vedada, ocultada, olvidada, activándose la idea de desaparición por *carne de cañón* y consolidándose aquella fundamental de *pueblo soberano*, que contenía la sangre mezclada de quienes habían luchado por la patria y que permitiría a los afroporteños integrarse en el *invisible racial*, cuando comenzaba a gestarse la paulatina esencialización de la nación (Bertoni 2001). Como vimos en el caso de José María Morales, no se escatimaron esfuerzos para honrar a los afroporteños que sobresalían en el ámbito militar y/o político, aunque no se explicitara que se trataba de afrodescendientes y que, paradójicamente, esta participación sentara la base discursiva de su *desaparición*. Esta *negociación* en desigualdad de condiciones promovió la inserción de los afroporteños en las ideologías de la nación; sin embargo, no impidió que estos cuestionaran, debatieran y propusieran alternativas sobre cómo incluirse en esta nación que los obligaba a ocultar y a olvidar su propia historia.

Se descubre así el proceso de imposición hegemónica de la ideología dominante (Williams 1980), pero también se observa cómo muchos afroporteños, al contrario de lo que suele indicarse y aun dentro de un marco de desigualdad radical, se convirtieron en fundamentales agentes históricos en el forjamiento o modificación del proyecto territorial y económico de la nación argentina moderna-homogénea blanca/ europea, aun vigente.

Fecha de recepción: 29 de marzo de 2012

Fecha de aceptación: 3 de septiembre de 2012

FUENTES

La Broma (1876-1882). Biblioteca Nacional Argentina, Sala del Tesoro.

La Igualdad (1873-1874). Biblioteca Nacional Argentina, Sala del Tesoro.

La Juventud (1876-1879). Biblioteca Nacional Argentina, Sala del Tesoro.
La Perla (1878-1879). Biblioteca Nacional Argentina, Sala del Tesoro.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, Ana María

1994. The Politics of Space, Time and Substance: State Formation, Nationalism, and Ethnicity. *Annual Review of Anthropology* 23: 379-405.

Anderson, Benedict

1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica (FCE).

Andrews, George Reid

1989. *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires, de la Flor.

Axel, Brian Keith (ed.)

2002. *From the Margins: Historical Anthropology and Its Futures*. Durham y Londres, Duke University Press

Balibar, Étienne

1991. La forma nación. Historia e ideología. En Balibar, E. y I. Wallerstein; *Raza, Nación y Clase*: 133-163. Madrid, IEPALA.

Bertoni, Lilia Ana

2001. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Briones, Claudia

2005. Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales. En Briones, C. (ed.); *Cartografías Argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*: 11-43. Buenos Aires, Antropofagia.

Cicerchia, Ricardo

2001. *Historia de la vida privada en la Argentina. Desde la Constitución de 1853 hasta la crisis de 1930*. Buenos Aires, Troquel. (Volumen II).

Comaroff, John & Jean Comaroff

1992. *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder, San Francisco y Oxford, Westview Press.

Dalla Corte, Gabriela

2003. La suerte de los patrimonios y las empresas: la difusa frontera entre el negocio y la familia en tiempos de cambio social (1790-1830). En Barrera, D. y G. Dalla Corte (comps); *Espacios de Familia. ¿Tejidos de lealtades o campos de confrontación? España y América, siglos XVI-XX*: 145-258. Morelia, Red Utopía-Jitanjáfora.

De Marco, Graciela, Raúl Rey Balmaceda y Susana Sassone

1994. Extranjeros en la Argentina. Pasado, presente y futuro. *Geodemos*, monográfico 2. Buenos Aires, CONICET.

Ford, Jorge Miguel

1899. *Beneméritos de mi estirpe. Esbozos sociales*. La Plata, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios.

Fraser, Nancy

1992. Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy. En Calhoun, C. (ed.); *Habermas and the Public Sphere*: 109-142. Cambridge, The MIT Press.

Frigerio, Alejandro

2006. “Negros” y “Blancos” en Buenos Aires: Repensando nuestras categorías raciales”. En Maronese, L. (comp.); *Buenos Aires Negra: Identidad y Cultura*: 77-98. Buenos Aires, CPPHC.

Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto

2005. *La República Conservadora*. Buenos Aires, Barcelona y México, Paidós.

Geler, Lea

2007a. ‘¡Pobres negros!’: Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos”. En García Jordán, P. (ed.); *Estado, Región y Poder Local en América Latina, siglos XIX-XX*: 115-153. Barcelona, PiE Universitat de Barcelona.

2007b. ‘Aquí...se habla de política’. La participación de los afroporteños en las elecciones presidenciales de 1874. *Revista de Indias* LXVII 240: 459-484.

2008. Guardianes del progreso. Los periódicos afroporteños entre 1873 y 1882. *Anuario de Estudios Americanos* 65 (1): 199-226.

2010. *Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y nación Argentina a fines del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria.

2012. "Pulenta" con candombe: los afroporteños y la inmigración europea a fines del siglo XIX. En Siegrist, N. y M. Rosal (coords.); *Cuestiones interétnicas. Fuentes y aportes sobre el componente afroestizo en Hispanoamérica. Siglos XVII-XIX*: 151-168. Saarbrücken, Editorial Académica Española.

Gesualdo, Vicente

1982. Los negros en Buenos Aires y el interior. *Historia* 5 (2): 26-49.

Goldberg, Marta

1976. La población negra y mulata de Buenos Aires, 1810-1840. *Desarrollo Económico* 16 (61): 75-99.

Goldman, Noemí y Ricardo Salvatore

2005. Introducción. En Goldman, N. y R. Salvatore (comps.); *Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*: 7-29, Buenos Aires, EUDEBA.

Gutiérrez, Eduardo

2005 [1886]. *Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Edivérn.

Hall, Stuart

1985. Gramsci's relevance to the analysis of racism and ethnicity. En *International Seminar on Theoretical Issues of Race and Ethnicity*, Milán. Disponible en internet en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0006/000664/066454eb.pdf> Consultado el 7 de abril de 2007).

Halperin Donghi, Tulio

1995. *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Buenos Aires, Ariel.

Laclau, Ernesto

2007. *La razón populista*. Buenos Aires, FCE.

Macías, Flavia

2003. Ciudadanía armada, identidad nacional y Estado provincial. Tucumán, 1854-1870. En Sabato, H. y A. Lettieri (comps.); *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*: 137-151. Buenos Aires, FCE.

Mouffe, Chantal

2007. *En torno a lo político*. Buenos Aires, FCE.

Narvaja de Arnoux, Elvira

2006. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos Instrumentos.

Otero, Hernán

1997-1998. Estadística censal y construcción de la nación. El caso argentino, 1869-1914. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 16-17: 123-149.

Quesada, Vicente

1998 [1889]. *Memorias de un viejo*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.

Quijada, Mónica

2000. Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra. En Quijada, M.; C. Bernand y A. Schneider (eds.); *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*: 179-217. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Rock, David

1988. *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*. Madrid, Alianza Editorial.

Romero, José Luis

2005 [1976]. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Sábato, Hilda y Palti, Elías

1990. ¿Quién votaba en Buenos Aires?: Práctica y teoría del sufragio, 1850-1880. *Desarrollo Económico* 30 (119): 395-424.

Solomianski, Alejandro

2003. *Identidades secretas: la negritud argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Trouillot, Michel-Rolph

1995. *Silencing the Past. Power and the Production of History*. Boston, Beacon.

William, Raymond

1980. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.

**FOTOGRAFÍA, TESTIMONIO ORAL Y MEMORIA.
(RE)PRESENTACIONES DE INDÍGENAS E INMIGRANTES
DEL CHACO (ARGENTINA)**

*PHOTOGRAPHY, ORAL TESTIMONY AND MEMORY.
(RE) PRESENTATION OF INDIGENOUS AND IMMIGRANTS
IN CHACO (ARGENTINA)*

Mariana Giordano*

* Instituto de Investigaciones Neohistóricas, Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/ Universidad Nacional del Nordeste. E-mail: marianagiordano@gmail.com

RESUMEN

Este artículo propone un análisis de las representaciones visuales sobre indígenas e inmigrantes del Territorio Nacional del Chaco (Argentina), a partir de las huellas de enunciación y las narrativas visuales que se construyeron en/a través de la fotografía. Las lecturas actuales de ese corpus fotográfico, desde experiencias de recepción, permiten que el testimonio oral actualice las percepciones históricas. Con ello buscamos explorar, por un lado, cómo es representado cada grupo socio-étnico y de qué modo esas representaciones se convierten en memorias visuales de sus comunidades. Por el otro, procuramos indagar sobre las correspondencias y/o contradicciones entre lo que las narrativas fotográficas históricas (re)presentan, como referentes de memorias visuales, y lo que los receptores actuales identifican o (des)conocen, como parte de memorias identitarias en construcción, en una Provincia que desde el discurso político-cultural se busca mostrar como un *crisol de razas*.

Palabras clave: fotografía indígena - inmigrante - Chaco - memoria

ABSTRACT

THIS paper analyses the visual representations of indigenous and immigrants located on *Territorio Nacional del Chaco* (National Territory of Chaco), Argentina, based on traces of enunciation and visual narratives constructed in/ through photography. The current readings of this photographic material, from experiences of reception, allowed the updating of historical perceptions through the oral testimony. In this way, we first explore how each ethnic group is represented and how these representations became visual memories of their communities. Furthermore, we search for correlations or contradictions between what the historical photographic narratives (re)presented, as references of visual memory, and what current receivers identify or do not acknowledge as part of their identities and memories under construction, in a Province considered a *melting pot* by the political and cultural discourse.

Key words: indigenous photography - immigrant - Chaco - memory

INTRODUCCIÓN

El Territorio Nacional del Chaco -actual provincia del Chaco, Argentina-¹ ha sido visualizado a partir de dos universos étnicos considerados históricamente como antagonicos: el *indígena* y el *inmigrante*, los que se han presentado en el imaginario social como dos mundos homogéneos, opuestos y estáticos. Este trabajo propone un análisis complementario y/o contrastante de las representaciones fotográficas de ambos universos a partir de conjuntos de imágenes de fines del siglo XIX y primeras cuatro décadas del siglo XX que puedan poner en discusión conceptos como los de memorias *en o del* contacto atendiendo al eslogan *crisol de razas*² que, desde los ámbitos político-culturales, se ha buscado legitimar a partir de la década de 1960.

El trabajo se articula en dos grandes campos; por un lado, el análisis de las huellas de enunciación³ de los universos visuales de indígenas e inmigrantes, atendiendo a las narrativas visuales y los modelos de relato que se construyeron sobre ellos -es decir, cómo se representa. Por otro lado, indagamos acerca de las lecturas actuales de ese corpus fotográfico -las “experiencias del ver” (Didi-Huberman 2006 y Belting 2007)- de indígenas e inmigrantes, donde los testimonios orales⁴ actualizan los imaginarios visuales

¹ Ubicada en el nordeste de la República Argentina, forma parte del Gran Chaco, amplia región que comparten Paraguay, Bolivia y Argentina. La actual provincia del Chaco está limitada al norte por el río Pilcomayo, al este por los ríos Paraná y Paraguay, al oeste por las estribaciones de las sierras subandinas y al sur por los territorios que se hallan entre los ríos Salado y Dulce.

² Aunque abordaremos más adelante algunos ejemplos que, desde el ámbito cultural y político, buscaron legitimar este imaginario del *crisol de razas*, vale señalar que pese a que el concepto de *raza* había sido una categoría abolida hacía tiempo desde la biología y la antropología, permanecía vigente como representación social en el contexto chaqueño. Sobre la permanencia de este concepto como *representación social* véase Segato (2007:132).

³ Al referirnos a las huellas de enunciación involucramos el punto de vista del fotógrafo, la ideología implícita en la construcción visual, las convenciones iconográficas que la sustentan, la visión de mundo que buscan construir en su individualidad o en una lectura de paquetes textuales. Estas huellas de enunciación se vinculan con la “construcción visual del campo social” (Mitchell 2003: 24) que trataremos más adelante.

⁴ Los testimonios orales permiten, por un lado, una reflexión y mirada de/sobre las imágenes de los actores involucrados en ellas -aún cuando no hayan sido sus comitentes, como en el caso de los indígenas- cuya subjetividad en los sentidos atribuidos, contribuye a

históricos, identificándose o alejándose de las huellas de enunciación que en ellos habíamos identificado, (de)construyendo las memorias visuales y las fronteras interétnicas. Con ello buscamos explorar las correspondencias y/o contradicciones entre lo que las narrativas fotográficas históricas (re)presentan, como referentes de memorias visuales desde la lectura de un cientista social, y lo que los receptores actuales identifican o (des)conocen como parte de memorias identitarias en construcción. Para ello debemos atender -desde el rol de la imagen- a las relaciones intra e interétnicas⁵ resultantes del escenario económico, político y cultural en que se convirtió el Chaco⁶.

De tal forma, afirmamos que los modos en que históricamente fueron (re)presentados indígenas e inmigrantes del Territorio Nacional del Chaco en la fotografía, se orientan a referenciar universos y memorias compactos y homogéneos que invisibilizaron las diversidades interétnicas y contribuyeron a construir fronteras visuales, según modelos hegemónicos de representación. Esos universos son (de)construidos por el testimonio oral a partir de una propuesta dialógica con referentes actuales, recuperando memorias individuales, familiares y comunitarias, y redefiniendo fronteras interétnicas que en nuestro análisis intrafotográfico suponían una narrativa unívoca, o que se habían invisibilizado.

En la producción de la imagen del indígena, el fotógrafo es un interlocutor de muchas miradas previas, de imaginarios que proceden incluso de la época hispánica, y que instauraron ciertas marcas de representación de ese “otro” como expresión clara de un colonialismo visual⁷. Pero en esas miradas, no participaron los sujetos que constituyen el referente de la imagen: es que ellos no fueron “sujetos” del proceso dialógico sino meros “objetos” de representación. En la producción de la imagen del inmigrante, los sujetos (re)presentados son, a la vez, sujetos de interacción. Aunque generalmente la imagen no es producida por ellos mismos, intervienen en su enunciación en tanto se trata de un modo de representación que ha constituido una forma de construir su propia identidad y de perpetuar la memoria, lo que implicaba una

complejizar el análisis. Por otro lado, permiten posicionar las imágenes en un contexto en el cual el testificante -o su grupo social, o familia- ha sido protagonista y cuyos códigos culturales le son cercanos, desagregando, desarticulando y rompiendo la linealidad de elementos del contexto que, tanto desde la historiografía como desde nuestra aproximación analítica sobre el corpus fotográfico, pueden derivar en una interpretación unívoca de las representaciones de familia.

⁵ Sobre una aproximación a las construcciones conceptuales de *grupo étnico*, *etnicidad* y *relaciones interétnicas* véase, Ringuet (1986); Briones (1998); Bari (2002), entre otros.

⁶ Más adelante volveremos sobre este aspecto.

⁷ Sobre la representación del indígena chaqueño consúltese Giordano (2004, 2007), entre otros.

mirada al futuro pues confiaban en que “ella nos sobrevivirá” (Didi-Huberman 2006: 12). Así, el *objeto* de representación participa en la densidad significativa de la imagen, de ahí lo *propio* que esta visualidad afirma. En todos los casos, lejos de asumir a la fotografía como una *ventana al mundo*, la consideramos como una *puesta en escena* cuyos códigos y marcas de identificación logran una significación diferencial, según se trate de la presencia de los *objetos* en tanto *sujetos* de enunciación -tal el caso de los inmigrantes- o, por el contrario, desde una posición de *colonización del ser* (Quijano 2004) -en el caso de los indígenas- donde la narrativa visual producida no los contempla como sujetos de enunciación.

En este trabajo se cruzan análisis que proceden de la historia de la fotografía, la iconografía, la historia cultural con los estudios sociales sobre la representación y recepción vinculados a los estudios visuales. Siguiendo a Mitchell (2003), ello nos permitirá describir las relaciones entre la visión y las prácticas culturales específicas sin caer en una posición iconoclasta, que considere a la imagen como el único elemento en la construcción de lo social. En tal sentido, también interesa tener en cuenta la “vida” de las imágenes, cómo ellas nos “devuelven la mirada” (Mitchell 2003: 35); cómo esa vida se transforma en “muchas vidas” (Mason 2001), cómo se produce la “movilidad” de las imágenes, donde se articula una “construcción visual del campo social” (Mitchell 2003: 34).

El hecho de trabajar en dos contextos, el de producción y el de recepción⁸, supone abordajes teórico-metodológicos particulares a la imagen: en el primero de los casos, se plantea un análisis iconográfico sobre las huellas de producción, centrando en lo *intrafotográfico* y vinculado al *campo fotográfico*⁹. Ello supone partir de diferentes enfoques que aluden a la imagen como portadora de sentidos, significados y poder, como constructo cultural y estético, como instrumento de un proceso de dominación y de delineación de una memoria propia o alterna. Por su parte, la recepción implica la utilización de la fotografía como herramienta, es decir como “disparador” de memoria.

⁸ Desde el concepto de *economía visual* Poole (1997) aborda la producción visual del mundo andino a través del análisis del nivel de producción, circulación y consumo. En otras oportunidades hemos tratado sobre estos niveles para el tratamiento de la imagen del indígena. En este caso, nos centraremos en la producción y recepción, sin analizar los diferentes contextos iconográficos en que estas imágenes han circulado, sólo atendiendo a la guarda/ conservación de ellas.

⁹ El *campo fotográfico* se define como el espacio representado en la materialidad de la imagen que constituye la expresión plena del espacio de la representación fotográfica, pero la comprensión e interpretación del campo visual presupone siempre la existencia de un fuera de campo que opera en forma contigua, y constituye también el sustento de aquel. Véase Dubois (1986).

Al respecto, podríamos relacionarla con el concepto de “foto elicitación”, utilizado desde la sociología visual por Harper (2002: 13) quien plantea que esta técnica se basa en la simple idea de insertar fotografías en la entrevista de investigación¹⁰.

Así, en la entrevista con imágenes es donde se hace presente la oralidad. Según da Silva Catela *et al*:

entre la imagen y la palabra se dan relaciones de reciprocidad. En cada construcción narrativa de testimonios, en cada acto de memoria y proceso de recordación, lenguaje e imagen se nutren de intercambios fundamentales para la construcción de las representaciones sobre lo que allí sucedió” (da Silva Catela, *et al.* 2010: 12).

De esta manera, la instancia de recepción se enmarca dentro de una metodología dialógica *con* las imágenes, retomando las huellas de enunciación que habíamos analizado previamente, a partir de la lectura que indígenas e inmigrantes han realizado de este imaginario¹¹.

Dada la cantidad de imágenes existentes, acotaremos el análisis en la instancia de producción a aquellas que provienen de fines del siglo XIX y las cuatro primeras décadas del siglo XX; y en el caso de los indígenas, a las que fueron realizadas por fotógrafos comerciales¹². En las instancias de

¹⁰ La utilización de esta técnica podría ser discutida en tanto se supone que las imágenes deben representar dimensiones íntimas de la experiencia personal de los sujetos informantes/testimoniante, o cuando el objetivo del investigador es el descubrimiento de definiciones y categorías culturales (Harper 1988: 66). Si la dimensión íntima puede afirmarse en las fotografías de inmigrantes, en el caso de las representaciones del indígena no podemos afirmar a priori que las imágenes que les acercamos -desconocidas por ellos- puedan suponer una respuesta de identificación sensible a las mismas, ni que las reconozcan como parte de su memoria familiar o social. Además, no es objetivo de este trabajo el descubrimiento de categorías culturales, por ello afirmamos que el testimonio oral se acerca a la entrevista de la foto-elicitación desde un sentido más amplio, ya que este recurso es aplicable a aquellas imágenes que en el diálogo entre investigador e informante asumen un sentido para estos últimos -que puede ser de reconocimiento o de amenidad.

¹¹ Las experiencias de recepción con indígenas se realizaron de forma continua entre 2005 y 2011 con los tres grupos étnicos chaqueños, mientras con los inmigrantes se iniciaron en 2008, retomándose en 2011, por lo tanto lo aquí expuesto corresponde a los primeros resultados obtenidos de esta investigación dialógica a partir de las imágenes.

¹² En trabajos previos hemos analizado tanto éstos productores de imágenes fotográficas como otros procedentes del ámbito religioso y hemos abarcado producciones que tienen como referentes a grupos étnicos del Gran Chaco (Giordano y Méndez 2011; Giordano 2006), de agentes del Estado Nacional (Giordano, 2011c), de fotógrafos comerciales y artistas (Giordano y Reyero 2010) y de múltiples emisores (Giordano 2004; 2007; 2011b

recepción, hemos trabajado con entrevistas individuales o colectivas a partir de ese corpus previamente seleccionado y analizado. Estas experiencias de recepción, se realizaron con indígenas de las localidades de Nueva Pompeya y Colonia Aborígen, espacios donde los grupos indígenas fueron sometidos a diferentes procesos de sedentarización, disciplinamiento y cambio cultural¹³. Las instancias de recepción planteadas para la fotografía de inmigrantes se realizaron en las localidades de Las Breñas y Villa Ángela; la primera, asumió el carácter de *Capital provincial del inmigrante* desde 1974, dado que concentró la mayor cantidad de nacionalidades en la provincia del Chaco¹⁴. La segunda, en el sudoeste chaqueño, además de contar con una importante colectividad italiana, también española, húngara, judía, polaca y alemana, se encuentra ligada, por su ubicación, a la colonia indígena El Pastoril y otros asentamientos mocovíes del norte de la Provincia de Santa Fe.

SOBRE LA PRODUCCIÓN DE FOTOGRAFÍAS DE INDÍGENAS E INMIGRANTES EN EL CHACO

La fotografía se introduce en el Chaco a partir del avance progresivo de la frontera norte que el Estado Nacional argentino realiza desde la década de 1870, y que encuentra sus puntos culminantes en las grandes campañas militares de 1884 y 1911-1912. La población indígena sufrió un proceso de sometimiento, sedentarización y fue insertada compulsivamente como mano de obra en el nuevo sistema económico. A la vez, los mecanismos de territorialización y diferenciación aplicados por el Estado Nacional implicaron

y 2012), entre otros. Por su parte, es amplia la bibliografía de contexto histórico-institucional que nos permite referir al rol del Estado en las empresas colonizadoras, como a las relaciones interétnicas que se dieron no solo en lo que fueron los Territorios Nacionales de Chaco y Formosa sino en una dimensión ampliada al Gran Chaco. Algunos de los textos de importancia son: Lagos (2000); Trincherro (2000); Teruel (2005); Gordillo (2006) e Iñigo Carrera (2011).

¹³ Nueva Pompeya fue una Misión Franciscana de Propaganda Fide instalada en 1900 en el Impenetrable chaqueño con indígenas wichis y tobas. Colonia Aborígen es la antigua reducción indígena de Napalpí creada en 1912 con grupos tobas, mocovíes y una pequeña cantidad de vilelas, trasladados al lugar desde las cercanías de Resistencia, capital del entonces Territorio Nacional del Chaco.

¹⁴ Se afirma que son 27 las nacionalidades que desde 1915 comenzaron a ubicarse en las cercanías de lo que en 1914, con la llegada del ferrocarril, se dio en llamar Las Breñas -aunque la oficialización de la creación del poblado data de 1921. En la región había indígenas de la etnia toba (qom) y, a pocos kilómetros en dirección sur y suroeste, grupos mocovíes (moqoit).

la incorporación progresiva de población inmigrante, factor significativo en las relaciones interétnicas (Segato 2007: 71-72) y parte del proyecto de *crisolizar* a la población¹⁵.

Los grupos indígenas que habitaban lo que pasó a denominarse Territorio Nacional del Chaco¹⁶ también fueron capturados por las cámaras de fotógrafos profesionales, que acompañaban las expediciones militares y a los misioneros que se internaron en la región, los viajeros, los agentes estatales, y por fotógrafos comerciales (Giordano, 2004; 2007, 2011a, 2011b, 2011c y 2012). De este corpus existente, en el presente análisis tomaremos las imágenes producidas por fotógrafos comerciales, que circularon en postales, álbumes y otros contextos iconográficos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Contemporáneamente, y en correspondencia con el proyecto nacional de “poblar y colonizar”, comenzaron a ingresar a este territorio inmigrantes, en principio italianos. Posteriormente se incorporaron españoles y, en menor cantidad, franceses y paraguayos; a partir de la década de 1920, además de nuevos grupos de españoles e italianos, se sumaron importantes contingentes procedentes de Europa del este: alemanes, polacos, ucranianos, montenegrinos, serbios, eslovenos, checos, búlgaros y húngaros, entre otros¹⁷. Las primeras imágenes de los grupos de inmigrantes proceden, en contraposición a las de los de indígenas, del propio interés de retratarse y los fotógrafos fueron, por lo general, miembros de alguna de las colectividades. La fotografía actuaba, siguiendo la concepción de la cultura occidental, como depositaria de una

¹⁵ El proyecto del *crisol de razas* surge de los ideales de la Generación del ochenta en la Argentina, perseguía la búsqueda de una identidad cívica nacional sobre poblaciones nativas e inmigrantes a costa de la supresión de las identidades étnicas originarias. Durante la primera mitad del siglo XX se siguió sosteniendo, desde diferentes ámbitos, este afán *crisolizador* como símbolo de la argentinidad y con una fuerte argumentación racial (García Fanlo 2010). A partir de la década del 1960 la pluralidad comenzó a visualizarse como un valor en la conformación social y étnica argentina. En forma contemporánea, en el Chaco se afirmó la representación social del *crisol de razas*.

¹⁶ Desde 1884 se organizó al Chaco como Territorio Nacional, su Provincialización data de 1951. En los primeros años de su condición territorial, coincidente con el *control* estatal sobre la región, se fueron configurando sus límites en relación a las provincias históricas que lo lindaban. Los grupos indígenas que lo habitaban -tobas o qom y mocovíes o moqoit pertenecientes a la familia lingüística guaycurú, junto a matabo o wichi y vilelas- sufrieron no sólo la sedentarización y desplazamiento de regiones que ancestralmente ocupaban sino también la afectación a unos límites geográficos y políticos que los separaban de sus pares, como había ocurrido con la creación de las fronteras a partir de la creación de los Estados Nacionales. Los vínculos de parentesco fueron afectados por esta nueva configuración geo-política.

¹⁷ Sobre el tema de la inmigración al Chaco ver Beck (2001).

historia y una identidad individual, familiar y colectiva, también cumplía el rol de “puente referencial” con los familiares que permanecieron en el Viejo Mundo. Al respecto, Bourdieu señala que “la dispersión geográfica de parientes exige más que nunca la consolidación periódica de los lazos de parentesco; y la fotografía cumple esa función mucho mejor que el simple intercambio de cartas” (2003: 64).

A la par, desde las primeras décadas del siglo XX, fotógrafos radicados en Buenos Aires comenzaron a arribar al Chaco para obtener imágenes de los indígenas, las que comenzaron a comercializarse en formato postal¹⁸, y que alimentaron también la industria editorial de álbumes en torno al Centenario de la emancipación y la independencia argentinas (1910-1916), pasando a integrar el corpus que analizaremos.

De tal forma, podemos advertir claramente dos contextos de producción que hicieron a la construcción de dos universos visuales compactos, sin fisuras¹⁹, y que generaron, a su vez, dos modos de circulación y guarda de las imágenes. Como los indígenas desconocían el medio fotográfico, no solicitaron las mismas y se convirtieron en sujetos pasivos de representación, mientras los inmigrantes fueron los comitentes de las imágenes. Las fotografías de indígenas fueron desconocidas por las propias comunidades, más allá del momento de captura de la imagen, y sus imágenes permanecieron lejos de su espacio vital²⁰. Las imágenes de inmigrantes permanecieron en el ámbito familiar y se constituyeron, en algunos casos, en nexos con los grupos familiares que permanecieron en Europa, integrando los acervos de museos locales o comunitarios que las familias inmigrantes fueron donando a la institución -los cuales no poseen fotos de indígenas. El hecho que los inmigrantes cuenten con las imágenes en sus archivos personales no indica “simplemente un intento de atrapar la referencialidad de algo ‘sucedido’, acuñado como huella en la memoria, sino que es constitutivo de la dinámica misma de la identidad” (Arfuch 2005: 27).

¹⁸ Los misioneros franciscanos también editaron, a través de la Unión Misionera Franciscana, fotografías en formato postal que resultaban de su labor misional, véase Giordano y Méndez (2011).

¹⁹ Ello no implica que al interior de los mismos la heterogeneidad era notable pero en las imágenes se buscaba un ideal homogeneizador. Sobre las relaciones sociales véase Beck (2001).

²⁰ La mayor cantidad de fotografías de indígenas chaqueños se encuentran en colecciones de Buenos Aires y La Plata (Argentina) y en diversos repositorios de Europa y Estados Unidos.

LO OTRO, LO PROPIO, LO DIVERSO. HUELLAS VISUALES DE LA ENUNCIACIÓN

Cuando analizamos las imágenes de los indígenas producidas a fines del siglo XIX y principios del siglo XX por fotógrafos aficionados y comerciales, nos muestran un ejercicio de la mirada del sujeto (fotógrafo) sobre el objeto (fotografiado) desde posiciones hegemónicas y colonizadoras que no podemos dejar de tener en cuenta, aún cuando, como señala Mitchell, no se debe singularizar en la visualidad y en la imagen la tiranía política (2003: 33). Esta colonización se advierte en una relación asimétrica de poder entre unos y otros -sujetos y objetos- y se fundamenta tanto en el hecho de tratarse de un sujeto que posee un instrumento -la cámara-, generalmente desconocido por los sujetos representados, como en que captura al objeto por intereses propios/ personales/ institucionales, sustentados en un modo de representación que procede de su visión singular y subjetiva sobre el *otro-objeto* y en el que este último no aporta ningún elemento.

Entre las marcas significativas, se distinguen: las escenas étnicas construidas desde la mirada primitivista del fotógrafo -desnudez, taparrabos, arco y flecha, toldos como fondo-, que respondían al ideal exotista que se esperaba de los grupos indígenas, considerados *reliquias* vivientes de un mundo en extinción y que correspondían con una idea de *mitificación de lo étnico*: valoro aquello que desconozco. Bhabha (1986) señala la ambivalencia del discurso colonial, porque el *otro* es objeto de desprecio y deseo a la vez, supone la negación e identificación con el *otro*.

Los retratos grupales o individuales no solamente se componían en función de los modos hegemónicos de representación de este género, y por consiguiente, buscaban (re)presentar una *identidad* del objeto representado, sino que en ciertas ocasiones también aludían a las pautas culturales del fotógrafo, proyectándolas al sujeto/objeto como, por ejemplo, cuando se representaba una *familia indígena* compuesta por una pareja y dos o tres hijos²¹. Sea en ambientes naturales como en tomas en estudio, los retratos seguían los parámetros burgueses y las escenografías que se construían en estudio tenían poca relación con los contextos vivenciales de los grupos representados. Podríamos afirmar que estas huellas de la enunciación responden a una creciente *ficcionalización de lo nativo*²², donde el sujeto se transforma en

²¹ Ello supone una consideración occidental de la familia nuclear, mientras los diferentes grupos étnicos chaqueños poseían una noción de familia extendida. Sobre los modos de visualizar la familia indígena chaqueña a través de la fotografía ver Giordano y Méndez (2005).

²² Para el tema de la ficcionalización de lo nativo, véase Alvarado y Mason (2001), Alvarado (2007), Giordano (2011b) entre otros.

actor, y los actos de *vestir* y *desvestir* se convierten en recursos frecuentes en este tipo de toma -según los intereses del fotógrafo. En imágenes difundidas en postales y revistas durante la década de 1930, vinculadas a dichos actos de vestir y desvestir, se avanza hacia una *erotización de los cuerpos*, donde se sintetizan la *mitificación de lo nativo* -el ideario primitivista- y una *ficcionalización* que remiten a poses tomadas de la iconografía occidental, como las Tres Gracias y la Maja, entre otras.

Otro aspecto de esta construcción del objeto visual es su homogeneización, ya que *todos son uno*; la diversidad se sintetiza en *lo indio*, sin interesar la identificación étnica ni la diferenciación intergrupala, porque la visión se sustentaba en principios raciales y en la construcción de *tipos sociales*²³, motivo por el cual no solo la afiliación étnica se negaba sino también el mismo nombre del retratado²⁴.



Imagen 1. Fotografía s/identificar “Indio toba”, c.1900. Archivo General de la Nación, Argentina

²³ Cabe señalar que desde fines del siglo XIX la difusión de imágenes de diversos *tipos sociales* tuvo una impronta homogeneizante, sea por filiación *racial* o por el oficio representado las imágenes postales referían a “indios”, “gauchos”, “Cigarrero”, “Organillero”, etc., o simplemente a “tipos populares”.

²⁴ Es verdad que esta huella vincula las imágenes con su descripción y, en relación a ella, con su circulación: el anonimato del retratado ha hecho que una misma imagen presentada en diversos contextos iconográficos fuera adjudicada a lo largo de su “vida” a diversos grupos étnicos (Alvarado y Giordano 2007).



Imagen 2. Gino de Passera (atribuida) “S/t”, 1935. Colección Müller

Si nos dirigimos al otro gran conjunto de imágenes, el que existe sobre los inmigrantes, indagamos en las huellas de enunciación en el primer corpus construido por los inmigrantes italianos que arribaron al Chaco²⁵ -contemporáneas de aquellas producidas por los fotógrafos comerciales sobre el indígena- y en colecciones privadas de inmigrantes arribados en el período de entreguerras -que conservan ellos mismos o sus descendientes.

Las imágenes de italianos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX demuestran con claridad su afán progresista y la necesidad de visualizarlo para el futuro y para sus familiares en Europa (Giordano y Méndez 2005; Reyero y Sudar Klappenbach 2010). En el caso de los inmigrantes arribados en el período de entreguerras, tanto las imágenes sueltas como las que se encuentran en álbumes, tienen su punto de partida en fotos obtenidas en Europa. En su mayoría son retratos de estudio, también hay retratos de familiares que participaron en la Primera Guerra mundial -algunos obtenidos en estudios, otros en las barricadas del campo de batalla.

En este sentido, dos álbumes interesantes son los pertenecientes a Slava Drganc de Pasic, de descendencia eslovena y nacida en el Chaco a los tres años de arribados sus padres a la zona de Las Breñas. Los artefactos visuales que conserva Slava, iniciados por su madre, no siguen una lógica lineal en el

²⁵ Estas fotos fueron obtenidas por un fotógrafo aficionado que integró el primer grupo de inmigrantes arribado al Chaco: el italiano Juan Bautista Simoni. Las imágenes en papel fueron donadas por diversas familias al primer Museo Escolar de la ciudad de Resistencia, el Museo Ichoalay -aspecto que pone de manifiesto el interés de presentarse como los *fundadores* de la historia chaqueña-, donde se conservan como *Fotografías de Inmigrantes* y los negativos de vidrio de su colección fueron entregados por su familia al NEDIM (IIGHI-CONICET/ UNNE) para su conservación y uso en estudios científicos.

relato: aunque al principio de ambos se encuentran imágenes pertenecientes a Europa, durante el recorrido de los mismos reaparecen imágenes de la Guerra europea que se intercalan con retratos o escenas sociales obtenidas en el Chaco, después de varios años de arribados al mismo. Luego hay fotos de su hermano en el ejército argentino, las que se presentan conjuntamente con otras recibidas de familiares o amigas de su madre, residentes en Eslovenia, más adelante nos encontrarnos con la primera casa que tuvieron sus padres en el campo²⁶. En estos álbumes es importante, por un lado, la pluralidad de registros, de miradas y de marcas culturales e identitarias, pero también la organización de las mismas en relatos fragmentarios que Slava reconstruirá oralmente.



Imagen 3. Página de uno de los álbumes de Slava Drgnac

²⁶ Las imágenes no están siempre dispuestas en una misma dirección de lectura, también se advierten muchas fotos despegadas del álbum.

En relación a aquellas fotografías obtenidas en el Chaco podemos plantear ciertos géneros que se comparten con el indígena, en particular el retrato individual y grupal. Tanto los retratos de indígenas como de inmigrantes se sustentan en las convenciones formales del retrato burgués, pero en las imágenes de los inmigrantes se observa una intención de acudir al fotógrafo para su obtención. El mismo cumplía diferentes funciones: en primer lugar, la perpetuación del representado, rasgo característico del retrato burgués, erigiéndose en vehículo de memoria; en segundo lugar, la constatación de cierto *estatus social* alcanzado en el Nuevo Mundo -recordemos que muchas de estas imágenes eran enviadas a los familiares que permanecieron en Europa. Aún cuando los relatos orales y los escritos de estos inmigrantes se refieran a la pobreza en que debieron desenvolverse en un ámbito inhóspito, los retratos constituyeron verdaderas *fictionalizaciones* de la vida en el Nuevo Mundo, donde posaban con las mejores vestimentas y se improvisaba un mobiliario o un fondo neutro. En tercer lugar, el retrato grupal se orientó a la representación de la familia extendida, que se extiende a la colectividad, donde es posible advertir la cohesión grupal como las relaciones de parentesco que se produjeron en estos ámbitos.

Un elemento claramente distintivo en los retratos grupales, y en fotografías que aludían al trabajo del inmigrante en el Chaco, es la contextualización de los mismos en el ambiente natural o construido. El ambiente natural se mostraba como “domesticado” -lo que podríamos atribuir a un interés por demostrar que ese Chaco ya no es “impenetrable”-, y aún las precarias construcciones que se advierten, son claramente atribuibles al ideal de progreso que pretendían demostrar(se) estos grupos. Podemos afirmar que *se veían* como los iniciadores del *progreso* del Chaco y, en tal sentido, buscaban dejar ciertas huellas visuales de tal apreciación.

El sostenimiento de las tradiciones fue un tema prioritario en las representaciones fotográficas de las décadas de 1930 y 1940; las imágenes reflejan el afán por la permanencia de ciertas pautas culturales, los conjuntos de danza, de teatro y los coros, permitieron no solo la práctica de ciertas actividades que algunos de ellos realizaban en Europa sino la persistencia de la lengua nativa, la escenificación de los contextos de origen en las obras de danza y de teatro, y la construcción de fronteras interétnicas. Las imágenes de la banda alemana, el ballet y el coro ucraniano, el elenco búlgaro-macedónico, los gaiteros gallegos²⁷ en Las Breñas, entre otros, coexistían en un mismo espacio.

²⁷ Los gaiteros procedían de Buenos Aires o Rosario, su presencia fue promovida desde la década de 1940 por la colectividad española de Las Breñas, su presencia constituyó un hito sociocultural de envergadura en esa comunidad, por varias décadas.

Las distintas actividades agrícolas pero también escenas de conmemoraciones familiares, fiestas patrias -referidas a su lugar de origen-, construcciones comunales -algunas incluso donde aparece la bandera con la cruz esvástica en la Escuela alemana de Las Breñas-, o composiciones donde se preparaban para acudir a una *huelga algodonera de 1936* -imagen que presenta un manejo excepcional de la técnica fotográfica realizada por el fotógrafo búlgaro Asen Georgeff-, van construyendo un modelo de relato lineal-progresista de su vida en el Chaco y también de su actitud y protagonismo en sucesos centrales de la vida económica y política chaqueña²⁸. Tanto en las colecciones donde las fotografías se conservan sueltas, como en aquellas donde el álbum ha estructurado el relato, es posible advertir este interés implícito de mostrar el trabajo como símbolo del progreso, las construcciones como la materialidad del mismo y la organización cooperativa o la lucha gremial como sustento de sus aspiraciones.



Imagen 4. Asen Georgeff. *Búlgaros que se dirigen a la huelga campesina de 1936.* Colección Omar Zenoff

²⁸ Los movimientos campesinos, o huelgas algodoneras, se produjeron en 1934 y 1936; Las Breñas tuvo un rol protagónico en los sucesos de 1936, porque en esa localidad funcionaba la sede de la Junta Territorial que dirigía el movimiento, y porque allí se manifestó un alto grado de activismo y protagonismo de mayorías anónimas rurales (Herrera 2009).

En todas ellas, la vestimenta de los sujetos representados es sumamente significativa; en la imagen teatralizada de un grupo de búlgaros prontos a dirigirse a la huelga campesina de 1936, hombres, mujeres y niños posan ante la cámara con atuendos que no los vincula al trabajo agrícola, excepto por el contexto y el carro en que algunos de los protagonistas se ubican.

La utilización de la imagen como herramienta de memoria, la ficcionalización de una vida burguesa en el medio de un ámbito campesino, la visualización de pautas y prácticas culturales, el ideal de *progreso* que la imagen buscaba vehiculizar, son algunas de las huellas de enunciación de las imágenes producidas por los inmigrantes. La narrativa en álbumes constituye un caso significativo en tanto construye un modelo de relato visual que nos puede parecer fragmentario, disperso, desorganizado, pero que la oralidad, como veremos más adelante, le atribuye una linealidad propia del relato histórico occidental.

Otro elemento a resaltar, se refiere a que las huellas de la enunciación en las fotografías de inmigrantes es la distinción interétnica; las imágenes buscan la diferenciación dentro del universo migratorio, para asumir y reforzar las particularidades étnicas rompiendo con el universo compacto de *inmigrantes* para aludir, desde estas representaciones, a *lo nacional* de cada una de las nacionalidades constituidas en colectividades.

EXPERIENCIAS DEL “VER”: CONSTRUCCIÓN ORAL DE UNA NARRATIVA VISUAL

La experiencia del *ver* supone no sólo la recepción sino el diálogo *con* las imágenes, donde la oralidad se hace presente a través del testimonio de los entrevistados con imágenes. La lectura sobre el corpus por parte de los entrevistados es retomada en este estudio, a partir de las huellas de enunciación identificadas en nuestro análisis de lo intrafotográfico.

En el caso de las imágenes de indígenas, donde nosotros hablábamos de *ficcionalización*, los receptores indígenas asumieron que lo representado “fue así”. Asumían actitudes de cercanía o ajenidad respecto de los retratos realizados por fotógrafos a principios del siglo XX en función de ciertos rasgos fisonómicos, afirmando: “pueden ser de por acá, no sé” o “fijate la frente ancha, no son de acá, son más del norte, de la zona de Formosa”, y marcando también, a partir de la vestimenta y adornos, las diferenciaciones étnicas que los epígrafes de las imágenes habían generalizado. Por ello, aunque aceptaron que “eso fue”, marcaron las diferencias interétnicas que las descripciones de las imágenes en su circulación habían ocultado.

Las fotos que les presentamos no les permitieron reconstruir historias

personales, ni siquiera comunitarias -como sí ocurrió con las obtenidas en 1924 por Lehmann Nitsche en Napalpí-Colonia Aborigen (Giordano 2011a). Las lecturas fueron fragmentarias, como las imágenes, pero hallaron huellas en la enunciación que hacían a elementos etnográficos que nuestras miradas no habían reconocido: Argentina, una artesana wichi, pasó varios minutos observando una postal de principios de siglo XX donde posaban dos mujeres con torso desnudo y ‘vestidas’ con un chiripá tejido desde la cintura²⁹. Luego, nos solicitó esa imagen “porque yo tejo, y no conocía ese diseño, por eso me interesa”³⁰. A Argentina no le originó una reflexión la desnudez de las mujeres retratadas sino que le otorgó un valor al diseño textil, diferente al que el espectador de principios de siglo podía ver pero también distinto a nuestro propio análisis e interés en esa imagen.



Imagen 5. Imagen publicada en un artículo de Arnott (1935: 301), identificada como *Dos muchachas tobas*, John Arnott. “Indias matakos”, c. 1935. Colección Müller



Imagen 6. Argentina, artesana wichi en una “experiencia del ver”

²⁹ Esta imagen, además del formato postal, fue publicada por John Arnott (1935).

³⁰ Entrevista a Argentina, Nueva Pompeya 5/8/2007.

Las respuestas, en general, tendían a desacralizar un mundo idealizado en cuanto a los artefactos y viviendas que veían “antes” y las que tenían “ahora”, desconociendo en algunos casos el desnudo como una práctica cultural de su pueblo y remitiendo esa marca a otras etnias o al “pasado”: desnudez, arco y flecha, faldellín, arte plumario, vasijas, cestería y textiles se observaban en la distancia, como si fuera de “otros”.

En la mayoría de los casos, la imagen era valorada desde una actitud nostálgica, en tanto consideraban esa vida pasada que el referente aludía como una etapa mejor de la vida comunitaria: “ahí [en la foto] se ve que la gente está bien [...] que todos tenían qué comer”³¹.

En los receptores inmigrantes, cada imagen, o el conjunto que conservaban, se convertía en disparador de largos relatos de historias de vida, de historias comunitarias y de historias del Chaco. Slava reconstruyó su historia familiar desde la partida de sus padres de Eslovenia a partir de las imágenes de los álbumes que conservaba, en las que no encontrábamos un hilo conductor.

Carmen, aragonesa que cumplía 100 años el día de nuestra última entrevista, a partir de fotos sueltas también reconstruía su historia de vida, donde el dolor, el desarraigo y la pobreza, que tanto ella como la mayoría de los inmigrantes enunciaban, se contrastaba en muchos casos con los retratos burgueses que conservaban. La teatralización que habíamos señalado en estos casos, no era abiertamente reconocida por los receptores, aunque Carmen, al relatar su historia familiar, dio la clave de tal puesta en escena de un retrato con su padre y dos hermanas:

[...] mi padre había venido a la Argentina con mi hermana y nos dejó a 6 hijos en España, y no volvió. Mis dos hermanas y yo vinimos a buscarlo, trabajamos varios años en Buenos Aires como empleadas domésticas [...] lo encontramos en el Chaco [...] cuando lo vimos parecía un pordiosero [...] lo llevamos, lo bañamos, le compramos ropa, y le sacamos una foto para mandarle a mamá [...]Y lo mandamos a España a buscar al resto de la familia³².

Las imágenes de las bandas musicales, grupos teatrales, etc., no sólo fueron leídas por los inmigrantes como la persistencia de pautas culturales propias en tierras tan lejanas sino también como el inicio de un Chaco progresista. Con respecto a una foto de su padre en una banda musical en Eslovenia, Slava decía: “esto acá no había cuando vinimos, si esto [el Chaco] era un desierto [señalando las fotos]. El Chaco se empezó a hacer aquí. El Chaco no era

³¹ Entrevista a Juan Raúl Alejo, Nueva Pompeya 5/8/2007.

³² Entrevista a Carmen Irriguible de Lobera, Villa Ángela 25/7/2008.

nada: montes y caminitos de caballo [...] Pero se podía trabajar”³³. Mientras la ucraniana Nadia, que arribó en 1927 con tres años a la Argentina, expresaba: “desde muy joven yo participé en el teatro. Mi esposo también, estaba entre los sableros ucranianos [...] Cuando hacíamos las funciones venían muchos argentinos y nos aplaudían”³⁴.



Imagen 7. Fotógrafo s/identificar. “Valentín Irriguible y sus hijas”, 1933. Col. Carmen Irriguible

³³ Entrevista a Slava Drganc de Pasic, Las Breñas 4/7/2011.

³⁴ Entrevista a Nadia Korovaichuk de Sasowski, 4/7/2011.



Imagen 8. Américo Agoston. “Grupo de teatro ucraniano”, 1936. Colección Nadia K. de Sasowski

El factor progresista que sentían haber impuesto al Chaco era también enfatizado al mostrar las imágenes de viviendas precarias en los primeros años de su estancia, y luego las construcciones de mayor envergadura cuando se trasladaron del campo al pueblo. Este elemento progresista también era entendido desde su rol activo en las luchas agrarias -aún cuando la imagen que mencionamos sobre una familia preparándose a asistir a una huelga obrera no muestra referentes conflictivos. Un descendiente de la familia búlgara que se encuentra en la imagen señalaba: “toda esta gente trabajó mucho, luchó mucho [...] Mirá en la foto, papá ya tenía una bicicleta, ¡vos sabés lo que es tener una bici en esa época!”³⁵.

La invisibilidad del indígena que se advertía en las fotografías de las tres mujeres inmigrantes entrevistadas -como en las otras colecciones a las

³⁵ Entrevista a Omar Zenoff, Las Breñas 4/7/2011. Zenoff es periodista y ha escrito varios libros sobre la historia de Las Breñas (1994), centrados en el rol de las comunidades de inmigrantes en la conformación de esta sociedad.

que accedimos-, se repetía en algunos casos en la oralidad; tanto Slava como Nadia dijeron “no haber visto nunca un indio”, lo que parecía extraño en una región donde había población indígena en la zona rural, más aún cuando ellas vivieron en la colonia agrícola³⁶. En cambio, Carmen, quien se dedicó a la actividad ganadera en la zona del Chaco santafesino, señaló: “con los indios no teníamos problemas. Venían siempre a comprar cosas al boliche³⁷, o a intercambiar algunas cosas”³⁸.

En las experiencias de recepción por parte de indígenas en las que se les mostró imágenes de inmigrantes hubo, por lo general, una clara definición de la diferencia que no se manifestó como conflictiva. Nicanor, de la etnia toba (qom) de Colonia Aborigen, nos decía respecto del inmigrante: “como en todos lados, hay gente buena y gente mala [...] Esa gente vino a trabajar, no para otra cosa”³⁹. Mientras Hipólito, de la misma etnia y poblador del área rural de Colonia, rodeado de sus nietos expresaba: “y qué te puedo decir de los inmigrantes [...] si mi hija se casó con un gringo⁴⁰. Mirá aquel [señalando a uno de los niños], el coloradito, ése es el hijo de mi hija con el gringo. Pero habla toba”⁴¹.

CONCLUSIONES

Las producciones fotográficas de indígenas e inmigrantes en el Chaco deben entenderse en el campo de su producción, ya que siguiendo a Moxey, “es necesario atribuir un valor existencial a los artefactos visuales, lo cual implica que poseen un status cargado de significado, algo anterior al encuentro con el espectador” (2009: 21). La existencia de ciertas invariantes visuales respecto de otros grupos de inmigrantes ubicados en la Argentina (James y Lobato 2003) guarda, en este caso, la peculiaridad de insertarse en un ámbito geográfico y étnico donde residía una importante población indígena. Así como a principios de siglo XX los fotógrafos procedentes de Buenos Aires encontraron en el indígena un sujeto/objeto comercializable por las marcas

³⁶ Cuando les consultamos sobre la mano de obra que utilizaban para las labores agrícolas, ambas coincidieron en que eran santiagueños que venían en tren -se referían a personas procedentes de la vecina Provincia de Santiago del Estero, Argentina.

³⁷ Con este concepto se hace alusión a los pequeños almacenes de campo.

³⁸ Entrevista a Carmen Irriguible de Lobera., Villa Ángela, 25/7/2008. Se estaba refiriendo a la época en que vivió en forma permanente en la región de La Viruela, entre 1935 y 1941, y luego se estableció en Villa Ángela, al sudoeste de la Provincia del Chaco.

³⁹ Entrevista a Nicanor Fernández, Colonia Aborigen 13/4/2011.

⁴⁰ En el Chaco al inmigrante se lo denomina de forma genérica como *gringo*.

⁴¹ Entrevista a Hipólito César, Colonia Aborigen, lote 38, 11/5/2007.

de exotismo que el imaginario social esperaba del mismo, y por ello *fictionalizaron* su contexto mientras invisibilizaron en esta producción al inmigrante, en el caso de las fotografías obtenidas por los mismos inmigrantes, el indígena no fue de interés en su representación, y su invisibilidad se manifiesta incluso en imágenes vinculadas al trabajo agrícola⁴² cuando sabemos de su utilización en tal sentido.

Los actos de recepción de las fotografías permiten lecturas complementarias y, en oportunidades, contrastantes de los imaginarios históricos y de las lecturas académicas, dado que resignifican las huellas de la enunciación a partir de las relaciones sociales y de la interacción que se dio en un campo común de comunicación entre los grupos étnicos involucrados. Las percepciones de semejanzas y diferencias se vuelven condiciones necesarias para la interacción, para el establecimiento de identidades y alteridades, que se dieron en la construcción visual del campo socio-étnico chaqueño.

Al analizar las huellas de enunciación en el corpus analizado -fotos de indígenas difundidas en el comercio postal y editorial, y de inmigrantes conservadas en archivos institucionales o dentro del ámbito familiar de los descendientes- no se advierten construcciones visuales que denoten el *contacto* ni el *conflicto* entre indígenas e inmigrantes. Aún cuando las imágenes de inmigrantes sostienen una distinción entre las colectividades, la demarcación de los límites étnicos surge como una vía de construcción enunciativa de un “nosotros” global que simbolizaba el “futuro del Chaco”. Pero ello sólo puede deducirse al contrastar estos corpus con el de indígenas, a partir de ciertas lógicas de enunciar la diferencia, entre ellas, indígenas sin nombre o con inscripciones generalizadoras vs. individualización del inmigrante. Así, las relaciones intra e interétnicas se muestran reveladoras en la instancia de recepción de las imágenes y permiten acercarnos a la transmisión de memorias entre generaciones, ancladas en las historias y situaciones que generaron esas capturas fotográficas.

Por su parte, y en el marco de una idea racial de las relaciones interétnicas, el concepto de *crisol de razas* con que socialmente se alude al Chaco, remite a su vez a la *mezcla*, la idea de *fundir en uno la variedad*, aspectos que no se advierten en estos fragmentos visuales que modelizan un tiempo, un contexto y los sujetos que participan como referentes visuales⁴³. Tampoco

⁴² Existen escasos ejemplos de inmigrantes que obtuvieron fotografías de indígenas en esta época; tal el caso de las imágenes logradas por empleados franceses del ingenio azucarero de Las Palmas y las obtenidas por Jacobo Garber, de la colectividad judía de Villa Ángela, sobre indígenas de El Pastoral a mediados de la década de 1940.

⁴³ Beck (2001) analiza, en el caso de los inmigrantes, la fuerte endogamia existente. En

surgen en las memorias que la (re)construcción del diálogo, a partir de las imágenes, permite hilvanar o (de)construir de aquellos fragmentos. Así, este análisis permite contrastar otra representación social que, insistentemente, se ha instalado en el Chaco a partir de la década de 1970 y que tiene una actualidad en los discursos político-culturales locales, la del *crisol*⁴⁴. Ello deja abierta una línea de análisis vinculada a este ideario crisolizador a lo largo de todo el siglo XX.

Fecha de recepción: 26 de abril de 2012

Fecha de aceptación: 24 de octubre de 2012

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado, Margarita

2007. Vestidura, investidura y despojo del nativo fueguino. Dispositivos y procedimientos visuales en la fotografía de Tierra del Fuego (1880-1930). En Alvarado, M. *et al.*; *Fueguinos. Fotografías Siglos XIX y XX: Imágenes e imaginarios del fin del mundo*: 21-36. Santiago, Pehuén.

Alvarado, Margarita y Mariana Giordano

2007. Imágenes de indígenas con pasaporte abierto: del Gran Chaco a la Tierra del Fuego. *Magallania* 35 (2): 15-36.

Alvarado, Margarita y Peter Mason

2001. La desfiguración del otro. Sobre una estética y una técnica de producción del retrato 'etnográfico'. *Aisthesis* 34: 243-287.

Arnott, John

1935. La vida amorosa conyugal de los indios del Chaco. *Revista Geográfica Americana* 26: 293-303.

las representaciones fotográficas sólo hemos hallado una imagen de un matrimonio toba-francés (Giordano y Méndez 2005).

⁴⁴ Cuando en el ámbito nacional este concepto comienza a ser abandonado se retoma en el ámbito local con más fuerza, en particular a partir de la adopción del poema *Razachaco* del poeta local Adolfo Cristaldo (1973), el cual es tomado como símbolo de una fusión que nunca existió: "Nos caminan en la sangre cantares tobas, designios gringos, soñar mataco/ en crisoles razachaco fúndense los eslavos, los guaraníes, tobas, furlanos/ Razachaco: pueblo lapacho, fibra algarrobo, temple quebracho...".

Arfuch, Leonor

2005. *Identidades, sujetos, subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo.

Bhabha, Homi

1986. The Other Question: Discrimination and the Discourse of Colonialism. En Baker F. (ed.); *Literature, Politics, and Theory: Papers for the Essex Conference, 1976-1984*: 148-172. Londres, Methuen.

Bari, María Cristina

2002. La cuestión étnica: Aproximaciones a los conceptos de grupo étnico, identidad étnica, etnicidad y relaciones interétnicas. *Cuadernos de Antropología Social* 16: 149-163.

Beck, Hugo

2001. *Inmigrantes europeos en el Chaco*. Cuadernos de Geohistoria Regional 39. Resistencia, IIGHI-CONICET.

Briones, Claudia

1998. (Meta)cultura del estado-nación y estado de la (meta)cultura: Repensando las identidades indígenas y antropológicas en tiempos de post-estatalidad. *Serie Antropología* 244.

Belting, Hans

2007. *Antropología de la imagen*. Buenos Aires, Katz Editores.

Bourdieu, Pierre

2003. *Un arte medio. Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona, Gustavo Gili.

Cristaldo, Adolfo

1973. *Razachaco*. Resistencia, Ediciones Cultural Nordeste.

Da Silva Catela, Ludmila, Mariana Giordano y Mariana Jelin

2010. *Fotografía e identidad. Captura por la cámara, devolución por la memoria*. Buenos Aires, Nueva Trilce.

Didi-Hubermann, George

2006. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.

Dubois, Philippe

1986. *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona, Paidós.

García Fanlo, Luis

2010. Crisol de razas y argentinidad en el discurso de Carlos O. Bunge. *VIII Jornada internacional Argentina-Canadá*. ECON. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Giordano, Mariana

2004. *Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño*. La Plata, Al Margen.

2006. Indígenas y fotografía anglicana. Una mirada al grupo lengua de Markthalawaiya. *Suplemento Antropológico* XLI (1): 173-184.

2007. Falsas imágenes, falsas memorias en la fotografía etnográfica. *IV Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte - XII Jornadas de CAIA*. Buenos Aires, CAIA.

2011a. (Re)significando imágenes. Recepción de fotografía etnográfica de la comunidad de Colonia Aborigen- Napalpí (Chaco). En Giordano, M. y A. Reyero (comps.); *Identidades en foco. Fotografía e investigación social*: 129-148 Resistencia, FADyCC - IIGHI.

2011b. La fotografía etnográfica del Chaco como acto de (des)sacralización. En Baldassarre, M. y S. Dolinko (eds.); *Travesías de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina 1*: 499-526. Buenos Aires, CAIA-UDUNTREF.

2011c. Someter por las armas, vigilar por la cámara. Estado y visualidad en el Chaco indígena. *Revista Sociedade e Cultura* 14 (2): 383-400.

2012. *Indígenas en la Argentina. Fotografías 1860-1970*. Buenos Aires, El Artenauta.

Giordano, Mariana y Mariana Méndez

2005. Cristales de la memoria. Imaginario étnico en la fotografía familiar chaqueña. *IV Jornadas Imagen, Cultura y Tecnología*: 135-152. Madrid, Universidad Carlos III.

2011. La mirada de frailes y fotógrafos a las misiones franciscanas de Chaco y Formosa. Aportes a la historia de la fotografía en el Norte Argentino a principios de siglo. *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Chaco* 5: 151-170.

Gordillo, Gastón

2006. *En el Gran Chaco. Antropologías e Historias*. Buenos Aires, Prometeo.

Harper, Douglas

1988. Visual Sociology: expanding sociological vision. *The American Sociologist* 19 (1): 54-70.

2002. Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies* 17 (1): 13-26.

Herrera, Julián

2009. *Huelga, balas y piquetes*. Resistencia, Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chaco - Librería de La Paz.

Iñigo Carrera, Nicolás

2011. *Génesis, formación y crisis del capitalismo en el Chaco, 1870-1970*. Salta, Universidad Nacional de Salta.

James, Daniel y Mirta Lobato

2003. Fotos familiares, narraciones orales y formación de identidades: los ucranianos de Berisso. *Entrepasados* 24/25: 151-175.

Lagos, Marcelo

2000. *La cuestión indígena en el Estado y la sociedad nacional. El Gran Chaco 1870-1920*. Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

Mason, Peter

2001. *The lives of images*. London, Reaktion Books Ltd.

Mitchell, William

2003. Mostrando el ver. Una crítica de la cultura visual. *Estudios Visuales* 1: 17-40.

Moxey, Keith

2009. Los estudios visuales y el giro icónico. *Estudios Visuales* 6: 8-27.

Poole, Deborah

1997. *Vision, race and modernity: a visual economy of the Andean image world*. Princeton, Princeton University Press.

Quijano, Anibal

2004. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Pajuelo, R. y P. Sandoval. (eds.); *Globalización y diversidad cultural. Una mirada desde América Latina*: 228-281. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Reyero, Alejandra y Luciana Sudar Klappenbach

2010. Memorias de la inmigración. Historias de vida de los inmigrantes chaqueños a través de sus fotografías. *Quinto Sol* 14: 73-99.

Ringuelet, Roberto

1986. *Procesos de Contacto Interétnico*. La Plata, Universidad Nacional de la Plata.

Segato, Rita

2007. *La Nación y sus otros*. Buenos Aires, Prometeo.

Teruel, Ana

2005. *Misiones, economía y sociedad en la frontera chaqueña del Noroeste argentino*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

Trincherero, Hugo

2000. *Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la Nación. El Chaco Central*. Buenos Aires, Eudeba.

Zenoff, Omar

1994. *Memoria de Las Breñas y su gente. Desde los orígenes hasta 1939*. Resistencia, Meana y Meana. (Tomo I).

RESEÑAS

Urbina Carrasco, María Ximena (2009). *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso/ Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. 354 páginas.

En objetivo del libro es describir pormenorizadamente una región que ha sido marginada por la historiografía chilena, tema sobre el cual Urbina Carrasco ha realizado su tesis doctoral. Se trata específicamente del área entre el río Toltén y el canal del Chacao que separa el continente de la isla grande de Chiloé, la cual estaba habitada por diversas parcialidades indígenas, entre las que se destaca la huilliche grupo que se diferenciaba -como bien marca la autora- de los mapuches que predominaban en la frontera del Bío Bío. Esta área ha quedado opacada por la atención puesta sobre la mejor conocida zona de la Araucanía o frontera “de arriba”, como era nombrada en los documentos de la época por encontrarse distante al sur del centro del reino -es decir, “subiendo” en latitud.

El marco cronológico abarca los siglos XVII y XVIII, espacio temporal dentro del cual se distinguen diferentes períodos en función del carácter que predomina en las interacciones entre españoles e indígenas. Esta esquematización en períodos no es tomada en forma ligera, surge en realidad como una conclusión de la investigación planteada. Así, aunque la autora distingue entre períodos en los que predominaron las relaciones más “pacíficas” de otros con tendencia al enfrentamiento directo, en ningún momento deja de señalar que la frontera implicó un abanico de relaciones que no se agotaban en la maloca o la misión religiosa. El estudio de las instituciones a través de las cuales se lleva adelante la entrada y ocupación del territorio fronterizo -las más conocidas son las misiones y el ejército- es complementado con el del papel desplegado por personajes propios y específicos que actuaban en la frontera; el rol de estos “intermediarios” -como capitanes de amigos y comisarios de naciones- resulta de vital importancia para el análisis estas áreas.

El libro muestra cómo fueron evolucionando las relaciones entre españoles e indígenas en esta zona entre Valdivia y Chiloé y la manera que encontra-

ron los primeros para ocupar, recuperar y vertebrar el espacio. Comienza por la conocida rebelión mapuche-huilliche que destruyó las ciudades del sur del reino entre 1598 y 1604 y recorre unos 200 años dando cuenta de la historia de las interacciones -y de las facetas por las que atravesaron. En ocasiones iban del enfrentamiento directo al aislamiento de los asentamientos hispanos sobrevivientes; y luego de la negociación, los intercambios pacíficos, a la violencia nuevamente. La autora destaca la idea de este espacio fronterizo como “territorio apropiable” en el período que estudia. El relato termina con la vertebración del espacio a partir de la “pacificación” de los indígenas, y la dificultad que presenta la construcción de un camino entre dichos poblados y la repoblación de Osorno.

En cuanto a las fuentes empleadas, Urbina Carrasco apela a un amplio acervo documental el cual incluye tanto papeles provenientes de archivos españoles y chilenos como documentos impresos -de jesuitas y viajeros. El resultado de esta investigación es un trabajo profundo y complejo, sólidamente apoyado en fuentes primarias de diversa índole, que logra dar cuenta de los cambios y permanencias en las relaciones interétnicas, tanto entre indígenas como entre éstos y los hispano-criollos y que además refleja las pujas y diferencias al interior de este segundo grupo.

La consideración que reciben algunas temáticas que suelen pasar desapercibidas en los estudios historiográficos es algo que deseamos destacar. Al respecto, ciertos tópicos que generalmente son analizados de manera aislada o marginal son retomados aquí con un interés y profundidad enriquecedores, no como complementarios del tema central de la obra. Uno es la famosa búsqueda de la “ciudad de los Césares” realizada por los españoles, pues aún cuando para algunos parezca un asunto meramente mítico cobra relevancia dado que resulta un importante incentivo para las exploraciones que llevaron a un mayor conocimiento geográfico de la región. Otro es el tratamiento que recibe el área de Nahuelhuapi, tema al que Urbina Carrasco le dedica un capítulo entero. La mencionada área -actualmente en territorio argentino- tenía valor estratégico para la jurisdicción colonial de la Capitanía de Chile, motivo por el cual se enviaban incursiones armadas y misiones. En consecuencia, se trata de un aporte relevante de la autora a los estudios fronterizos de áreas que han quedado relegadas. Además, la fragmentación en torno a las delimitaciones territoriales actuales presente en los trabajos académicos ha llevado a que áreas en la cordillera de los Andes como ésta sean marginales, tanto para Chile como para Argentina.

En conclusión la autora aborda la problemática con la profundidad y la complejidad que se merece; el resultado es un trabajo que no se limita al análisis de un área poco estudiada sino que adquiere sentido en el contexto fronterizo del Chile colonial de los siglos XVII y XVIII. Además, es un aporte

valioso no solo para el área circunscripta de su investigación sino porque contribuye a una mayor integración regional en el conocimiento de la frontera mapuche, e incluso en el área allende la Cordillera.

GABRIELA LANDINI*

* Investigadora estudiante, UBACYT F215. Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: gaby_landini@hotmail.com

Lucaioli, Carina. 2011. *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología. 351 páginas.

Este libro, producto de una investigación realizada para una tesis doctoral se inscribe en el campo de los estudios de frontera -dentro de la antropología histórica. Su autora explora las diversas modalidades de relación interétnica de las que participaron los grupos abipones a lo largo del siglo XVIII, particularmente en el contexto de las reducciones de indios fundadas por los jesuitas en el Chaco austral. A partir de la exhaustiva lectura de un extenso corpus documental -que incluye relatos de viajeros y agentes militares, actas de cabildos, cartas anuas jesuitas y correspondencia entre diversos funcionarios, entre otros- Lucaioli se sumerge en la realidad cotidiana del espacio fronterizo chaqueño adoptando una perspectiva micro y dinámica que, a modo de una *etnografía histórica*, pone el foco en las trayectorias particulares e históricamente situadas de determinados personajes concretos y así puede delinear las singularidades de los procesos de interacción colonial.

La autora comienza reconociendo que las múltiples relaciones entabladas con el exterior -de las cuales las establecidas con la sociedad colonial son sólo una forma- constituyen un elemento estructural de la reproducción interna de la sociedad abipona. Retoma principalmente los trabajos de Marta Bechis, Guillaume Boccara y Lidia Nacuzzi acerca de los grupos indígenas cazadores-recolectores de la región pampeano-patagónica -frontera sur del imperio colonial español-, como también los de autores clásicos de la antropología y la sociología y los estudios sobre los indígenas chaqueños, para identificar y reconstruir las estrategias originales de interacción social, económica y política que abipones e hispanocriollos desplegaron en los espacios fronterizos del Chaco, particularmente durante el período reduccional.

El primer capítulo, “Los abipones en el Chaco austral: representaciones, recursos y usos del espacio”, es una presentación del espacio chaqueño y de los grupos abipones que introduce al lector en la especificidad de un mundo colonial altamente heterogéneo, donde numerosos actores y sectores sociales -indígenas, funcionarios civiles, militares y eclesiásticos, estancieros hispanocriollos, etc.- desarrollaron diversos imaginarios, formas

de interacción y usos del espacio en función de sus intereses particulares. La autora afirma que una de las principales estrategias de resistencia desplegadas por los abipones a fin de conservar su autonomía frente al avance colonial fue el uso racional de la ventaja adaptativa que implicaba su conocimiento del medio chaqueño, así como la práctica del nomadismo.

En el capítulo 2, “Las reducciones jesuitas de abipones: estrategias, interacción e intercambios”, Lucaioli recorre exhaustivamente las trayectorias de fundación de las cuatro reducciones jesuitas de indios abipones, las cuales involucraron diversas relaciones e intereses, tales como lazos de amistad- enemistad y voluntad de venganza entre diversos actores, búsqueda de refugio o caciques interesados en obtener determinados bienes de prestigio. La autora entiende a las reducciones como versátiles sitios de interacción entre indígenas y sectores hispanocriollos, espacios fronterizos a partir de los cuales cada grupo elaboró sus propias estrategias. En este contexto, la *reducción* de determinados grupos abipones no implicó una *derrota* en la guerra colonial sino que fue una estrategia, entre otras, orientada a la producción y reproducción activa de su autonomía. “Pactar las paces” con una ciudad no fue en ningún momento irreversible -ya que la población de las reducciones fue altamente oscilante- tampoco implicó la renuncia a dinámicas sociopolíticas propias de los abipones, como el nomadismo y el ciclo de movilidad estacional, la organización segmental, y la fluctuación de las adscripciones a un determinado cacique. Es decir, los abipones retomaron en el contexto colonial su propia cultura, historia e intereses para generar respuestas originales.

En el capítulo 3, “El liderazgo indígena: formas de autoridad”, la autora indaga acerca del desarrollo de determinadas funciones de liderazgo entre los abipones durante el período reduccional, al tiempo que participa de algunas discusiones teóricas clásicas en los estudios de cazadores-recolectores en espacios coloniales fronterizos. Plantea que durante el período reduccional no se produjo una centralización política que generara una organización del tipo *jefatura* -en tanto siguieron vigentes las formas tradicionales de autoridad en las que primaban el consenso grupal, las características y méritos individuales de los líderes, las demostraciones de prestigio y la ausencia de capacidad coercitiva. Además, al cuestionar algunas visiones clásicas sobre la *guerra primitiva* y el *ethos guerrero* entre los indígenas chaqueños realiza una contribución significativa a los modelos generales de comprensión de las relaciones interétnicas en las fronteras coloniales. En especial, al interpretar el rótulo de *caciques principales* como una nueva dimensión del liderazgo indígena -anteriormente invisibilizada- que tendría funciones diplomáticas sobre territorios más extensos que los liderazgos guerreros.

Por último, en el capítulo 4, “Relaciones interétnicas al calor de las armas: amigos, enemigos, aliados y cautivos”, Lucaioli establece una tipología de las

formas de violencia fronteriza: robos y saqueos, *guerra colonial* -tanto entradas punitivas hispano-criollas como malones indígenas- y *guerra interna* o *guerra entre abipones*. Estas formas de violencia constituyen estrategias particulares de acción e interacción política, ligadas a determinados intereses -como ejercer presión, debilitar las fuerzas materiales del enemigo, imponer situaciones de tregua o negociación. De este modo, interpreta a *la guerra y la paz* como dos modalidades de interacción, no excluyentes sino superpuestas y ligadas a la resistencia al invasor hispanocriollo y a la búsqueda de determinados beneficios materiales y simbólicos.

En resumen esta *etnografía histórica* logra restituir a los grupos abipones su especificidad y su activo protagonismo en el período colonial, *des-cubriendo* una agencia indígena largamente invisibilizada y silenciada y evidenciando la complejidad y heterogeneidad de los espacios de frontera. En tal sentido, la autora afirma que durante el período abordado los grupos abipones escaparon a la sujeción política, la explotación económica y la conquista territorial debido a la flexibilidad de sus instituciones y a las trayectorias personales de aquellos caciques cuyas decisiones estratégicas marcaron la historia de sus seguidores. Su posibilidad de quebrar las “pases”, las alianzas y los pactos de amistad -mediante la guerra- es también un indicador de la libertad de acción que estos grupos efectivamente poseían, aún frente a la presencia hispanocriolla alrededor de sus territorios tradicionales.

LUISINA TOURRES*

* Investigadora estudiante, UBACYT F 215, Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: luisina16@hotmail.com

MEMORIA AMERICANA. CUADERNOS DE ETNOHISTORIA

Revista de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas.
Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires
Puán 480, piso 4º, of. 416. C1406CQJ Buenos Aires, Argentina.
Fax: +54 11 4432 0121
e-mail del Comité Editorial: macecomite@yahoo.com
e-mail para canje: memoriaamericana@yahoo.com.ar
Envío de artículos para su publicación: <http://ppct.caicyt.gov.ar>

NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES

Memoria Americana – Cuadernos de Etnohistoria (MACE) es una revista científica que publica la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Aparece semestralmente en línea y una vez al año en papel. *MACE* recibe: a) artículos originales que sean resultados de investigaciones científicas originales o de discusiones y puestas al día sobre diversos temas referidos a la etnohistoria, la antropología histórica o la historia colonial de América (de una extensión de hasta 25 páginas), b) reseñas de libros cuya temática esté relacionada con las de la revista y se hayan publicado en los dos años previos a la edición del número (de una extensión de hasta 3 páginas), c) discusiones sobre artículos aparecidos previamente en la revista (de una extensión de hasta 10 páginas). En todos los casos, el número de de páginas incluye notas, cuadros, figuras y bibliografía.

Los manuscritos que se envíen para su eventual publicación a *MACE*, deben ser presentados en soporte informático en un procesador de textos compatible con Windows. **Deberán ser subidos al portal on-line de edición de Memoria Americana en la dirección <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/memoria-americana>.** Para consultas rogamos dirigirse a nuestra dirección de e-mail: macecomite@yahoo.com.

Los manuscritos serán sometidos a un proceso de evaluación que se desarrollará en varias etapas. En primer lugar, los artículos recibidos serán objeto de una evaluación preliminar por el Comité Editorial y la Directora de *MACE*, quienes determinarán si cumplen con los requisitos temáticos y formales que se explicitan en estas instrucciones y decidirán su envío a dos pares consultores externos. Luego, le requerirá al autor la firma de un compromiso de originalidad, y los pares externos -que serán anónimos- determinarán si el manuscrito es: a) aceptado sin modificaciones, b) aceptado con modificaciones menores, c) aceptado con modificaciones de fondo, o d) rechazado. Finalmente, se le dará un plazo al autor para que introduzca las modificaciones sugeridas y recién entonces el Comité Editorial de *MACE* se expedirá sobre su aceptación enviando una certificación a el/la autor/a o autores. En caso de discrepancia en las opiniones de ambos evaluadores, el manuscrito será enviado a un tercer par consultor para decidir o no su publicación. Los resultados del proceso de evaluación académica son inapelables en todos los casos.

Se explicitan a continuación los requisitos formales que indefectiblemente deben cumplir los manuscritos para ser considerados por el Comité Editorial de *MACE*.

Todas las colaboraciones deberán ajustarse al siguiente formato:

- Deben estar escritas con interlineado 1 y 1/2 en todas sus secciones, en hojas numeradas de tamaño A4. La fuente debe ser Arial, tamaño 12 y los márgenes inferior y superior de 2,5 cm e izquierdo y derecho de 3 cm.

- Orden de las secciones:

1) Título en español (o portugués) y en inglés, en mayúsculas, centralizado, sin subrayar.

2) Autor/es, en el margen derecho, con llamada a pie de página (del tipo *) indicando lugar de trabajo y/o pertenencia institucional o académica y dirección electrónica.

3) Resumen de aproximadamente ciento cincuenta palabras en español (o portugués) y en inglés. Palabras clave en español (o portugués) y en inglés, hasta cuatro.

4) Texto, con subtítulos primarios en el margen izquierdo, en mayúsculas y en negrita, sin subrayar; subtítulos secundarios en el margen izquierdo, en minúsculas y cursiva.

Cada subtítulo estará separado del texto anterior y del que le sigue por interlineado doble. Se dejarán sangrías al comienzo de cada uno los párrafos. El margen derecho puede estar justificado o no, pero no deben separarse las palabras en sílabas. La barra espaciadora debe usarse sólo para separar palabras. Para tabular, usar la tecla correspondiente. La tecla “Enter”, “Intro” o “Return” sólo debe usarse al finalizar un párrafo, cuando se utiliza punto y aparte. No usar subrayados. Se escribirán en *cursiva* las palabras en latín o en lenguas extranjeras, o frases que el autor crea necesario destacar. De todos modos, se aconseja no abusar de este recurso, como tampoco del encomillado y/o las palabras en negrita.

Las tablas, cuadros, figuras y mapas no se incluirán en el texto, pero se indicará en cada caso su ubicación en el mismo. Deben subirse al portal de edición numerados según el orden en que deban aparecer en el texto, con sus títulos y/o epígrafes presentados en archivo aparte. Las figuras y mapas deben llevar escala, y estar en formato jpg o tif en 300 dpi. No deben exceder las medidas de caja de la publicación (12 x 17 cm), y deben estar citados en el texto.

Las referencias bibliográficas irán en el texto siguiendo el sistema Autor año. Ejemplos:

* (Rodríguez 1980) o (Rodríguez 1980, 1983) o (Rodríguez 1980a y 1980b) o “como Rodríguez (1980) sostiene, etc.”.

* Se citan hasta dos autores; si son más de dos, se nombra al primer autor y se agrega *et al.* En la lista bibliográfica aparecerá el nombre de todos los autores.

* Citas con páginas, figuras o tablas: (Rodríguez 1980: 13), (Rodríguez 1980: figura 3), (Rodríguez 1980: tabla 2), etc.

Nótese que *no se usa coma entre el nombre del autor y el año.*

Las citas textuales de hasta tres líneas se incluirán en el texto, encomilladas, con la referencia (Autor año: página). Las citas textuales de más de tres líneas deben escribirse en párrafos sangrados a la izquierda con un tabulado, y estarán separadas del resto del texto por doble interlineado antes y después, no se utilizan comillas al comienzo ni al final. Al finalizar la cita textual se mencionará (Autor año: páginas). No utilizar nota para este tipo de referencia bibliográfica.

En los casos en que las citas textuales provengan de fuentes documentales inéditas, las referencias sí deberán escribirse en nota al pie de página. Ejemplos:

¹Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires (en adelante AHPBA). Juzgados de Paz, Leg. 39-1-1, doc.385, f.2.

²Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (en adelante ABNB). Correspondencia Audiencia de Charcas 940, Carta del Gobernador Felipe de Albornoz al Rey. Salta, 17/3/1634.

Se sugiere el uso de la siguiente notación para este tipo de referencias: Legajo: Leg.; Expediente: Exp.; Documento: doc.; folio o foja/s: f. ó fs.

Se aconseja preservar la ortografía y redacción originales de los documentos citados. No obstante, indicar si se ha modernizado algún aspecto del documento en las citas transcritas en los artículos.

Las notas al pie deben escribirse con el comando correspondiente del procesador de textos que utilice el autor. No deben aparecer al final del archivo de texto ni es necesario crear un archivo aparte para las mismas.

5) Agradecimientos.

6) Fuentes documentales citadas

Se indicarán aquí las fuentes no editadas que hayan sido referidas en el texto. Ejemplos:

Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB), Escrituras Públicas, Leg. 7, 8 y 9. La Plata, 1562-1569.

Revisita al pueblo de Jesús de Machaca. Archivo General de la Nación, Sala XIII, Leg. 17-10-4, 1620.

7) Bibliografía citada. Todas las referencias citadas en el texto y en las notas deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa.

La lista bibliográfica debe ser alfabética, ordenada de acuerdo con el apellido del primer autor. Dos o más trabajos del mismo autor, ordenados cronológicamente. Trabajos del mismo año, con el agregado de una letra minúscula: a, b, c, etc.

Se contemplará el siguiente orden:

Autor/es

[sangría] Fecha. Título. *Publicación* volumen (número): páginas. Lugar, Editorial.

Nótese: el punto después del año. Deben ir en cursiva los títulos de los libros o los nombres de las publicaciones. No se deben encomillar los títulos de artículos o capítulos de libros. No se usan las palabras “volumen”, “tomo” o “número” sino que se pone directamente el número de volumen, tomo, etc. Tampoco se usa la abreviatura “pp.” para indicar páginas sino que se ponen las páginas separadas por guiones.

Si el autor lo considera importante puede citar entre corchetes la fecha de la edición original de la obra en cuestión, sobre todo en el caso de viajes y/o memorias. Ejemplo de cita en el texto: Lista ([1878] 1975), lo que deberá coincidir con la forma de citar en la lista de bibliografía citada.

Ejemplo de lista bibliográfica:

Eidheim, Harald

1976. Cuando la identidad étnica es un estigma social. En Barth, F. (comp.); *Los grupos étnicos y sus fronteras*: 50-74. México, FCE.

Ottonello, Marta y Ana María Lorandi

1987. *10.000 años de Historia Argentina. Introducción a la Arqueología y Etnología*. Buenos Aires, EUDEBA.

Presta, Ana María

1988. Una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La Viña de “La Angostura”. *Historia y Cultura* 14: 35-50.

1990. Hacienda y comunidad. Un estudio en la provincia de Pilaya y Paspaya, siglos XVI-XVII. *Andes* 1: 31-45.

Quevedo, Roberto

1979. Ruy Díaz de Guzmán, el hombre y su tiempo. En *Tres estudios sobre Ruy Díaz de Guzmán y su obra*. Biblioteca Virtual del Paraguay.
http://bvp.org.py/biblio_htm/guzman/notas_biograficas.htm

MACE requiere a los autores que concedan la propiedad de sus derechos de autor para que su artículo y materiales sean reproducidos, publicados, editados, fijados, comunicados y transmitidos públicamente en cualquier forma o medio, así como su distribución en el número de ejemplares que se requieran y su comunicación pública, en cada una de sus modalidades, incluida su puesta a disposición del público a través de medios electrónicos, ópticos, o de cualquier otra tecnología, para fines exclusivamente científicos, culturales, de difusión y sin fines de lucro.